

EMMA CRESPO

Nos llamaron

# LOCAS

---

Y PUTAS, Y BRUJAS

N o s l l a m a r o n  
L O C A S  

---

Y PUTAS, Y BRUJAS

EMMA CRESPO

**Nos llamaron locas (y putas, y brujas)**

©Emma Crespo, 2018

ISBN 978-84-09-05790-0

Todos los derechos reservados.

# ÍNDICE

<u>NOTA DE LA AUTORA</u>	<u>11</u>
<u>UN DIAGNÓSTICO</u>	<u>17</u>
<u>MUY POCO EMPÁTICO</u>	<u>17</u>
<u>RELATOS</u>	<u>21</u>
<u>(Re)Nacer</u>	<u>22</u>
<u>Acelerar</u>	<u>24</u>
<u>Estar sola</u>	<u>27</u>
<u>Perdida</u>	<u>29</u>
<u>(Óleo de mujer sin sombrero)</u>	<u>29</u>
<u>Cry phone</u>	<u>30</u>
<u>Olvidarse</u>	<u>33</u>
<u>No quererse</u>	<u>36</u>
<u>Frenar en seco</u>	<u>38</u>
<u>Mutilar</u>	<u>41</u>
<u>EL DOBLE RASERO PARA</u>	<u>46</u>
<u>UNA OCUPACIÓN MALDITA</u>	<u>46</u>
<u>RELATOS</u>	<u>51</u>
<u>Vivir</u>	<u>52</u>
<u>Ser una zorra</u>	<u>55</u>
<u>Despertar entre su piel</u>	<u>58</u>
<u>Quedarse a morir</u>	<u>60</u>
<u>Ser hermanas</u>	<u>62</u>
<u>Cambiar</u>	<u>64</u>
<u>para ser quien eres</u>	<u>64</u>
<u>Ser pequeña</u>	<u>66</u>
<u>Besar tus labios,</u>	<u>69</u>
<u>por lo menos otra vez</u>	<u>69</u>
<u>Quedarse y vivir</u>	<u>73</u>
<u>MAELLUS MALEFICARUM,</u>	<u>77</u>
<u>LA INFAMIA DEFINITIVA</u>	<u>77</u>
<u>RELATOS</u>	<u>81</u>
<u>Morir</u>	<u>82</u>
<u>Ser gris</u>	<u>85</u>
<u>Derretirse</u>	<u>87</u>

<u>Escurrir el bulto</u>	<u>90</u>
<u>Jugarse la eternidad</u>	<u>95</u>
<u>Saber</u>	<u>97</u>
<u>Ser hermanas</u>	<u>101</u>
<u>Envidiar</u>	<u>103</u>
<u>BREVE DESPEDIDA</u>	<u>107</u>
<u>WEBGRAFÍA</u>	<u>109</u>

Para Leire, con toda mi alma.  
Te han llamado loca, puta y bruja.  
Te han llamado de todo y, aun así,  
has conseguido sobrevivir.  
No te rindas nunca, sigue luchando  
para ser la mujer que te dé la gana.



# NOTA DE LA AUTORA

*Nos llamaron locas (y putas, y brujas)* es una recopilación de relatos que parte de una idea fundamental: si en algún momento la mujer ha tenido el poder, el deseo y las armas para lograr su libertad, es en este.

Desde hace siglos, la mujer ha sido, muchas veces, infravalorada y tratada con escaso o nulo respeto, como si estuviera muy poco por encima de las bestias que han acompañado al ser humano desde que es lo que es <sup>[1]</sup>.

La historia de la humanidad está escrita por hombres y para hombres, y el reducido número de personalidades femeninas que figura en ella lo hace casi como si se le concediera un privilegio. Bien es cierto que, en realidad, pocas oportunidades se le han dado de obtener logros dignos de aparecer en lo que ha venido siendo una bitácora política, un juego de guerras en el que los protagonistas, aunque a veces alfeñiques o personas de escasa tesitura moral, han sido hombres respaldados por muchos otros hombres. Porque el poder los asistía.

La madre, la hermana, la hija... se quedaban a menudo en casa, no se entienda esto en el sentido literal, manteniendo el país en pie, trabajando y sudando la gota gorda mientras rogaban por que los hijos no se les murieran en el pecho, de la mano o en la agonía de la distancia. Y las que hacían algo más que eso, aparentemente, nunca lo hubieran logrado de no haberse visto empujadas por la mano todopoderosa de algún caballero comprensivo.

En todo este fragor machista, la historia ha recogido lo que algunos han querido que recogiera. Se habla de la incorporación de la mujer al mundo laboral como si fuera algo nuevo, como si hace siglos el hecho de nacer con ovarios significara que podías quedarte en casa, repantigada entre almohadones, saboreando las mieles de la *dolce vita*. Recolectoras de algodón, estibadoras, labradoras, mineras, lecheras, maestras, enfermeras, comadronas, costureras, lavanderas, alfareras, rederas y madres, por citar algunas, desenmascaran esta ficción y solo ahora, en los albores del siglo XXI de nuestro calendario cristiano, algunas tendencias historiográficas

empiezan a centrarse más en aspectos de la cultura que en los puramente políticos, permitiendo así que el papel imprescindible que la mujer ha desempeñado en el funcionamiento de las diversas sociedades comience a salir a la luz.

Aunque en el poder hay todavía una evidente disimetría, nuestro género se ha levantado, empujando con su ímpetu al transgénero, que apenas se deshace de su invisibilidad y exige su lugar en el mundo. El maniqueísmo, el blanco y el negro, han dejado de tener sentido. Ya solo resta materializar en la práctica lo que en teoría se ve como algo lógico: abandonar los viejos patrones que solo han traído desigualdad e injusticia.

En esta hegemonía testicular que hemos vivido, se nos ha llamado muchas cosas. El desprecio del que ostenta la fuerza por quien es más débil que él; el oscurantismo en torno a nuestro cuerpo y sus ciclos interiores; el miedo a nuestra liberación sexual y, desde luego, intelectual; el vértigo de mirarnos de igual a igual, como oponentes competitivas y competidoras; todo eso, quizá, ha provocado que por ser las que somos se nos llame locas y putas, y brujas también. Como si ser seres emocionales, además de racionales, nos convirtiera en histéricas. Como si la desnudez de nuestro cuerpo, la saludable propiocepción y la aceptación de nuestros deseos físicos nos hicieran sucias y poco respetables. Como si el acceso al conocimiento, en nuestro caso, desafiara las leyes de una iglesia condenada a convertirse, lenta pero inevitablemente, en mausoleo de sus propios prohombres.

Sobre nosotras se han escrito canciones y despilfarrado versos, llenado lienzos y esculpido mármoles. El arte ha reflejado nuestro cuerpo y nuestra identidad en forma de canon perfecto supeditado a las modas y al gusto de las sociedades; ha producido modelos que retroalimentaban sus propias fuentes cuando nos sentíamos movidas a imitarlos; nos ha convertido, en definitiva, en objeto de culto o en deshecho, según haya sido nuestra subyugación a sus dictados.

Poetas y músicos han ensalzado pechos enhiestos, cuellos níveos, oscuros secretos, perlas de nuestras bocas, cabellos de oro, labios de fresa, miradas ardientes... y nos han hecho objetos para satisfacer sus apetitos. Falsamente nos han elevado a la categoría de amores inalcanzables, olvidando preguntar, quizá por la pura desidia de obtener nuestra opinión, lo que en realidad necesitábamos.

No es nuestro aspecto el que ha de llevarnos a la vida eterna de la fama histórica ni el que ha de recibir los mayores elogios de la crítica, sino que son nuestros esfuerzos, logros, tentativas y fracasos los que han de definir la grandeza de nuestro paso por el mundo.

No nacimos para gustar a aquellos, complacer a estos ni ser moneda de cambio de esos de allá. Solo nacimos, al igual que ellos, como pieza imprescindible en un sistema binario de reproducción de la especie. Sin embargo, por absurdo que parezca, esa necesidad recíproca que debiera haber significado un respeto absoluto y bilateral se inclinó en algún momento hacia uno de los extremos, dejando al otro desprotegido por su vulnerabilidad en lo que a fuerza bruta se refiere. Y todavía no ha llegado el día en que podamos enorgullecernos de que esa diferencia se haya disuelto por completo: reconocer la igualdad de derechos no significa que a la práctica se cumpla ni, mucho menos, que se garantice la igualdad de consideración social, el verdadero ojo de este huracán de injusticias.

Los más ingeniosos nos acusarán a algunas de privilegiadas, de acomodadas en nuestra poltrona primermundista, con nuestros estudios superiores y nuestros puestos de trabajo bien retribuidos. Verán absurdo todo esto que decimos, como si, por el hecho de no haber sufrido nunca la violencia directamente en nuestras carnes, no fuera lícito que reivindicáramos los derechos que han de acompañar al género al que pertenecemos. Tenemos derecho a estudiar, a trabajar por un salario, a votar y a participar en debates televisivos. Lástima que tanta prodigalidad no alcance para satisfacernos y aún, como energúmenas, denunciemos la muerte, el maltrato, la mutilación, el desprestigio, la escasa consideración, la humillación y la tortura a la que, todavía hoy, en muchos lugares del mundo, se somete a las que nacieron con ovarios, como nosotras. Y no digamos a las que nacieron sin ellos y tuvieron que rehacerse como mujer por el camino.

Por si todo lo anterior no fuera suficiente, el alzamiento en pro de la igualdad parece haber incomodado a muchos (y a muchas, aquí el matiz es imprescindible) de quienes han vivido cómodamente en los valores y juicios de toda la vida, en el «más vale malo conocido» y en el «tampoco es para tanto». Las firmes reivindicaciones expuestas a la luz pública han generado un vocabulario nuevo y cargado de tanta mala baba como de poca ilustración. Las locas, brujas y putas son ahora, neologismos mediante, nada menos que

hembristas y feminazis, término este último que expone muy a las claras la ignorancia supina respecto a lo que el diccionario define como feminismo y los manuales revelan como nazismo. Los epítetos, una vez más, nos muestran el daño que puede producir el lenguaje cuando la intención es retorcida y la ignorancia, osada.

¿Lo más flagrante de todo este despropósito? Que las mujeres nos hayamos prestado a usar tan peyorativa nomenclatura como arma arrojada con la que resolver nuestras diferencias, con la que hacernos la zancadilla cual enemigas mortales, cual animales hambrientos compitiendo por una presa, aunque sea esa presa la misma que nos ha venido dando caza a lo largo de los siglos.

Sin embargo, el mal de las palabras con más palabras puede sanarse y algunas, convencidas, nos limpiamos las heridas y nos las unguimos con el bálsamo de la sororidad; nos negamos a despedazar a nuestras iguales y buscamos el hueco libre en el hombro que lleva las cargas para ofrecerlo a las que son como nosotras, porque entendemos que ese es el único camino transitable en tanto en cuanto se mantenga el actual *statu quo*. Y aun después.

Nosotras, las de entonces, ya no somos las mismas...

Locas, brujas y putas, nada más que mujeres pasando por la vida, hemos aprendido el dolor que causan las palabras, pero también su vacuidad y la escasa vinculación entre el signo lingüístico y la realidad a la que este alude. Significantes malditos con significados destructivos para vituperar a seres humanos que, por puro azar, han nacido en el género susceptible de ser dominado por la fuerza. Locas, brujas y putas porque alguien decidió que lo fuéramos, sin que nuestras circunstancias personales jugaran en esa timba el papel que les correspondía.

Sin embargo, hemos crecido. Hoy somos adultas dispuestas a ser, a estar y a permanecer, a figurar, a promulgar el cambio, a que nadie nos diga cómo sentir nuestra propia identidad. Porque, si en algún momento hemos tenido la más mínima oportunidad de lograrlo, es en este.

En esta recopilación vas a encontrar casi una treintena de relatos sobre mujeres. Unas cuantas están locas; más de una parece bruja; incluso, por qué no, las que restan son las putas.

En realidad solo son historias, productos de la imaginación, relatos sobre

personas buenas, malas, generosas, ambiciosas, rastreras, solitarias, desafiadoras, equivocadas, vulnerables y muchos otros adjetivos que te vengan a la mente. Verás lo vertiginosamente fácil que resulta catalogarlas en compartimentos estancos y, con suerte, verás también lo injustos que son los prejuicios, lo devastadora que puede ser una etiqueta y hasta qué punto puede condicionar la consecución de uno de nuestros derechos fundamentales: la libertad.

Te presento a unas mujeres que anhelan que el mundo se convierta en un lugar a su medida. Sus historias tratan sobre las emociones y la mente femenina; sobre la intuición y la «magia» que podemos compartir cuando no nos empeñamos en odiarnos; sobre el amor y el sexo y las relaciones que entablamos con los demás seres humanos.

Lee (vive) como quieras: del principio al final, del final al principio, de manera aleatoria o saltándote aquello que no esté llegando a tu gusto como lector o lectora. Lo mejor de una colección de relatos, aquello que la diferencia de una novela, es que si una historia no te gusta puedes volver la página y adentrarte en la siguiente. Todas son distintas, todas particulares en algún aspecto.

Disfrútalas como mejor te convenga, sacando enseñanza o entreteniéndote tu tiempo. Al fin y al cabo, una vez que han salido de mi puño, son tuyas con todas las consecuencias. Pero, en cualquier caso, goza: goza de las letras, las palabras y los párrafos; de la suavidad de la página cuando deslizas tu dedo por ella; del olor del papel recién impreso; del peso de un libro en tu mochila; de los días de sol y los de lluvia; del sueño y de la vigilia; de aquellos que te ofrezcan su cuerpo, su mente o su corazón; de quienes te lo ofrezcan todo, goza en la reciprocidad. Vive.

Y, sobre todo, quiérete mucho y quiérete bien.



### **loca**

Quizá del ár. hisp. \*lāwqa,  
y este del ár. clás. lawqā', f. de alwaq  
'estúpido'; cf. port. Louco.

1. f. eufem. coloq. Arg., Cuba, R. Dom. y Ur.  
Mujer informal y ligera en sus relaciones con los  
hombres.
2. f. eufem. coloq. Arg. y Ur. Prostituta.

### **histeria**

Del fr. hystérie, y este del gr. ὑστέρα hystéra 'útero'  
y el fr. -ie '-ia'.

1. f. Med. Enfermedad nerviosa, crónica, más frecuente  
en la mujer que en el hombre, caracterizada por gran  
variedad de síntomas, principalmente funcionales, y a  
veces por ataques convulsivos.

# UN DIAGNÓSTICO MUY POCO EMPÁTICO

Palabra clave: vibrador.

El vibrador o consolador es un aparato que transmite vibraciones eléctricas y se usa de forma local como artilugio para la estimulación sexual.

Bien, esta información será, casi con toda seguridad, conocida por toda la población adulta en estos momentos. Lo que quizá no esté tan claro es el origen de este invento que, desde su creación, goza de una gran popularidad, sobre todo entre las mujeres.

El primer vibrador electromecánico surge en la década de los setenta del siglo XIX. Antes de eso, ya había mecanismos de hidromasaje que cumplían la misma función, aunque se encontraban, sobre todo, en clínicas y balnearios. Es también allí donde comienza a usarse la estimulación por vibración, que viene a sustituir a su precursora por agua, la cual a su vez ya era una manera de suplir el «masaje pélvico» manual.

Para cuando termina el siglo, y con la electricidad cada vez más instaurada en los hogares particulares, se da una popularización de este instrumento, que se convierte en materia de consumo incluso antes que la aspiradora o la plancha eléctrica.

Una línea de pensamiento errónea podría llevarnos a concebir la idea equivocada de una sociedad avanzada en la que la satisfacción sexual de la mujer ha jugado un papel fundamental a lo largo de la historia. Nada más lejos de la realidad, sin embargo. Los motivos por los que se suministraban orgasmos a algunas pacientes distan mucho de la generosidad sexual y no son susceptibles de soportar un análisis feminista, se miren por donde se miren.

Para comprender esta verdad hay que retrotraerse al origen de esta terapia, y aún mucho más lejos.

En primer lugar, habría que explicar quiénes eran las pacientes que se

sometían, al principio, a ese masaje procurado por la mano más o menos hábil de su propio médico.

Antes de que Freud y Charcot profundizaran en el estudio de la mente y el primero sentara las bases del psicoanálisis, la enfermedad conocida como histeria femenina comprendía un abanico de síntomas tan diversos y dispares que casi cualquier achaque podía ser diagnosticado como tal. Nerviosismo, fatiga, mareos, irritabilidad, dolores de cabeza... Todo cabía en un cajón desastre que se iba llenando con pasmosa facilidad.

Si retrocedemos más, hasta la antigua Grecia, encontraremos el origen etimológico de la palabra histeria. Un mito griego defendía que el útero femenino era un órgano móvil que podía deambular por el cuerpo y provocaba distintos males cuando se alojaba en el pecho. De ahí que dicha enfermedad se asociara en un principio únicamente a las mujeres, puesto que su nombre proviene de *hystéra*, el término griego que designaba al útero.

En el siglo II, Galeno<sup>[2]</sup> asocia la histeria a mujeres sexualmente insatisfechas y propone como cura la masturbación o las relaciones sexuales.

Durante toda la Edad Media, la medicina avanza poco en este sentido. Sigue recomendando el orgasmo como tratamiento más eficaz para combatir esta dolencia, si bien lo denomina «paroxismo histérico», término este que sugiere más el estadio final de una crisis nerviosa que cualquier tipo de vinculación con la satisfacción sexual propiamente dicha.

Así pues, históricamente hablando, tendríamos entre manos una enfermedad sintomática que afecta sobre todo a las mujeres y que se debe a su condición femenina; una dolencia que se relaciona con la insatisfacción sexual; un mal que se trata procurando esta satisfacción de forma aislada, sin tener en cuenta los factores psicosociales ni personales que revisten a la compleja sexualidad de las mujeres. Es decir, un problema que se parchea, porque analizarlo en profundidad supone hacer temblar los cimientos de un orden establecido de acuerdo a la comodidad del género dominante.

Hasta el siglo XIX, e incluso después, entre las clases sociales más favorecidas se promulga un modelo de esposa perfecta que solo practica el sexo con la finalidad de concebir y traer hijos al matrimonio. Con el respaldo de la religión y en el marco del heteropatriarcado, se aconseja a las jóvenes que se muestren desapasionadas, nada interesadas en el acto sexual salvo como peaje para la maternidad. Cabe mencionar, aunque no es el tema que nos ocupa, que estos consejos influyen también negativamente en la

consideración de los anticonceptivos y, por tanto, en su uso para la prevención de enfermedades de transmisión sexual.

Todavía a mediados del siglo XX la Falange Española lanza consignas que adoctrinan a la mujer para que se muestre silenciosa y servil, ceñida a aquello que la compete :

« El verdadero feminismo no debiera consistir en querer para las mujeres las funciones que hoy se estiman superiores, sino en rodear cada vez de mayor dignidad humana y social a las funciones femeninas». [\[3\]](#)

Así habla Pilar Primo de Rivera, líder de la Sección Femenina, en su *Discursos*. Esta ornada palabrería tiene como objetivo relegar a la mujer al ámbito doméstico y estancarla en el papel de perfecta esposa y madre, muy al gusto del nacionalismo de derechas.

Con este tipo de guías para la vida, ¿qué ser humano no daría en enfermar, más que de histeria, de falta de libertad?

Los tentáculos de la dominación se adentran incluso en lo más profundo de la psique femenina para convencer a la mujer de que la finalidad de su existencia es «servir de perfecto complemento al hombre». Este es el mensaje que envía la Iglesia una y otra vez.

Habida cuenta que, pese a que no hayamos sido tratadas con equidad somos, en realidad, individuos de la misma especie y por tanto iguales, no es de extrañar que miles de mujeres hayan llevado vidas miserables de esclavitud e infelicidad somatizada en forma de todo tipo de dolencias. Y la solución que la medicina ha dado durante mucho tiempo a ese complejo traumatismo en cuerpo y mente no ha sido otra que una insultante y gélida masturbación, a manos del médico o la comadrona primero, por medio de distintos instrumentos cuando los profesionales se aburrían de dispensarla.

Lo más humillante de este tinglado parece, en el fondo, la incongruencia entre exigir a la mujer que se muestre ajena al placer sexual y que se le prescriba precisamente un orgasmo cuando la paupérrima vida que se le obliga a llevar no es suficiente para mantenerla feliz y funcional. Y con funcional me refiero a que realiza con eficacia las tareas que otros le encomiendan y que esperan que cumpla, lo desee o no.

Lo vergonzoso, digo, es una sociedad en la que no se plantea la equiparación de libertades, de roles ni de derechos. Una que da por hecho que

hay género de primera y género de segunda, por no mencionar al resto, oculto bajo la máxima «lo que no se menciona no existe». Una que no tiene tiempo ni ganas de ahondar en los verdaderos problemas de la mujer sometida y pretende levantarla y echarla a andar con un remedio salido del más rancio y reptiliano repertorio machista: la paja.

Pues, sí, queridas. Ese es el contexto en el que nace el vibrador, insignia de nuestra libertad y autonomía sexual: como parche para que el personal sanitario no se tenga que hacer responsable de lo que no se nos ha permitido aprender desde niñas: la gestión de nuestro propio placer. Pero como parche, al fin y al cabo. Porque la solución a lo demás, al verdadero calado de la desigualdad y el maltrato, es muy posterior al nacimiento de los juguetitos electromecánicos.

Allá por 1890, los maridos nos regalaban la plancha por nuestro cumpleaños y, por Navidad, el vibrador con un doble propósito: velar por nuestra salud mental a la par que nos procuraban una vida sexual que los dejara libres y tranquilos para buscarse una querida joven y con las carnes prietas de quien todavía no se ve como una matrona entrada en años.

Y, mientras tanto, a las que no nos plegábamos con absoluta sumisión a la vida que tan generosamente nos financiaban, primero los padres y después los esposos, a esas nos llamaban locas.

Rebelarse contra unas normas que prolongan *ad infinitum* una infancia en la que una no es libre para hacer sus propias elecciones se ha considerado absurdo e incomprensible, tanto que la mujer que ha tratado de escapar de esa jaula de oro ha sido siempre muy duramente juzgada.

Loca ha sido la que no quería casarse, bien porque prefería gozar de la soledad o porque sus planes incluían mudarse a una casita en el campo donde poder tomar la mano de su «amiga» sin esconderse. La mano y el resto, evidentemente.

Loca ha sido la que no ha querido embarcarse en la casi obligada, aunque poco reconocida, labor de ser madre. Incluso cuando estamos en disposición de reconocer que esa maternidad no ha ido acompañada por una equivalente paternidad hasta antes de ayer, y solo a veces.

Todavía sorprende que una mujer con unas condiciones laborales superiores a las de su marido vuelva al trabajo mientras los hijos e hijas de ambos se quedan al cargo del padre, que deja de trabajar fuera para poder hacerlo en casa. Por supuesto, también esas mujeres son locas.

Lo mismo es la que escoge una profesión que, por estadística, no corresponde a su género, adentrándose así en un mundo de hombres del que, si sale escaldada, es porque se lo ha buscado. Por si no he sido clara, hablo de los abusos sexuales a los que se han visto sometidas las mujeres que, por citar algo, han querido servir en el ejército. Nunca me he sentido afín a las Fuerzas Armadas ni habría escogido ese camino para mí, pero esto no va de antimilitarismo, sino del derecho a escoger con igualdad, respeto y seguridad personal.

En definitiva, y por no ahondar en una ejemplificación innecesaria que resulte demasiado prolija para el interés de lectores y lectoras, loca ha sido y sigue siendo la que ha tenido la fuerza para alzarse contra la imposición y luchar por lo que quería y creía merecer.

Y aquí, como cuando te llaman puta, hay que joderse.

La mujer no es emprendedora, valiente, luchadora.

No va en busca de su sueño contra viento y marea.

No tiene las ideas claras y deja de lado todo lo superfluo por un ideal.

No es un espíritu libre que necesita dar la vuelta al mundo para realizarse como individuo.

No. Porque no es un hombre.

Lo que ocurre es que está loca y, además, es un poco egoísta por ignorar sus obligaciones familiares para dedicarse a lo que la satisface personal o profesionalmente.

Me pregunto si tanto juzgar a las mujeres que han querido *ser* no habrá tenido como consecuencia que, al hacer recuento, figuren muchas menos en los anales de la historia<sup>[4]</sup>.

La capacidad del ser humano para aportar beneficio a su comunidad a la vez que encuentra satisfacción en lo que hace es una de las más hermosas de nuestra especie y es, a la vez, responsable en gran parte del nivel de desarrollo que hemos alcanzado. La curiosidad y el afán de superación del buen profesional nos han llevado, entre otras muchas cosas, a unos avances que han hecho nuestra vida más larga y de mejor calidad, así como también han mejorado las condiciones de las demás especies que nos acompañan.

Cabe preguntarse, entonces, en qué habría quedado tanto progreso si al hombre se le hubiese aplicado el mismo freno que se le aplicó, que se le aplica todavía, a la mujer. Si se le hubiera reprochado todo lo que no tiene

tiempo de hacer mientras está sobresaliendo en el trabajo. Si se hubiera cuestionado cada iniciativa suya arrugando la nariz con escepticismo, transmitiéndole que difícilmente iba a ser capaz de lograr lo que se proponía.

¿Exagerado? Tal vez, pero es exactamente lo que se ha venido haciendo con infinidad mujeres que han expresado su deseo de salirse de lo establecido.

Se ha cuestionado su capacidad para llegar a ser conductoras, médicas, bomberas, escritoras y un largo etcétera en el que, lejos de recibir una palmada en la espalda, se han topado con una férrea zancadilla.

Aun así, muchas lo han conseguido y hoy no tendría sentido escribir estas líneas si no fuera por todas ellas, por todas las que, antes que nosotras, han sido tan valientes como para enfrentarse al mundo entero por lo que querían; tan locas como para echarse su equipaje al hombro y salir a la calle dispuestas a ser, por encima de dificultades y dificultadores.

Porque, sin locas osadas, seguro que ni siquiera estaríamos donde estamos.

# RELATOS



# (Re)Nacer

Una noche especialmente cálida del mes de julio, con el camisón arrebuñado entre las piernas y el flequillo asquerosamente pegoteado a la frente por efecto de la transpiración, se despertó nerviosa y desvelada de un sueño poco profundo y nada reparador. Dejó el fuego inaguantable de las sábanas de algodón y, descalza, buscando el frescor del terrazo aunque solo fuera en las plantas de sus pies hinchados, caminó hasta el cuarto de baño y encendió la luz.

No le gustó lo que vio en el espejo. Empapada en sudor, con las inquietantes pupilas de quien no ha dormido, la boca seca y la lengua pegada al paladar, la melena cardada por el incesante movimiento de una mala noche... estaba hecha un cuadro. Por dentro estaba peor.

Asqueada de su propia vida, decidió que ya no quedaba nada malo que pudiera pasarle, salvo una muerte lenta y dolorosa. Caminando por la cuerda floja de la autocompasión, se deshizo de lo que llevaba puesto y entró en la ducha sintiendo que, si alguna vez había necesitado que el agua corriera por su piel, era entonces. Abrió el grifo y una lluvia fría comenzó a calarla, deslizándose por su cuerpo y empapando hasta el último centímetro.

El repentino impacto del agua despejó su mente de toda duda: ya no aguantaba más. Llevaba tanto tiempo conteniendo un grito en el interior de su pecho resquebrajado que ya no podría dejarlo salir aunque quisiera, pues había olvidado cómo hacerlo.

Sin cerrar el grifo, salió de la ducha con movimientos lentos y decididos, chorreando y dejando las huellas húmedas de sus pies a lo largo del suelo del pasillo. Fue hasta la puerta, la abrió, la atravesó y bajó las escaleras camino del portal sin volver a cerrarla ni tan siquiera mirar atrás.

Al salir a la calle, aún mojada, sintió cómo una brisa muy leve aliviaba al fin la fiebre que la consumía. Giró hasta que la brisa le dio de cara y,

buscando que esa sensación de frescor no terminara nunca, echó a andar en esa dirección sin detenerse. Incluso cuando la brisa se endureció hasta volverse viento, secando su pelo y resecaando su piel, ella siguió andando, siempre mirando al frente, buscando un punto en la lejanía que parecía que nunca sería capaz de alcanzar.

Las personas con las que se cruzaba se volvían y la miraban: con sorpresa, con juicio, con reproche, curiosidad, desprecio, lástima, hasta puede que con envidia, solo unas pocas valientes. Ella las ignoraba a todas deliberadamente, sin pararse a dedicarles ni el rencor de quien se sabe vilipendiado. ¿Qué sabía nadie? Solo ella. Ella solo sabía dónde iba y a qué le daba la espalda.

Saboreó la soledad de los caminos nocturnos; el susurro de la espuma de las olas resonando, rotas sobre arenas solitarias, frescas y húmedas en el silencio de las horas sin sol; la sedosa suavidad de las piedras, pulidas por aguas que corrían sin resuello; el soberbio resonar de sus orgullosos pasos, salpicando al pasar por los escasos charcos.

Recorrió de día rutas recónditas entre troncos y ramajes; jardines de lirios y rododendros; prados de hierba reseca donde las zarzas arañaban sus piernas; rincones y parajes cuya verdura brillante corroía sus iris.

Y allá en las alturas, lejos del mundo y su ruido y su prisa, encontró una nueva patria como siempre había necesitado, aunque nunca lo hubiera sabido. Era una ciudad viva, de árboles, rocas, ríos y animales que al principio la miraron asustados. Una ciudad que no era para las hipócritas, ni para las cobardes, ni para las miserables. Allí su cuerpo era su rincón, su hogar, su templo. Un rincón donde siempre se sentiría cómoda; un hogar donde ella dictaría todas las normas; un templo donde ella sería la única diosa.

Y su cuerpo dejó de estar mal, porque para ella era perfecto. Sus ojos no estaban tristes, ni sus labios eran demasiado finos, ni sus pechos pequeños, ni sus caderas anchas, ni sus piernas cortas, ni sus tobillos gruesos. Todo estaba exactamente como tenía que estar, tal y como era, sin que nada ni nadie le hiciera nunca sentir que tenía que cambiarlo.

Imaginó que otras mujeres la seguían en su búsqueda sin retorno, planeando cómo sería, cómo haría si llegaban a encontrarla. Había dejado tanto atrás que no podría soportar más que mentes limpias de prejuicios y corazones dispuestos a latir en armonía. Por ellas aprendería y enseñaría, se levantaría y lucharía, hablaría y escucharía... por ellas. Sus manos siempre

estarían dispuestas a cobijarlas, se amarían y no conocerían la tormenta de los celos. Todas se llamarían Libertad y, cuando llegara la hora, la propia naturaleza las engulliría para devolverlas al todo del que un día surgieran, sin dejar ningún rastro de su paso por el mundo.

Y cuando otros las llamaran locas, ellas sabrían que en realidad habrían encontrado la felicidad, pues todas habrían realizado el mismo viaje interior para buscarla: caminar contra el viento, desnudas de preocupaciones, con el objetivo fijo en la mente y la firme convicción de no dejarse desanimar por lo que opinen los demás ni por los baches en el camino.

# Acelerar

Estaba más que harta de objetivos, balances, fondos, plazos y juegos de toallas firmados por diseñadoras de dudoso talento. Tanto, que se había permitido marcharse del trabajo antes incluso de terminar con todos los ítems que figuraban en su agenda, ceñida más que apretada. Eso había sido casi dos horas después de que terminara la jornada laboral que estipulaba su contrato.

¿A quién le importaba un carajo el contrato cuando ella se sentía la única responsable de que su oficina siguiera situada en los primeros puestos del *ranking* de la zona norte, de modo que al llegar febrero todos pudieran cobrar sus pagos en especias en forma de succulentos *bonus* que contribuían a hacer que todo el esfuerzo del semestre hubiera merecido la pena?

Libertad Baumeister era directora de sucursal en uno de los tres bancos más potentes del panorama financiero nacional. El cargo se lo había sudado gota a gota, ascendiendo cada peldaño como si escalara una pared vertical, compitiendo con rivales que no habían estado a su altura en diversos aspectos y se habían ido cayendo del carro que conducía al éxito profesional. Además de los estudios que la capacitaban para ocupar el cargo, Libertad contaba con otros atributos que le habían allanado el camino de manera rápida y merecida. Era una mujer adulta en todos los sentidos, seria, estable y con un sentido del humor que solo afloraba en los momentos más oportunos, como una impostura de lo más apropiada. Era, ante todo, decidida e insistente, el paradigma de la tenacidad. A eso se sumaba una capacidad innata de interiorizar el sentimiento corporativo, que le había valido desde bien pronto el favor de los que estaban por encima de ella. Los cuales, dicho sea de paso, jamás habían estado simplemente encima de ella. Su celo en el cumplimiento de las labores de su puesto era tal que entre sus propios compañeros, hombres en su mayor parte, se había ganado la fama de despiadada. El objetivo era el objetivo y solo había que alcanzarlo en caso de que fuera del todo imposible superarlo.

Por otra parte, tenía un buen físico que le permitía lucir los trajes de chaqueta y falda recta sin parecer la madre gorda del novio bizco en una boda hortera. De hortera, Libertad tenía muy poco. Más bien pecaba de tradicional. No se salía de los tres tonos que delimitaban su zona de confort: gris, *beige* y azul. Cualquiera habría pensado inmediatamente en el negro, pero ella le habría contestado sin dudarle un segundo que ese color no tenía cabida en el frenético ritmo marcado por el flujo de clientes que cada mañana desfilaban por su oficina; que una directora de sucursal no podía permitirse parecer una urraca de mal agüero y que, además, el negro no la favorecía en absoluto porque ponía en evidencia la palidez de su piel, haciéndola parecer desmejorada y falta de sueño. Esto del sueño irónicamente era verdad, aunque ella se cuidaba mucho de disimularlo con una buena base de maquillaje y un iluminador. Eso era lo único que se ponía en la cara. Raramente usaba algún labial en tonos claros, puesto que sus labios eran naturalmente carnosos y ya destacaban en su rostro sin necesidad de que ella hiciera nada por darles protagonismo.

En definitiva, Libertad era, a sus cuarenta y pocos años bien llevados, toda una triunfadora (en el sentido más rancio y trasnochado de la palabra). Tenía cuanto podía desear o, al menos, cuanto había deseado hasta ese momento de su vida: un buen trabajo, un buen sueldo y un buen marido que comprendía sus responsabilidades y no le recriminaba que el trabajo la absorbiera.

No obstante todo lo anterior, en aquellos momentos su satisfacción atravesaba un bache tan profundo que el peso de las piedras que cargaba en su mochila emocional amenazaba con hacerse intolerable. Lejos de vivir como si todo en su vida ocupara el lugar que tenía que ocupar, Libertad había empezado a sentirse un fracaso en cuanto emprendía y cada vez era más difícil convencerla de lo contrario, pese a que todos los argumentos respaldaban la idea de su éxito.

Salió de la oficina dejando allí a dos subalternos que aún tenían varias llamadas pendientes en su lista de tareas. Había aparcado el Mercedes dos calles más allá, en el aparcamiento subterráneo. Ni en sueños habría dejado el coche en la calle, para que cualquier desaprensivo rozara su inmaculada carrocería. Entró por el acceso peatonal y bajó los dos tramos de escaleras para luego recorrer varias decenas de metros hasta la parcela que había ocupado.

En pocos minutos había salido del ambiente opresivo que creaban el techo bajo y el olor a gasolina y circulaba con impaciencia por las calles de la ciudad, deseosa de dejarlas atrás y alcanzar la salida a la autopista.

Frustrada. Así se sentía. Fracasada, a pesar de sus esfuerzos. Prisionera en un tercer puesto del *ranking*, como si todos su trabajo por arañar una posición mejor fueran en vano. Tenía una buena sucursal, tenía buenas carteras y tenía gente competente casi tan entregada como ella misma. Pero no era suficiente. Parecía que jamás lograría el mayor de sus objetivos, la primera posición, que contribuiría a que alcanzara el puesto de directora de zona. Todo lo que había conseguido se le hacía nada, menudencia insignificante al alcance de cualquiera.

Mientras dejaba atrás la ciudad y metía por fin la quinta acelerando como si la persiguieran, se descubrió compadeciéndose a sí misma y lágrimas de rabia empañaron su visión de la carretera.

¿Cómo era posible que no lo lograra, si llevaba años intentándolo con todas sus armas? Era una inútil, incluso haber llegado a directora le parecía ahora un milagro incomprensible.

«Te propones metas demasiado ambiciosas —le había comentado un día su marido— y eso hace que siempre estés insatisfecha». Pero ella no estaba de acuerdo, no había nada demasiado ambicioso, te lo proponías e ibas a por ello.

Aceleró un poco más, cautiva de la sensación de vértigo que le apretaba la boca del estómago.

Acababa de sobrepasar el límite de velocidad mientras cavilaba sobre cómo se sentía y qué podía hacer para salir de la espiral de negatividad que la estaba sacudiendo como si fuera un pelele. No podía seguir así, sintiéndose una verdadera perdedora, resoplando disimuladamente cada vez que alguien la felicitaba por estar en la cresta de la ola, creyéndose un fraude cuando sentía que suscitaba la envidia de los demás... Tenía que hacer algo, lo que fuera, con tal de romper con todo y volver a ser la persona segura de sí misma que siempre se habíapreciado de ser.

Acercándose peligrosamente a un estado de nervios incompatible con la prudencia, empujó un poco más el acelerador y agarró el volante con mayor firmeza. El Mercedes, metafóricamente hablando, ni pestañeó. Alcanzó los

ciento noventa con tanta facilidad que a Libertad ni siquiera le dio la sensación de haber incrementado la velocidad. Se cambió al carril izquierdo y dejó atrás a los demás vehículos, cada vez más lejanos en el retrovisor.

Tenía que recuperar las riendas de su vida, la estabilidad, el control. Debía hacer algo para controlar la situación, algo drástico, importante, algo que la llevara al límite física y mentalmente. Solo así podría poner un punto de inflexión a su caída en picado. Iluminada por una idea poco cabal, volvió a presionar el pedal empujando al vehículo hasta pasar de los doscientos kilómetros por hora.

Durante unos segundos, quizá dos, quizá tres, Libertad solo fue capaz de ver un par de metros de carretera justo delante del salpicadero. Aún entonces insistió, aunque no llegó a ver cuánto marcaba la aguja porque no se atrevió a desviar la mirada.

Cuando el pánico atenazó sus manos, cuando se hizo consciente de estar echando a suertes su propia vida, cuando la culpa por poner en peligro a otras personas la pinchó y fue consciente de lo cerca que estaba de perder el control que tanto había ansiado... cuando comprendió que había cosas insustituibles que nada tenían que ver con su ingrata profesión, Libertad Baumeister levantó el pie del acelerador y frenó y frenó hasta que vio en el espejo que los coches que había dejado atrás volvían a alcanzarla.

Un grito ronco se le había escapado y le sudaban hasta los párpados. No tenía ni idea de cómo, pero estaba segura de que se había meado de miedo en el asiento de cuero del Mercedes.

# Estar sola

Cada día, todos los días del año, llueva o haga sol, haga calor o raspe el frío, Libertad Fernández sale a la calle a las nueve menos cuarto de la mañana y pasea durante cuatro horas por las mismas aceras, los mismos parques, los mismos rincones de la ciudad que antes tenían algún sentido para ella. Antes lo tenían, ahora solo son lugares vacíos, huecos carentes de significado, que recorre una y otra vez como quien busca desesperadamente algo que sabe que no va a encontrar.

Solía tener un trabajo, pero ya no quiere ir. Presentarse en aquel lugar que la satisfacía ahora le hace daño. Por eso no quiere volver. Alguien le ha dado permiso para dejar de ir sin que la echen a la calle, pero solo de momento. Si nada cambia en ella, habrá que revisar la situación. Por ahora, aprovecha ese tiempo para caminar y caminar, sin descanso, hasta que le duelen los pies, las rodillas, las piernas, la cadera y hasta la columna, por el soberano esfuerzo de mantenerla erguida.

Cuando siente que le duele absolutamente todo, vuelve a casa y toma un par de calmantes que le producen algo de sueño. Las otras píldoras, las blancas pequeñas, son las que de verdad consiguen hacer que se meta en la cama y sus ojos se cierran durante unas horas. Tres al día son las que toma. Pero a veces son cuatro, cinco...

La gente ha empezado a fijarse en ella. Ahora casi todos la conocen. Al principio les daba miedo, pero han comprobado que es inofensiva y ya casi nadie la molesta. Al fin y al cabo, no está bien de la cabeza.

Para todos los que se han cruzado alguna vez en su camino, Libertad Fernández es una loca que recorre las calles todas las mañanas y por las tardes desaparece. Eso es lo que es. Ni siquiera saben que se llama Libertad, porque nunca se lo han preguntado.

Si entra al supermercado, se hace el silencio entre las cajeras; si va a la

pescadería, un par de clientas recuerdan algo urgente que tienen que hacer y salen disparadas; en la panadería, no es la primera vez que le dan mal el cambio, porque ella nunca mira lo que le devuelven. Solo da las gracias, siempre sin levantar la voz, tratando de ser amable, aunque a los demás les resulte más bien incómodo.

Los demás no la conocen. Solo saben lo que ven, y lo que ven no les hace mucha gracia. A nadie le gusta que los enfermos mentales deambulen por ahí sin vigilancia.

Libertad Fernández, que soy yo, vive cada día como si el pasado nunca se hubiera marchado para siempre. Sale de casa a las nueve menos cuarto porque a las nueve y cinco se cierra la puerta del colegio. Recorre la ciudad durante cuatro horas pasando por delante del supermercado, la carnicería, la pescadería, la panadería, la librería, la tienda de ropa interior y el banco, por si resulta que necesita adquirir algo de todo lo que venden en esos establecimientos. Sobre la una menos cuarto vuelve a casa, porque es la hora de la comida, como siempre. Pone la mesa, sirve en los platos, se asoma a la ventana de la cocina y mira a la calle, pero no ve venir a nadie. Al final, se sienta y come sola, porque ella ya sabe que nadie va a venir. Nunca más.

Su hijo no va a volver de la escuela, porque hace meses que no estudia allí. Y su marido no viene a comer con ella después del trabajo, porque ya no tiene ningún trabajo. No necesita comprar yogures de sabores, ni calcetines de ejecutivo, ni galletas para el desayuno, ni cacao soluble, ni café de cafetera, ni nada. Por eso pasa por delante de las tiendas pero no entra. ¿Para qué va a entrar, si no necesita de nada?

Pero a veces se siente confundida y se para un momento en los escaparates, tratando de aclararse, ¿necesita algo o no? Cuando recuerda que no, sigue caminando mientras nota la presión de varios pares de ojos en la espalda. A veces entra de todas formas, porque no le queda más remedio que comprar algo que es solo para ella. Y sale del supermercado con una docena de huevos, leche, un muslo de pollo o cincuenta gramos de jamón; y sale de la pescadería con dos rodajas de merluza y una ramita de perejil; y sale de la panadería sabiendo que le han timado cincuenta céntimos. ¿Y qué? Todo le da lo mismo, ni siquiera se le ha ocurrido cambiar de panadería, porque esa le pilló de camino y no va a cambiar su ruta por medio euro de mierda.

Nada de lo que puedan pensar de ella hará que deje de recorrer las mismas

calles, en el mismo orden, cada día, hasta que deje de sentir que lo necesita para sostenerse en pie. Nadie va a apartarla de recorrer los mismos caminos que recorría cuando su hombre y su niño caminaban a su lado, cuando aún eran una familia, cuando entre los tres llenaban los huecos de una casa que ahora resulta demasiado grande. Cuando ellos eran algo más que dos nombres grabados en negro sobre un fondo de mármol. Eso no se lo va a quitar nadie, mientras lo siga necesitando.

Porque las cuatro horas que paso caminando por unas calles que antes nos pertenecían son el único vínculo que tengo ahora con una vida que ya no existe. Paradójicamente, son una soga que me mantiene sujeta a la cordura porque, sin esas horas, no tendría absolutamente ningún motivo para salir de la cama, vestirme y atravesar la puerta de mi casa camino al exterior.

Porque cuando vuelvo de esos paseos el día ha terminado para mí: como sola, me medico sola, me acuesto sola y sola rezo para no despertar mientras no haya salido el sol. Si lo consigo, vuelvo a empezar. Si no, la noche se llena de fantasmas y los vecinos golpean mis paredes para que no los despierte de madrugada con los gritos de mis pesadillas.

Soy Libertad Fernández y he perdido a mi familia porque los accidentes ocurren sin preguntar si es buen momento. No tengo ganas de seguir viviendo, ni valor para dejar de hacerlo, así que me arrastro por la ciudad aferrada a mis recuerdos sin que nadie, hasta hoy, se me haya acercado a preguntarme si me siento sola o si me ocurre algo. Puede que haya dejado de importarme el aspecto que tengo; puede que a veces camine con la mirada perdida, sumida en el refugio de la memoria; puede que, incluso, me hayan oído tararear alguna canción infantil alguna vez, sin llegar a ser consciente.

Por todo eso, me llaman loca. Y yo ni los escucho, ni apenas los veo. Me importan tan poco como yo a ellos, o menos. Para mí no son más que manchas borrosas que tengo que esquivar mientras me esfuerzo por seguir adelante.



# Perdida

## (Óleo de mujer sin sombrero)

Perdió su esencia, su nombre...  
se sumió en un silencio infinito.  
Arrojada por nadie,  
olvidada por todos,  
llorando por verse morir.  
Pero no dio su brazo a torcer,  
se esforzó por hacerse valer.

Y los poetas, confusos,  
no pudieron cantarle ni un verso.  
Se escapaba la tinta,  
corría, volaba,  
esparcida por todo el papel...  
No hubo forma de hacerla volver,  
ella no dio su brazo a torcer.

Se refugio en sus caderas,  
en su pecho,  
en mitad de su vientre...  
Y encontró, cual tesoro,  
la fuerza, la vida,  
las ganas de ser lo que fue.  
Y ya nunca dejó de querer.  
Fue una loca sin miedo a perder...



# Cry phone

El teléfono sonó aquella mañana temprano, demasiado temprano. Sola en casa, Liberta recibió la noticia como un ariete en su alma indefensa, un aguacero sobre un papel de fumar o varias docenas de paladas de tierra sobre el agujero en el que su corazón había caído. Desde el mismo momento en el que colgó el teléfono, no había parado de llorar ni un momento.

Una parte de su conciencia parecía observarla desde fuera, ajena a todo sentimiento. Esa parte cuya frialdad ofendía a Liberta y la molestaba hasta provocarle una furia que no estallaba, contenida tan solo por el peso de las lágrimas. Esa parte se estaba percatando, desde su análisis crítico, de que había distintos tipos de llanto y ella los estaba experimentando todos, uno por uno, como una sucesión de pasos de baile. La comparación le resultó tan odiosa que no pudo evitar dar una coz en el suelo. Pero así era, ciertamente.

Había empezado con un llanto lento y suave, al que la incredulidad no permitía desatarse en toda su magnitud. Poco después, la aceptación lo había convertido en un exabrupto de sollozos y gritos ahogados, bañados todos por el dolor terrible del golpe. La incierta previsión del futuro había dado lugar a un gimoteo entrecortado y dubitativo que parecía no creerse su propio derecho a existir. Por último, la conciencia de lo inevitable había dejado un mar de fondo que, si bien en la superficie estaba calmado y parecía un caer y caer de lágrimas silenciosas y graves, escondía en realidad una corriente de fuerza inconmensurable que arrasaba las profundidades de su ser dejándolo irreconocible para siempre.

En ese estado de aparente resignación se había mantenido todo el día, sin hacer otra cosa que vaciarse de pena, tirada en el sofá, esperando en vano que la vida fuera piadosa con ella y decidiera terminarse de repente, sin aviso ni justificación. Pero claro, la vida no se acaba cuando una decide que ya ha sufrido bastante. No por sí misma, desde luego. Así que Liberta siguió llorando durante horas, incapaz de moverse ni de reaccionar a nada,

vegetando como un hierbajo al borde del camino y deseando que un rayo la alcanzara para borrarla del mundo, que había dejado de tener sentido para ella.

Sobre las dos del mediodía la puerta de su apartamento se abrió y su madre se materializó en la sala de estar, justo a su lado. La pequeña conciencia de Liberta sabía que iba a suceder. El teléfono había sonado tantas veces que, de pura molestia, había estado a punto de contestarlo, o de desconectarlo. Pero eso hubiera requerido levantarse, y no estaba por la labor. Al final, había pasado lo que tenía que pasar y la pobre mujer estaba allí, aturdida por lo que se había encontrado, tratando de hallar un motivo para aquella patética estampa.

Liberta seguía sin estar dispuesta a contestar, ni tan siquiera a mirar a nadie a los ojos, por lo que su madre se vio obligada a levantarla del sofá como si todavía tuviera cuatro o cinco años y conducirla al cuarto de baño sujetándola por el codo. A pesar de que iba caminando, sentía como si su madre la llevara flotando por el estrecho pasillo enmoquetado.

¿Era posible? Seguramente. Su madre era capaz de cualquier cosa que se propusiera y, al fin y al cabo, ella pesaba ¿cuánto? ¿Cuarenta kilos? A veces se sentía tan poca cosa, con aquellos bracillos flacos y aquella melena lacia de un rubio mortecino y desgredado...

Sí, su madre habría sido perfectamente capaz de levantarla del suelo y llevarla adonde fuera. Ella era capaz de cualquier cosa, incluso de meterla bajo el agua caliente de la ducha y después volverla a sacar, envolverla en una toalla, ponerle ropa limpia y acostarla en la cama, donde la había arropado con dulzura murmurando palabras de consuelo que no calaban en su mente aturdida.

Liberta seguía sin querer hablar. Quizá era que no podía. Y su madre acabó por entender que su insistencia era vana en aquel momento. No sacaría nada en claro de seguir preguntando qué era lo que la había dejado en ese estado. Estoicamente aguantó casi cuatro horas sentada al pie de la cama mientras su hija seguía derramando su dolor hasta que, no sabiendo qué más podía hacer, decidió marcharse antes de que las lágrimas de Liberta la ahogaran y su única tabla de salvación fuera un flotador con forma de ansiolítico. Sinténdose inútil y culpable por dejarla, le hizo la firme promesa de volver más tarde.

Mientras salía al descansillo y cerraba la puerta con cuidado (lo mismo hubiera dado que lo hiciera de un portazo) solo podía pensar en que algo muy grave había tenido que pasarle.

A eso de las nueve el portero automático empezó a resonar en los oídos de Liberta como si estuviera metida dentro de una gigantesca campana de bronce. A pesar de la resistencia de su cuerpo a moverse, se obligó a hacerlo. Lo que fuera con tal de que aquel sonido que la perforaba por dentro cesara de inmediato.

Era su amiga, que venía a quedarse y traía *pizza*. Podría haberle dicho que no tenía hambre ni ganas de estar con ella, pero una vez más habría tenido que dejar de llorar para poder pronunciar las palabras y, por si fuera poco, su estómago se reveló, en un alarde de bramidos totalmente insolidarios con su estado de ánimo.

Se preguntó si sería capaz de tragar algo entre sollozo y sollozo. Un nuevo bramido de su estómago, vacío desde la noche anterior, la sacó de dudas y acabó abriendo la puerta con resignación, estremecida por el insultantemente delicioso aroma que se desató ante ella cuando su *pizza* terminó de subir las escaleras. Cuando su amiga terminó de subir las escaleras.

Con los ojos medio cerrados por la inflamación y limpiándose la nariz con un pañuelo cargado hasta la saturación, las hizo pasar a ambas y señaló con el dedo la sala de estar, esperando que eso fuera suficiente indicación.

Lo más difícil fue tratar de coordinar la respiración para poder seguir llorando entre bocado y bocado sin que la comida la atragantara y se asfixiara con ella. Pero Liberta siempre había sido tenaz y logró tragar dos porciones rebosantes de *mozzarella* fundida.

Su amiga parecía esperar que el estómago lleno vaciara por fin sus reservas de lágrimas. Por un momento, ella misma pensó que iba a ser así. Esperanzada, fue a decir algo, pero en el último momento los ojos se le anegaron otra vez y las palabras se convirtieron en sonidos irreconocibles vomitados desde lo más hondo de la garganta.

Hubo otra sarta de preguntas encadenadas, primero suplicantes y, más tarde, exigentes. Ninguna fue respondida. La vehemencia de su mirada no era lo suficientemente significativa como para transmitir por sí sola todo lo que estaba pasando por su cabeza. Igual que cuando eran niñas, deseó que pudieran leerse las mentes, que su amiga pudiera vaciarla de todos los

pensamientos que la estaban atormentando. También igual que entonces, no lo consiguieron y la mujer se quedó allí, bullendo de frustración y planteándose si empezar a llorar ella también.

En lugar de hacer eso, un par de horas después se quedó dormida sobre el brazo del sofá. Liberta se dio cuenta solo porque su respiración había pasado de inaudible a moleestamente sonora. Llegadas a ese punto, la cubrió con una manta y la dejó allí.

Volvió al abrigo de sus desgastadas sábanas y dio la vuelta a la almohada a fin de continuar con el monótono trabajo de empararla por los cuatro costados. Suavemente, puso sus manos alrededor de su vientre, vacío. Ni la esperanza de que un día contuviera una nueva vida fue suficiente para que dejara de llorar.

Quizá no hubiera nada en el mundo que pudiera evitarlo. Cabía la posibilidad de que siguiera llorando y llorando durante el resto de su vida. Su pequeña conciencia le habló con cierto recelo. Si iba a seguir llorando siempre, su cuerpo necesitaría una hidratación mucho mayor que el de las demás. Quizá en vez de dos litros de agua al día tuviera que tomarse tres, o cuatro. ¿A qué especialista podría consultárselo? Seguramente, al mismo al que le preguntaría también si era normal dialogar con una parte de ti misma y que sus opiniones te crisparan tantísimo...

En la mesita de noche, el teléfono móvil comenzó a sonar. Era el mismo número que la había despertado por la mañana y Liberta se estremeció, temerosa de responder. Quería dejarlo sonar hasta que dejara de hacerlo, pero entonces se dijo que las cosas no podían ir peor y levantó el aparato con una mano, mientras aceptaba la llamada con la otra. Respondió con unas palabras apenas audibles y permaneció a la escucha hasta que, al otro lado de la línea, se hizo el silencio.

—Ah... —respondió, aunque ya nadie la escuchaba.

Tan repentinamente como se había presentado, el llanto de Liberta cesó y ella limpió su nariz por última vez aquella noche.

Volvió a abrazar su vientre para proteger a su pequeña hija, nonata y secreta. Todavía necesitaba un poco de tiempo antes de compartirla con nadie más. Aún era solo suya, todavía imperceptible en lo profundo de su cuerpo.

¿Cómo podría explicarle a ella la tristeza de creer que nunca había

existido? No, nada de eso. Para su hija no debía haber ninguna tristeza, solo paz y felicidad. Se lo debía, ya que ella había tomado la decisión de traerla al mundo.

Tumbada en la cama, con los ojos fijos en el techo, sintió cómo su cuerpo se iba relajando hasta que el sueño la venció. A la mañana siguiente, cuando despertó sin recordar uno solo de los sueños de esa noche, se preguntó a qué médico podría consultarle qué hacer para borrar de sus ojos los estragos que le había causado todo un día de llanto desconsolado.

# Olvidarse

Ya eran casi las nueve cuando por fin pudo quitarse de encima a la última clienta y echar el cierre con hora y media de retraso.

La tarde se había torcido del todo por culpa de un dichoso tinte que había tenido que oscurecer y le había hecho perder por lo menos cuarenta minutos de su valioso tiempo. Lo lógico habría sido que la clienta de última hora lo dejara para el día siguiente pero no, ella no tenía prisa y Esperanza Chamorro no era de las que bajaban la persiana sin haber dejado contentas a todas las mujeres que pasaban por sus manos. Por eso se le había hecho tan tarde y ahora estaba deseosa de llegar a casa y darse una ducha caliente. Tenía las piernas cansadas y los pies un poco hinchados, le vendría bien ponerlos un rato en alto.

Comenzó a caminar hacia su calle con la sensación de que había olvidado algo. No sabía qué, aunque podría ser cualquier cosa. Las tardes que se complicaban tanto como aquella la dejaban hecha polvo y no sería la primera vez que se dejaba las llaves de casa en la peluquería y no se percataba hasta que no iba a sacarlas para abrir el portal. Por si acaso, lo comprobó allí mismo mientras esperaba que el semáforo cambiara a verde. No, no se las había dejado. Las llevaba en el bolso.

¿Qué era, entonces? Había apagado la estufa de butano. Había cerrado las ventanas. Había echado las toallas a lavar. Había barrido el suelo. ¿Había cerrado la persiana con llave? Pues claro, eso sí que nunca lo había pasado por alto. Al fin y al cabo, su negocio era su vida y no estaba dispuesta a que entraran a robarle sin oponer alguna resistencia.

Estaba claro que no se había olvidado de hacer nada en la peluquería, así que tenía que haber sido en casa. Pero no había estado allí desde las siete de la mañana, porque precisamente aquel día había aprovechado el descanso de mediodía para hacer unos recados y después de eso solo le había quedado un ratito para tomar un café con un triángulo de tortilla en el bar de al lado. No podía ser, no le cuadraba.

Cruzó la carretera y siguió andando, estrujándose el cerebro para ver qué era lo que estaba pasando por alto. Sin embargo, no había forma de recordar lo que fuera que había olvidado así que lo dejó por imposible, pensando que quizá no fuera más que una sensación provocada por el cansancio de la jornada.

En el mismo momento en el que dejó de intentarlo, la información le vino a la mente, cayéndole encima como un matamoscas. De todo lo que se le podía haber pasado aquel día, tenía que haber ocurrido lo peor. Aquello iba a salirle caro, estaba segura. Iba a tener que sudar de lo lindo para sacar la pata del agujero en el que la había metido. ¡Se había olvidado de Libertad!

«Nonononononononononono...», iba diciéndose, mientras sacaba el móvil del bolso y comprobaba, atormentada, los más de quince mensajes que había ignorado sin querer. Libertad iba a matarla y a cortarla en tajadas finas, y con toda la razón. Había quedado con ella a las ocho, hacía ya una hora, en una cafetería que había al otro lado de la ciudad. Ni siquiera iba a intentar llegar hasta allí, porque era evidente que su amiga ya no estaría. Pasó de los mensajes y la llamó a toda prisa, pero no hubo respuesta.

«Mierdaaa», canturreó entonces, al tiempo que lo intentaba otra vez. Sin embargo, la insistencia no iba a servirle de nada. Lo único que lograría si hacía que el móvil de Libertad sonara una y otra vez sería cabrearla un poco más, si es que eso era posible. Estaba enfadada de verdad; si no, no ignoraría sus llamadas.

«Vale, es grave —reconoció Esperanza—, no va a ser tan fácil arreglarlo». Acto seguido, cambió el rumbo de sus pasos desquiciados y desanduvo parte del camino para dirigirse a casa de Libertad. Si no podía hablar con ella por teléfono, se presentaría en persona y hablaría con el portero automático. Si tampoco así la atendía, algún vecino le abriría el portal y ella podría disculparse una y otra vez con el pomo de la puerta de su amiga, hasta que se apiadara y la dejara entrar.

¿Y si tampoco así lo conseguía? Libertad era una gran amiga, una gran mujer, una bella persona con un corazón rebosante de cariño... Era todo eso y más, hasta que le tocabas las narices. Lo único que le faltaba era paciencia y Esperanza, aquel día, había hecho trizas la poca que tenía.

Libertad la había llamado para que se vieran un rato después del trabajo.

Había algo de lo que quería hablar con ella, en persona. Esperanza también tenía ganas de verla y el secretismo con el que le había hablado no había hecho más que intrigarla. Pero aquella tarde había sido difícil. Muchas clientas y una metedura de pata que se había adueñado de toda su atención, hasta el punto de hacer que se olvidara de su amiga. Como si el trabajo fuera más importante para ella que Libertad. ¡No lo era! Ella la quería, la quería muchísimo, con todo su corazón.

Tenía que hacer algo para compensarla, para que la perdonara por haberse olvidado de ella. Y no solo para eso, sino también para que sintiera mejor. Porque Esperanza estaba segura de que Libertad no se sentía bien en aquel momento. La conocía desde hacía muchos años. Se habían encontrado el primer día de instituto y desde entonces no habían dejado de ser amigas. Espe sabía las fases que habría atravesado la otra aquella tarde: ilusión, impaciencia, ligera molestia, enfado, enfado más profundo, furia ciega, lágrimas de ira... y de ahí a las de tristeza. Estaba segura de que la había hecho llorar y eso era mucho peor que el enfado. Tenía la obligación moral de tenerle un detalle, algo más allá de lo material, que le demostrara que su amistad le importaba de verdad, que su olvido había sido accidental.

Mientras caminaba iba estrujándose el cerebro, dudando si podría sacarle algo de jugo después de la tardecita que había tenido. Al principio se sintió un poco perdida pero luego pensó en Libertad, visualizó su sonrisa y sus ojillos oscuros, y la imaginó feliz y sonriente. Entonces supo exactamente lo que tenía que hacer.

Veinte minutos después estaba en el portal de su amiga. Era viernes, pero seguro que no había hecho planes después del plantón. La providencia hizo que un vecino saliera en ese momento y Espe se coló sin usar el portero automático. Subió los tres pisos en el ascensor y se plantó en la puerta, tocando el timbre una sola vez. Manu le abrió sin poder evitar que le diera la risa. «Ven a ver esto, anda», dijo antes de escaquearse de vuelta a la cocina.

Cuando Libertad salió a la puerta de su casa, se encontró a Esperanza escondida detrás de dos enormes globos de helio, dos gigantescas raciones de palomitas y una bolsa repleta de viejas comedias románticas que ambas habían visto tantas veces como para haber memorizado parte de los diálogos.

—Tengo dos Coca-Colas en el bolso. —Habló antes de que lo hiciera

Libertad—. Tienes que perdonarme y dejarme entrar pronto.

—¿Por qué? —respondió su amiga, en cuyos labios ya empezaba a asomar un conato de sonrisa.

—Porque se me están durmiendo los brazos... —respondió Espe, provocando que las dos rieran nerviosamente.

Libertad se hizo a un lado para que entrara y luego cerró la puerta sin hacer ruido.

—Te vas a ir a la mierda como me vuelvas a dejar tan tirada.

—Lo siento mucho, he tenido una tarde pésima.

—¿Cómo de mala?

—Peor.

Libertad dudó antes de contestar a eso, como si ensayara mentalmente su respuesta.

—Vale. Te perdono. Has tenido suerte porque hoy no tengo ganas de estar enfadada con nadie —dijo, mientras sonreía con picardía—. Nos comemos las palomitas mientras vemos parte de esa porquería lacrimógena y luego respiras helio para cantar algo de Gloria Gainor...

—¡Y nos tomamos las Coca-Colas! —añadió Espe, sin negarse en ningún momento a hacer el ridículo premeditadamente.

—Hoy no me apetece.

—¿Y eso? Si te encanta...

—Brindar con refresco es muy cutre, ¿no?

Esas fueron las últimas palabras de Libertad antes de que Esperanza soltara los bártulos y se le abrazara, adivinando cuál era la noticia que quería que celebraran. Por fin, una editorial iba a publicar el libro de su amiga.

# No quererse

Hoy empiezan las reuniones con mi nuevo grupo. No es que me convenza ni que me deje de convencer. No es que piense que yendo allí desaparecerán todos mis problemas. Solo es un acuerdo al que he llegado con mi familia, algo que tengo que hacer por ellos, porque su preocupación es otra espina que se me clava cada vez que respiro.

¿Quién soy? Soy Libe, tengo veinte años y no soporto mi cuerpo. Levantarme cada día de la cama pensando que tengo que ver mi propia imagen en el espejo es una tortura que sé que nunca terminará mientras viva. Mirar hacia abajo cuando estoy en la ducha es un gesto que me he prohibido a mí misma, aunque a veces desobedezca para luego lamentarlo. No recuerdo cuando fue la última vez que me gusté, o simplemente que no me horrorizó lo que vi.

Si me dicen que tengo que aprender a vivir conmigo misma, yo solo escucho palabras vacías, sílabas inconexas que no significan nada, que no sirven para nada. En esos momentos, respondo mentalmente que eso es imposible, que es muy fácil de decir pero difícil de conseguir. No lo digo en voz alta porque trato de evitar los debates dialécticos. Son estériles. Ni ellos pueden convencerme de que me resigne, ni yo soy capaz de encontrar la manera de poner remedio a mi cuerpo atroz.

Al sentarme, todo el sobrante que rodea mi abdomen se muestra con desvergüenza. Los muslos, apoyados en la silla, se desparraman doblando su volumen. Por mucho que enderece la espalda o cruce las piernas, no importa. Toda esa carne blanquecina sigue ahí, inamovible. También mis brazos me atormentan. Casi nunca los miro, para no tener que ser testigo de su desmesurada anchura. Hasta mis orejas son gordas. ¿Es eso posible?

Nada de lo que guardo en el armario me favorece. Creo que nada de lo que podría encontrar en una tienda lo haría. Así que simplemente me visto con prendas anchas, me escondo en ellas. No lograré engañar a nadie, pero al

menos tendrán que conformarse con imaginarme, no se lo pondré tan fácil.

Mi relación con la comida es una historia en la que no sabría decir si hay más amor o más odio. Lo que sí sé es que hay mucha culpa. Pierdo la noción de la realidad cuando empiezo a tragar. No soy capaz de recordar cuántas veces al día he comido. A veces, ni siquiera sé lo que he comido cada vez. Trato de enmendarme y entonces llegan esos periodos de desesperación en los que intento no comer absolutamente nada. Pero siempre son demasiado breves como para que resulten efectivos. Aquí sigo, presa de mi propio envoltorio.

Sé que mi cuerpo no es más que un cuerpo. Sé que mi cuerpo no define lo que soy. Sé que Libe está ahí dentro, deseando salir y recibir todo el amor que se merece. Lo sé todo, sin embargo mi imagen es la que es y arrasa con mi convicción, me hunde en la miseria y me pisotea cuando estoy en el fondo. Por eso vivo triste, deprimida, apática y en mi propio mundo.

Eso es lo que ha provocado que mi familia se involucre y tome las riendas de algo que a mí parece escapárseme. Así es como he llegado a estas reuniones en las que hay otras mujeres con el mismo problema que yo. La idea es que juntas seremos más fuertes, que cambiaremos nuestros hábitos y que, entre todas, será más fácil superar este problema que nos atormenta. La realidad es que para mí esto no es más que otra tortura, otro propósito en el que fracasar para sentirme todavía peor que ahora.

Entro en la sala y todas están sentadas, esperándome. No puedo evitar un rápido vistazo que confirma mis peores temores. Soy la más gorda de todas. De hecho, no entiendo qué hacen aquí algunas de ellas. Humillar a las demás, supongo. Si yo fuera como ellas, ni me plantearía estar aquí. Viviría feliz dentro de mi piel, disfrutaría mirándome al pasar por delante del cristal de los portales, me aceptaría...

El hombre que se va a encargar de ayudarnos me saluda, me presenta y me invita a tomar asiento. Charla un rato con nosotras y por fin llegamos al momento que más temo, el que hace que tenga ganas de salir pitando de allí: la báscula.

—Te toca, Libe —me dice con amabilidad.

—No quiero hacerlo.

Pero todas las demás lo están haciendo. Ninguna se ha negado porque estamos aquí por propia voluntad y se supone que aceptamos la ayuda que

nos van a prestar. Y yo se lo debo a mi familia, tengo que intentar que esto funcione, se lo he prometido. A la vez que me ruborizo hasta las cejas, me levanto muy despacio de la silla y camino hacia mi enemiga. «Solo es para que tomes conciencia de la realidad», me dice él, prometiendo no convertirme en una esclava de las cifras. Como si no supiera yo lo que es ese tipo de esclavitud.

Sigo andando, tres o cuatro pasos que parezco dar a cámara lenta. Con cuidado, como queriendo evitar que la aguja lo note, subo al peso y no quiero ni saber lo que marca.

—¿Cuánto? —pregunta, queriendo parecer desinteresado, como si la respuesta no tuviera la menor importancia.

Antes de contestar, echo un vistazo a las demás. Son mis compañeras de lucha, no debería sentir vergüenza delante de ellas. Si alguien en el mundo puede comprenderme, son estas mujeres que me rodean y esperan pacientemente a que cante mis kilos. Sin embargo, yo noto el peso de sus miradas sobre mí, su escrutinio me oprime, su veredicto me atormenta. Se escandalizarán cuando lo sepan, pensarán que soy un monstruo, murmurarán a mis espaldas. Y él será peor. Querrá hacer ver que no tiene ninguna relevancia y yo nunca sabré si es sincero o si recita un guion aprendido, escondiendo lo que verdaderamente piensa.

Con lágrimas de auténtica amargura surcando mis orondos mofletes, casi muda por la congoja, cerrando los ojos para no enfrentarme directamente a la verdad desnuda, me decido a hablar. Y que sea lo que tenga que ser.

—Cuarenta y tres —murmuro, mientras él lo apunta en su dietario sin hacer el menor movimiento que me indique si está impresionado.

# Frenar en seco

Estaba más que harta de objetivos, balances, fondos, plazos y juegos de toallas firmados por diseñadoras de dudoso talento. Tanto, que se había permitido marcharse del trabajo antes incluso de terminar con todos los ítems que figuraban en su agenda, ceñida más que apretada. Eso había sido casi dos horas después de que terminara la jornada laboral que estipulaba su convenio.

¿Y qué? ¿A quién le importaba a qué hora salía ella de la oficina?

¿A quién quería engañar? Por supuesto que le importaba a alguien. A los crápulas que estaban al mando les importaba, lo controlaban todo, lo tenían en cuenta, no se les pasaba una. Pero ella nunca se había marchado la primera del trabajo, nunca había dejado cosas por hacer, ¿es que eso no contaba para nada? Francamente, ya le daba igual.

Libertad Sanders era, a sus cuarenta y tantos años, lo que popularmente se conoce como una triunfadora. Lo tenía todo: un puesto importante en un banco potente, un marido que siempre la había impulsado hacia el éxito, unos hijos bien educados y cariñosos, un piso en el centro con tantos metros cuadrados que podría albergar a tres familias... Todo lo que siempre se desea cuando no se sabe qué desear.

Sí, aquello era sin duda una buena vida, no podía quejarse. Su familia proyectaba una imagen perfecta de bonanza y felicidad. Ella misma, vista desde fuera, era una mujer hermosa, elegante, educada y con la pizca justa de humor para resultar ocurrente, pero no chabacana.

Al llegar a casa, desmayada de agotamiento, lo primero que hizo fue sacarse los tacones que cada día se obligaba a llevar durante más de ocho horas.

¿Qué otra cosa podía hacer? Los tacones eran lo único que iba bien con los trajes de chaqueta, sobre todo si en lugar de ser de pantalón eran de falda recta. Y muchos días lo eran. Como directora de una oficina, tenía que demostrar su poderío en forma de surtido guardarropa, enseñar con gracia lo

que el dinero le permitía comprar sin prestar atención al precio. Pero eso no significaba que le agradara tener ese aspecto.

Con cuidado, se quitó la estúpida falda gris y la colocó inmediatamente en una percha de pinzas. Luego, con sumo placer, se deshizo de las medias y de la carísima blusa que apenas transpiraba. ¡Tenía que llevar un pequeño desodorante en su bolso y usarlo al menos una vez durante la mañana para que el olor del estrés no se notara a través de su ropa! Era el colmo de las situaciones incómodas y Libertad llevaba mucho tiempo harta. Hasta el sujetador se había vuelto su enemigo. La hacía sentir encorsetada, oprimida e incómoda. Pero sus blusas no eran prendas que pudieran llevarse con algo más deportivo, así que procuraba no darle muchas vueltas.

Una vez desnuda, salió del vestidor por la puerta que comunicaba con el cuarto de baño y se metió en la ducha. Ya lo había hecho por la mañana, igual que siempre, pero aquella tarde necesitaba sentir cómo el agua caliente bajaba por su cuerpo arrastrando las tensiones y las malas vibraciones, rescatando sus sueños del peligro del olvido. No, no iba a olvidarlos ahora que estaban tan cerca. Llevaba demasiado tiempo haciendo planes, imaginando escenarios en los que alcanzar la felicidad, convenciendo a su familia para que aceptaran aquel cambio inesperado y absoluto.

Porque, en realidad, por mucha imagen de triunfadora que proyectara a la galería, Libertad ya apenas podía disimular el hecho de que no era feliz con su vida. Además, se sentía culpable por su propia infelicidad, consciente de que muchas personas estarían encantadas con solo poseer la mitad de lo que tenía su familia. De modo que nunca mencionaba su insatisfacción en público, pero allí estaba.

A pesar de todo lo que tenía y de lo perfecta que parecía, Libertad anhelaba nada más que enfundarse unos vaqueros y unas deportivas y echarse a la calle a hablar con la gente, en vez de recibirla en un despacho y convencerla para hacerse un seguro de vida. Estaba cansada de dedicar más tiempo al banco que a sus hijos, a los que veía crecer como una espectadora. Temía que llegara un día en el que no quisieran saber nada de ella, quizá con la sensación de haber sido mejor profesional que madre.

¿Quizá? Desde luego que tendría esa sensación. Los enviaría a la universidad sin ser partícipe de sus temores, sus expectativas ni sus sentimientos y volverían transformados en absolutos extraños que apenas la

echarían de menos.

No estaba dispuesta a consentirlo. Aún quedaban unos años para que eso sucediera, un tiempo más que suficiente para darle la vuelta a la tortilla, para recomponer una vida en la que la familia tendría el papel protagonista y no se conformaría con las sobras de su tiempo y su atención. ¡Eran sus hijos! Ella los había llevado dentro y los había parido... No consentiría que carecieran de su madre por más tiempo. Como tampoco pensaba dejar que su marido se aburriera de hacer su propia vida porque ella se desfondara en el esfuerzo de un trabajo que nunca terminaba. Tenían un proyecto de vida en común.

El banco la estaba absorbiendo, se la iba a comer y después expulsaría sus restos como residuo inservible. Así era como funcionaba. El banco sobrevivía a las personas, estaba por encima de ellas.

Todos estos pensamientos recurrentes eran los que la habían impulsado a tomar una decisión que estaba ya muy cerca de hacerse realidad. Libertad, sin embargo, no era una mujer que cediera a los impulsos sin valorar sus consecuencias, por lo que antes de hacer nada definitivo, se había asegurado de que el paso que iba a dar fuera viable. Agentes inmobiliarios, abogados, proveedores y hasta un informático: a todos ellos había involucrado en sus planes para estar convencida de que no se equivocaba. Cuando todo estuvo claro y bien atado, le puso fecha.

Y ahora faltaba apenas un mes para recorrer por última vez el camino que cada día la llevaba hasta su aborrecida oficina. Aún no lo había comunicado, no con más de quince días de adelanto, pero Libertad iba a dejar de ser una de las piezas que hacían funcionar el engranaje de aquel sistema que, siempre en movimiento, fagocitaba a las personas y las metamorfoseaba en máquinas.

En poco tiempo, incluso dejarían la ciudad y su enorme y céntrico piso, pero eso tampoco era importante. Lo único que de verdad valía algo era que su familia la había apoyado. Todos habían estado a su lado, la habían comprendido y se habían emocionado con la nueva vida que estaba por llegar. Todos habían participado en la construcción de esa imagen mental en la que ahora Libertad se regodeaba, aportando cada uno su granito de arena a la panorámica, construyendo el entorno en el que volverían a ser una familia de verdad, cercana y unida.

Esa imagen apareció de nuevo en cuanto Libertad cerró un momento los

ojos. Ahora siempre sucedía eso. El cielo despejado de una mañana soleada de julio. Las cumbres alrededor, ni demasiado cerca, ni demasiado lejos. Un camino agreste que ascendía, flanqueado por zarzas que en septiembre se llenarían de moras. Los niños llevando ropa deportiva, respirando un aire que ensanchara sus pulmones y sus mentes, lejos de las fronteras que imponía la vida en la gran ciudad. Ella y su marido, caminando de la mano en el silencio delicioso de la naturaleza que durante tanto tiempo habían añorado.

Al fondo del camino, junto a unos cuantos árboles que dieran sombra a sendas mesas de merendero, un sueño con el que cubría las facetas de su vida que le parecían más importantes: una nueva casa, en el campo, lejos de la aglomeración urbana; una nueva forma de vida más libre y un poquito más auténtica; una nueva profesión que la haría más feliz de lo que se había sentido nunca.

Su casa de agroturismo estaba a menos de un mes de hacerse realidad...

# Mutilar

Era algo por lo que debía pasar. No había ninguna duda ni espacio para las preguntas. En ocasiones, las cosas son como han de ser, como siempre han sido, porque esa es la única manera de que estén bien hechas.

Ella no sabía en qué consistía, pero la idea de la necesidad había sido muy profundamente inculcada en su interior. Todas habían pasado por la misma prueba, por el mismo ritual, aunque ninguna hablara de ello con el resto. Hay palabras que es mejor no decir, temores que nunca deben expresarse, dolores que te enseñan a soportar en silencio.

Iba a ser hermoso, un día muy bonito, el mejor de su vida, todavía corta. No obstante, o quizá precisamente por esa promesa, la noche anterior se había acostado desazonada y había estado mucho tiempo despierta, con los ojos fijos en el techo y tratando de no moverse para que nadie se percatara de que no lograba conciliar el sueño. Hacía calor, aunque no más del habitual.

Y así había ido cruzando las horas negras, volando a lomos de su imaginación desatada y sujetándose en la brida de la confianza. Su madre había dispuesto todo para el día siguiente: había ahorrado el dinero con esfuerzo, concertado la fecha y facilitado los medios para que ella pudiera tener su pequeña ceremonia. La mujer que la había traído al mundo y que siempre había velado por su seguridad y sus intereses no podía estar equivocada. Nada malo podía haber en aquello si provenía de la persona que más la amaba y que haría cualquier cosa por su felicidad, por su futuro. Así pensando, había logrado alcanzar un superficial duermevela en el que había perdido la noción del paso del tiempo hasta que los primeros rayos de luz se filtraron a través de las rendijas de la ventana.

Subsanando la falta de sueño a fuerza de incertidumbre, se levantó lo mismo que todas las mañanas, se vistió enseguida y se lavó las manos y la cara para sentarse a desayunar con el resto de su familia. Quizá por no acrecentar el suspense, pensó, por no darle más importancia de la necesaria, se dijo, sus hermanas no levantaban la vista del vaso de té y el *mandazi*.

Nadie hablaba y el ambiente se iba cargando con la intensidad del silencio.

Al poco de que terminaran de recoger los platos, su madre le dio unas monedas y la mandó a la tienda con un encargo. Obediente, salió de casa y cruzó los caminos de suelo terroso y reseco, rojizo y yermo, con sus andares de chiquilla y su falda fruncida de colores chillones. Era un paquete pequeño, diminuto. No pudo adivinar qué contenía el pedazo de estroza anudado con esparto. Lo metió al bolsillo y desanduvo el camino. Su mente infantil se dispersó en esos minutos, estimulada por el paisaje conocido que siempre ofrecía algo nuevo a quien sabía recibirlo.

Enseguida que llegó a casa, sin embargo, la gravedad que acompañaba a tal día como aquel se cernió sobre ella. Entregó el encargo a su madre y se quedó parada a su lado, con las manos cogidas sobre la falda, esperando vanamente que se le diera alguna explicación de lo que estaba por suceder. Todas las que iban a recibirse ya se habían dado.

—Es algo por lo que debes pasar —le había dicho su madre— si quieres que se te respete. Es una ceremonia que te purificará y hará que estés limpia. Solo así serás tenida en consideración, solo así los hombres se fijarán en ti y alguno bueno querrá formar una familia contigo.

Pero nada le habían revelado sobre el carácter de aquel ritual. Sabía que sus hermanas lo habían superado pero, por su corta edad, no comprendía cómo. Algunas habían tardado meses en recuperarse, pero ninguna había contado lo que le ocurría. Cuando el malestar les sobrevinía, apretaban los dientes y callaban; lloraban y gemían, algunas veces; otras, ardían de fiebre.

La puerta se abrió entonces y alguien entró. Su madre, atareada como había estado recogiendo el sobrio rincón que les hacía de cocina, se envaró y dejó lo que se traía entre manos para salir a atender a las mujeres que se habían presentado en la casa. La niña escuchó la voz de su abuela y la de otra mujer, igualmente entrada en años. No la reconoció y se sintió intranquila por que una extraña estuviera presente en el día de su ceremonia.

Las hermanas fueron enviadas a la calle y las tres mujeres rodearon a la niña allí mismo, en aquel rincón en el que se preparaba el café y se hervía el pescado. Todavía inocente de todo conocimiento, comenzó a inquietarse cuando se apercibió del hueco que había sido horadado en el suelo. Su madre le apretó la mano y ella le quiso sonreír, pero ya no le salía. Tenía miedo de lo que iban a hacerle, pero no quería decepcionar a su familia.

La abuela se sentó junto a la oquedad y le tendió la mano para que ella se sentara entre sus piernas. Antes de que lo hiciera, la vieja le mandó que se quitara las bragas. Tuvo la absurda preocupación de que la fueran a obligar a mear en aquel agujero mientras todas miraban cómo lo hacía. Para entonces ya sospechaba que el ritual de purificación tendría algo que ver con sus zonas más íntimas, aunque su intuición no era susceptible de concretarse en el espanto que estaban a punto de practicarle.

Con afán de complacer, se quitó la ropa interior y se sentó entre las piernas de su abuela, que le dio unas frías palmadas de apoyo en los hombros. Antes de que pudiera comprender lo que ocurría, la mujer le sujetó con fuerza sus bracillos de niña a la espalda y la obligó a separar las piernas, que pasó a inmovilizar con las suyas propias. La vieja levantó su falda hasta que la intimidad de la chiquilla quedó totalmente expuesta y su madre abrió el pequeño paquete de estraza para sacar de su interior una cuchilla de afeitar, brillante y nueva.

La pequeña transpiraba y comenzaba a resistirse. La sangre le daba miedo, el dolor la hacía temblar. La vieja tomó la cuchilla y se arrodilló frente a la abuela y la nieta. Cuando la niña empezó a gritar, su madre le introdujo en la boca un pedazo de trapo para que su vergüenza no traspasara los muros de adobe y el tejado de paja.

Y la vieja cortó.

Cada cual siéntase libre de imaginar el horror que se desata al mutilar el más recóndito y privado entresijo en el cuerpo de un ser humano. Huelga describir la sangre brotando, los gritos ahogados por el afán de mantener las apariencias, los músculos en terrible espasmo, las lágrimas anegando las narices y los ojos, apagando el brillo infantil de una mirada que ya no lo será nunca más.

Nadie lo sabía a ciencia cierta, pero en aquel momento hacía cinco años, cuatro meses, ocho días y dos horas y media que la niña había venido al mundo, ya limpia en realidad de cualquier suciedad que se le quisiera suponer.

Con mano certera y despiadada, la vieja cosió lo que quedaba de carne, que no era mucho tras una circuncisión faraónica. «Ciérralo bien —dijo la abuela—, para que se mantenga pura», y la vieja siguió dando puntos hasta dejar un orificio del tamaño de una cerilla por el que las necesidades pudieran

desahogarse.

La herida del cuerpo sanó con el tiempo, pero la niña quedó en nada, pues ya no era niña pero aún no era mujer. Durante cuatro semanas, permaneció sujeta por ataduras que convertían sus piernas en una truculenta cola de sirena en tierra. Entretanto, como sus hermanas, sufrió la dolorosa y lenta cicatrización, el hedor de las sucesivas infecciones, el dolor cada vez que su cuerpo le pedía vaciarse. Después se presentó la sangre y, con ella, el calvario de aguantar lo que no puede ser aguantado.

Y la vida aún le deparaba mayores y más profundos sufrimientos. El antiguo ritual de purificación la mantuvo virgen hasta el momento de su matrimonio. Alrededor de los veinte años, fue entregada a un hombre que no era joven y, en la primera noche, otra mujer distinta a aquella que un día la mutilara se presentó en la casa, dispuesta a reabrir viejas heridas. La carne de la joven volvió a abrirse con dolor para que el hombre pudiera gozar de lo que le había sido reservado. Sin miramientos, él llegó, vio y venció varias noches consecutivas. Cuando la mujer fue fecundada, no volvió a acercarse porque lo que había de hacerse ya estaba hecho.

Durante las cuarenta semanas que dura la gestación en el ser humano, ella rezó en silencio, suplicando dar a luz a un niño que no tuviera que pasar por el calvario reservado a las que nacían con el destino marcado. Sin embargo, la fortuna quiso que no fuera así y fue una niña lo que le nació. Por primera vez, su cicatriz se rajaba para que el dolor cobrara, por fin, algún significado.

Y fue fortuna, porque el nacimiento de su hija provocó en ella una determinación inquebrantable que cambió su vida y, tiempo después, la de muchas otras. Segura de su decisión y dueña del resto de su vida, huyó con el fruto de su vientre y deshizo los vínculos que la retenían junto al que para ella era un extraño.

De vuelta en su aldea natal y transmutada en ejemplo, se encomendó a la labor de mostrar a otras su libertad. De sus enseñanzas y su consejo nació una generación de niñas que pudieron salvarse de la atrocidad de ser purificada para la satisfacción de un hombre: las niñas de Asha. Como ella misma, algunas otras mujeres se alzaron contra la agresión retrógrada y sexista para salvar a sus hijas de la mutilación y el sinsentido.

En su mundo fueron locas que se apartaron del camino establecido, que

lucharon por la justicia y que obtuvieron la satisfacción de ver su deseo cumplido.

Fueron locas, y muy valientes.

PUTA



### **puto, ta**

Quizá del lat. vulg. \*puttus, var. del lat. putus 'niño'.

1. adj. malson. U. como calificación denigratoria.

*Me quedé en la puta calle.*

2. adj. Malson. U. c. antifrasis, para ponderar.

*¡Qué puta suerte tiene!*

3. adj. Malson. U. para enfatizar la ausencia o escasez de algo.

*No tengo un puto duro.*

4. m. y f. malson. Prostituto.

5. m. malson. Sodomita.

### **prostituto, ta**

Del lat. prostitūtus.

1. m. y f. Persona que mantiene relaciones sexuales a cambio de dinero.

# EL DOBLE RASERO PARA UNA OCUPACIÓN MALDITA

El Diccionario de la Lengua Española en su cuarta acepción define *puto*, *ta* como persona que ejerce la prostitución aunque matiza, eso sí, el carácter malsonante del término, que es compartido por los otros cuatro significados.

En ningún caso la palabra que nos ocupa aparece como aceptable en los términos de una conversación educada entre dos personas, si bien es cierto que hay ocasiones en las que el uso suele diferir de la norma. Pero, en general, cada hablante de lengua castellana comprende, por competencia, la semántica negativa que se esconde tras este signo lingüístico.

De niña pensaba que *puta* era un diminutivo de prostituta, quizá por su similitud fónica. Con el tiempo, los estudios y la curiosidad, descubrí que no era así. *Put* siempre fue una palabra en sí misma y, en su origen romano (allá por el siglo I a.C. ya está su uso documentado en textos) era una forma masculina que significaba muchacho o jovencito<sup>[5]</sup>, aunque ya se le atribuía un vínculo con el oficio más antiguo del mundo<sup>[6]</sup>. De ahí procede su análogo femenino, que también se usaba para hacer referencia a muchachas que ejercían tales ocupaciones.

Así pues, concluí, en Roma ya había putos y putas. Lo que no es una gran conclusión: suponer lo contrario habría sido de lo más iluso, teniendo en cuenta que el cuerpo humano ha sido objeto de compraventa desde que el comercio existe en alguna de sus variantes históricas.

Tampoco resulta extraño que, para satisfacer el objetivo de la lengua, ya entonces hubiera un término que se refiriera a aquello que existía en el plano de la realidad.

Lo curioso del caso es, más bien, el desarrollo de un significante que adquirió entidad en su forma masculina y acabó generalizándose en la femenina. Es decir, que más de veinte siglos después y si nos fiamos de una

sencilla estadística conversacional, en el mundo existen muchas, muchísimas más putas que putos a día de hoy.

Cabría preguntarse, por tanto, qué motivos justifican que *puta* sea uno de los improperios más usados por la comunidad castellanoparlante mientras que el empleo del masculino está más extendido como adjetivo para ponderar o enfatizar.

Aunque quizá no haga falta, si tenemos en cuenta cómo ha venido desarrollándose la historia de la humanidad en lo que a las diferencias entre géneros se refiere, y ese es el marco en el que pretendo encuadrar la siguiente disertación.

No es mi intención hacer compendio sobre la terminología de la igualdad ni alargarme en consideraciones etimológicas sobre «la palabra de cuatro letras». Este elaborado eufemismo no es de cosecha propia, sino que se hizo muy popular allá por el siglo XIX, entre la refinada burguesía de las ciudades, que no nombraba a aquellas mujeres, pero hacía uso de sus servicios.

Sin embargo, merece la pena reparar en el significado que recoge el diccionario de Covarrubias, allá por el siglo XVII. En él se alude a la puta como «ramera o ruin mujer» que, por si eso fuera poco, «siempre [está] caliente y con mal olor». Es entonces cuando se recoge lo que, mucho antes, ya era un significado peyorativo y cargado de desprecio misógino.

La razón de retrotraerme cuatro siglos no es otra que constatar cuán larga viene siendo la trayectoria de este adjetivo (y sustantivo) que es una de las armas más letales que nunca se han usado contra la mujer. Y me permito abundar sobre lo que mucha gente juzgará sin duda hiperbólico para ver si, con las razones sobre la mesa, hay quien empieza a comprender lo poco exagerado de nuestras quejas y reivindicaciones.

Sin embargo, no puedo profundizar en un asunto sin antes detenerme en las causas que lo motivan. Y me atrevo a aventurar una hipótesis tan sencilla como que la sociedad no puede aceptar la prostitución como un intercambio comercial en el que alguien paga por consumir aquello que desea y alguien cobra por prestar el servicio requerido.

Parece casi absurdo pensar que dicha transacción pueda ser asumida desde el respeto mutuo y sin tener que establecerse una hegemonía demonizadora

en la que una parte se sienta moralmente superior a la otra.

Preguntarnos de dónde viene dicho reparo, cuál es el origen de esa imposibilidad o por qué esa superioridad, solo parece conducirnos, y casi sin remedio, al regazo paternalista de la religión. Y no me refiero a la católica; *non solum, sed etiam*<sup>[7]</sup>.

Señoras, Dios nos hizo impuras. Hemos de cubrir nuestro cuerpo pecaminoso, nuestro cabello, nuestra belleza, para no incitar al débil y vulnerable a pecar. Hemos de escondernos y esconder nuestra sexualidad, pues con ella arrastramos al hombre al camino de la perdición. Debemos ser recatadas, silenciosas y sumisas para que se tenga en cuenta nuestra valía.

Debemos, en resumen, no molestar para que la vida de nuestro amo sea más sencilla y regalada. Porque él tiene asuntos importantes de los que ocuparse, asuntos de los que nosotras no entendemos, *big deals* que quedan fuera de nuestra comprensión y en los que no debemos interferir.

Tal vez exagero, habrá quien piense. Al fin y al cabo, podemos trabajar, divorciarnos y votar. ¡¿Qué más queremos?! Lo queremos todo, pero esa es otra historia.

Decía, entonces, que la causa profunda del insulto había que buscarla en la religión, el mayor cónclave de cerebros que haya manejado nunca las sociedades humanas, en una u otra vertiente, desde la luz o la sombra, con sus designios imposibles y sus dogmas para la plebe. Una institución que nace para sujetar a las masas y conducir las, para que la base de la pirámide sea un pilar firme sobre el que sustentar una cúpula de privilegiados. Una en la que el valor supremo siempre es masculino, inequívocamente, y la mujer, pecadora bíblica, queda en poco más que una imagen hermosa para llevar en procesión.

Así las cosas, resulta mucho más fácil de comprender que cualquier actividad económica que posibilite nuestra autonomía e independencia del macho bajo cuyo yugo debemos caminar sea mal vista y repudiada. Tal vez por el peligro que entraña todo aquello que nos guíe hacia una libertad que es contrapunto de la dependencia que siempre nos ha mantenido sujetas al modelo heteropatriarcal de familia tradicional. Ese que no pocas veces ha sido una cárcel de la que no podíamos escapar con vida.

Este oficio que ha permitido la subsistencia de millones de mujeres (ojo, putos, haberlos haylos) y que, por ende, parece promover instintos

incontrolables en el hombre, no podía ser menos que demonizado y castigado por dañino, aunque quienes lo castigaran fueran los mismos que asesinaban, torturaban, mutilaban o lapidaban en nombre de un dios. Y esa demonización es, precisamente, la que no ha permitido que la prostitución se ejerza de forma limpia para ambas partes.

En lugar de eso, los tentáculos del machismo se han introducido también en ese espacio y lo han tomado como suyo, se han apoderado de nuestros cuerpos y los han vendido para su lucro; se han hecho con nuestras dignidades, como si proporcionar un servicio sexual a cambio de dinero implicara una disposición para liquidarlas a precio de ganga; se han convencido de que la puta no se respeta a sí misma y, por tanto, no merece que los demás lo hagan. Y esa convicción parece servir para justificar que se cometa cualquier aberración contra ese ser humano, por muy humillante que pueda llegar a ser. Toda una lección de respeto y de amor al prójimo, tal y como fue dictada hace poco más de dos mil años.

Huelga decir, aunque no me privaré de hacerlo, que la verdadera inmundicia está en el que hace usura de la necesidad ajena; en el que excede los límites de la moral y se considera con derecho a poseer y pisotear aquello que no figura en el contrato de compraventa; en el que, amparado por el secretismo y la doble moral, trata a la mujer que se prostituye con un desprecio que no reserva ni para el objeto más desechable y sustituible. El maltrato de los hombres hace a la prostituta sórdida, y no al contrario. El daño no está en la puta, sino en el putero infame.

Pero el mensaje es temprano y cala hondo: si estás disponible, careces de valor. Obedeciendo a una retorcida ley de la oferta y la demanda, el objeto ofertado acaba por perder su valía. Y, una vez que la puta es puta, que su oficio la define y existe un nombre con el que poder menospreciarla, humillarla y excluirla de la sociedad de buena cuna; una vez que el adjetivo se carga de semántica negativa, resulta dolorosamente sencillo aplicarlo, por extensión, a toda mujer que decide vivir su sexualidad con libertad y se atreve a no rendir cuentas de sus andanzas ante nada ni ante nadie.

Así, rápidamente asumimos que esta es una fresca o aquella una golfa, una puta, una guarra... Todo vale cuando se trata de establecer una línea divisoria entre las obedientes y las que no lo son; entre las que aceptan sus deseos y tratan de satisfacerlos, y las que los niegan o los tapan con un manto de

invisibilidad que las oculta tanto como las protege, si no más.

Sin embargo, ¿lo oculto está seguro o su propia cualidad de escondido resulta ser el peor de sus males? Años y años de historia escrita muestran el peligro de esconderse y llegar a ser transparente, a no existir. Mientras tanto, lo expuesto sigue sujeto al juicio colectivo, al veredicto en contra y a la destrucción. Poco importa que en realidad no sea dañino; si hace falta, se manipula la conciencia colectiva para que lo parezca. Cualquier cosa con tal de desviar la atención del problema subyacente: la desigualdad y la violencia de género.

Esta última denominación ya tiene sus detractores, los cuales aducen que la violencia siempre lo es y que no es necesario tipificarla. Sin embargo, esto no es más que otro intento de negar las evidencias.

Se entiende por violencia de género aquella que se sufre por causa de haber nacido mujer, y no por la maldad humana en forma genérica. Es decir, que es un tipo de violencia que se practica sujeta a roles sociales: el de dominante y el de dominado (casi siempre, tristemente, el hombre y la mujer).

Porque aún hoy, cuando nos preciamos de haber alcanzado la modernidad y la madurez, sigue habiendo diferencias, distancias que la mayoría de las veces llegan a pasar desapercibidas entre quienes las marcan y quienes las soportan.

Es obvio que, en la práctica, sigue habiendo trabajos de hombre y otros de mujer, aunque los límites que los separan ya no sean infranqueables. Aficiones de hombre y otras de mujer. Vestuario de hombre y otro de mujer. Poner esto en duda es tan vano como cuestionar que ellos tienen pene y nosotras, vagina (la mayoría de las veces). Eso no significa nada, salvo que los roles existen todavía.

Pero es por eso mismo por lo que podemos hablar de violencia de género: en estos momentos, la división todavía es tangible y una parte aún ejerce la violencia física sobre la otra a un nivel tal que es susceptible de ser reflejado en estadísticas.

Tratar de soslayar las agresiones machistas con resultado de depresión, paliza, violación o muerte supone una peligrosa forma de minimizar el daño que se está infligiendo a la mujer. Y retiro la pasiva refleja, porque no es adecuada: «el daño que algunos hombres están infligiendo a la mujer» retrata

mucho más fielmente aquello que pretendo señalar.

Lo que viene a continuación es el desarrollo de una teoría lingüística que no es imprescindible comprender en profundidad para seguir el hilo de esta argumentación. Por tanto, lector y lectora, sentíos libres de saltar los siguientes párrafos y retomar la lectura allí donde dice «Cada vez que hablamos...». No me ofenderá vuestra lectura diagonal.

El caso es que las palabras nacen, en primer término, para aludir a elementos de la realidad. El hablante las ordena y con ellas estructura su discurso. Pero el acto locutivo (el acto de habla que pretende puramente informar) se queda pocas veces en sí mismo, fagocitado por su hermano mayor, el acto ilocutivo. Aquello que pretendemos hacer con nuestras palabras, además de informar, dice mucho de quiénes somos y de cuáles son nuestro ideario y nuestra doctrina.

Por eso no es lo mismo decir «Eres una puta» que «Eres una puta». Los signos ortográficos se quedan cortos para reflejar la voluntad de ofender que se imprime al segundo caso: ni con ellos se comprendería, sin contextualizar, el odio profundo y el desprecio que el mismo enunciado puede esconder cuando el hablante lo imbuye de una intención distinta a la puramente informativa.

El problema (o la solución) viene cuando el acto de habla se concreta, al producirse el efecto perlocutivo del enunciado. Esto es, el cambio que se produce, debido al enunciado, en el oyente o en el mundo previos a este.

Searle<sup>[8]</sup>, discípulo del filósofo inglés Austin y estudioso del acto de habla, reconocía que la mayor crítica que se le puede hacer al efecto perlocutivo es que sus efectos son muy difíciles de predecir. Sin embargo, quizá por eso mismo problema y solución vengan de la mano.

Comprendo la necesidad de explicar este último párrafo de manera mucho más sencilla. Por tanto, descifro el código.

Cada vez que hablamos, informamos sobre una realidad del mundo. Algunas veces (la mayoría), además de informar, pretendemos algo con nuestras palabras: juzgar, obligar, alabar, divertir, insultar...

Por último, aquello que decimos causa un efecto en la persona que nos oye y, algunas veces, produce un cambio en el mundo previo. Pues bien, ese cambio es incontrolable.

Si me llamas puta, puede que informes a alguien más de que ese es mi trabajo.

Si me dices puta, todo parece indicar que me estás insultando y tratando de ofenderme, máxime si mi trabajo es, pongamos, cajera de supermercado. Además, si lo haces por mi forma de hablar, de vestir o de conducirme sexualmente, la intención de juzgarme negativamente queda clara, por más equivocada e injusta que sea.

En consecuencia, ese acto de insultar a la mujer llamándola puta puede repercutir, y de hecho lo hace, en el estado de las cosas. Pero puede hacerlo de dos formas bien distintas, dependiendo de la actitud con la que sea recibido.

Si yo agacho la cabeza y asumo que lo que dices es cierto, perpetúo tu dominio sobre mi persona y entro en un juego de vencedores y vencidas en el que nunca voy a salir bien parada. He aquí un problema.

Por el contrario, si levanto la barbilla y me niego a aceptar tu insultante prejuicio, me estoy protegiendo de tu maltrato y reafirmando mi fuerza interior. Esta es la solución.

Si todas nos negamos a ser insultadas por ser quienes somos, si no nos creemos la mentira que con tanta fuerza nos aplasta, las palabras vacías no tendrán fuerza para rompernos el alma.

Si nuestro rechazo consciente a los insultos machistas nos lleva a no permitirlos ni jamás usarlos, habremos vencido en parte a esa mentira responsable de que experimentemos culpa, miedo y vergüenza por algo tan natural como es un instinto con el que todas hemos nacido. Y dejaremos de formar parte de un sistema de opresión machista tan retorcido que ha logrado engañar a las víctimas para que se pongan de parte de los verdugos.

Si plantamos cara, que sea unánime. Así no seremos putas, seremos libres.



# RELATOS

# Vivir

La vida es mucho más que un camino. Si solo fuera eso, sería aburrida, predecible, carente del más mínimo interés.

La vida es, en realidad, una sucesión de cruces en los que confluyen todos los caminos del universo.

Algunos nos resultan tan ajenos que ni siquiera podemos verlos. Esos no son para nosotras, aunque puede ocurrir que alguien tome nuestra mano y nos los muestre.

Otros son tan sencillos de recorrer que se nos presentan brillantes, atractivos y deseables. Pero eso no significa que nos lleven adonde queremos ir.

Los hay que no tienen salida y, cuando lo comprendemos, es mejor retroceder cuanto antes, claudicar y empezar de nuevo. Esos son nuestros errores subsanables.

También los hay que se van desmoronando a medida que los recorremos y ya no podemos desandarlos, porque hay errores que no tienen solución.

Por último, están los caminos difíciles. A veces no conducen a ninguna parte. A veces te llevan exactamente a tu lugar en el mundo. Unos los tomas porque ignoras su dificultad. Otros, porque acompañas a alguien que tiene que recorrerlos. Y luego están los más duros: caminos escarpados que representan la única vía a tu destino, que tú eliges libremente y que te empeñas en recorrer, por muy verticales y llenos de obstáculos que se presenten. Esos son los que te miden, los que ponen a prueba tu fuerza, los que nutren el conocimiento que tienes de ti misma, de cuanto te rodea y de lo que está por venir.

Una mañana y otra y otra, la mujer se despertó y, con pereza o sin ella, se levantó de la cama poniendo en el suelo primero un pie y después el otro.

Pese a todo, las piernas seguían sujetándola y, por si eso fuera poco, la conducían de un lugar a otro, cómplices del boicot que le hacía su mente a la

pasividad y la inacción.

Llevada por la monotonía, entró en la cocina y se calentó una taza de leche a la que añadió dos cucharadas colmadas de café soluble y algo de azúcar. El café no le gustaba, pero todo el mundo decía que sin él no se podía afrontar la mañana, así que lo tomaba cada día, esperando el milagro de que su mente se despejara y se le pasaran las ganas de volver a meterse entre las sábanas.

La costumbre la llevó, después del desayuno *expresso*, hasta el cuarto de baño en el que una y otra vez se disfrazaba de persona para salir a la calle y enfrentarse al mundo.

Abrió el grifo y el agua empezó a caer. Tardaría cuatro segundos en estar caliente, tiempo suficiente para quitarse el pijama y desenredar una maraña que se le había hecho en la nuca de tanto dar vueltas para encontrar una postura en la que su espalda cansada pudiera relajarse.

Qué mala pinta tenía. Ojeras, bolsas, manchas, arrugas... Todo lo que la edad puede darte, aunque tú no lo quieras. Iba a tener que esforzarse mucho si quería borrarla la cara y dibujársela de nuevo con todo el maquillaje que guardaba en el cajón.

Al meterse en la ducha, un torrente de agua tibia la recorrió y la catapultó a un momento de gozo íntimo y personal. No soportaba el agua fría, era del todo incapaz de encontrar la fuerza para mojarse con ella. Lo mismo le ocurría con la caliente: se sentía calcinar y su piel se llenaba de erupciones encendidas que tardaban horas en desvanecerse por completo.

Con mimo, como solo una mujer sabe tratarse, enjabonó su cuerpo y se lavó el pelo mientras el agua empujaba la espuma por el agujero del desagüe. Habría dado cualquier cosa por que aquella sensación de libertad no terminara nunca pero, consciente de que la vida seguía y el reloj siempre parecía contar hacia atrás, acabó cerrando el grifo.

La ropa cuidadosamente escogida y el maquillaje aplicado con esmero la convirtieron en esa imagen que cada día, al salir a la calle, se esforzaba por ofrecer. Las personas con las que se cruzaba se volvían y la miraban, o eso le parecía. Podía sentir su juicio, su curiosidad, su desprecio, su envidia... Pero luchaba por ignorarlas a todas, sabiendo que dedicarles su rencor solo la perjudicaría a ella.

Como siempre, anduvo y anduvo sin detenerse, porque su vida era un camino muy largo y lleno de baches que ella solo sabía sortear a fuerza de

tenacidad y empeño. Si se detenía a pensar, todo se vendría abajo y no sería capaz de volver a encontrar la fuerza para buscar los destellos de felicidad entre las sombras del hastío. Por eso continuaba moviéndose, para no tomar conciencia de haberse parado.

Y allá en su cotidianidad, inmersa en el mundo y su ruido y su prisa, le ocurrió aquello que menos había esperado. A pesar de que el cielo parecía despejado y el sol había brillado hasta entonces como pocas veces en su lenta ascensión hacia el cénit, sucedió que, de repente, empezó a llover.

Fue primero una lluvia fina, como si el aire se hubiera cargado de partículas de humedad invisibles que, no obstante, se quedaban adheridas sobre toda superficie.

Después, las partículas se engrosaron y, descaradas, empezaron a agruparse formando gotas que enseguida se tornaron charcos.

Al fin, fue una lluvia viva que cayó sobre árboles, rocas, ríos y animales. Y también sobre ella, que miraba al cielo, asustada. Podía sentir cómo el agua se colaba bajo su ropa y bañaba su cuerpo de arriba abajo. Estaba demasiado fría.

El aguacero fue tan intenso que deshizo la ilusión del disfraz que tanto se había afanado en componer. La ropa recién planchada se pegó a su cuerpo y se volvió molesta; mojada, pesaba demasiado. El pelo liso se rebeló y se retorció como culebras cuyas lenguas goteaban de forma incesante. El maquillaje, aplicado con la precisión de un hiperrealista para esconder aquello que no debía ser mostrado, se anegó y fluyó rostro abajo hasta desaparecer por completo como la nieve durante el deshielo.

Una vez que todo cuanto había tratado de ser se vino abajo, no tuvo más remedio que asumir que ya solo quedaba lo que realmente era.

Todavía bajo la lluvia, con parsimonia se desnudó y dejó que el agua lamiera todos los rincones de su cuerpo. Claudicando a lo que no tenía remedio, supo que a partir de aquel momento no volvería a disfrutar de una ducha tibia nunca más. Y así, la mujer auténtica salió a la superficie y quedó expuesta, con todos sus defectos al descubierto. Y la vida se volvió fácil, porque ya solo debía limitarse a existir. Sin disfraces, sin tapujos. Todo lo superfluo había sido erradicado y solo quedaba un camino hacia arriba, el más difícil de todos.

Supuso que otras mujeres la habrían precedido en aquel viaje. Imaginó

cómo serían, cómo habrían sido si se las hubiera encontrado. Se preguntó qué lecciones habrían aprendido, cuáles habrían enseñado, si también habrían descubierto la liviandad de viajar sin bártulos, si sus manos habrían estado dispuestas a acariciarla, si se habrían amado...

Decidida a seguir siendo, permitió que sus pies la llevaran como solían hacer. Sin mirar a los lados, ignorando la infinidad de sendas que nacían en cada nueva encrucijada que se topaba, siguió y siguió por aquella que le había tocado en suerte. Un paso después de otro, con la vista al frente y la atención en los escollos, pues había comprendido que la felicidad no está al final de un camino sin piedras, sino en la capacidad de asumir los tropiezos, levantarse y continuar.

Y cuando alguien se le encarara y la llamara puta, pasaría de largo haciendo oídos sordos. Ni siquiera trataría de justificar su desnudez ni sus anhelos. Tan solo marcharía, incansable, en busca de otra piedra más.

# Ser una zorra

Le estaba costando muchísimo concentrarse en la novela que tenía entre las manos. Sentada en su sillón de orejas, con los pies descalzos apoyados en el pequeño escabel que había recuperado de la basura y reconvertido en una lujosa antigüedad, Ana Libertad Puértolas no se explicaba por qué no era capaz de seguir el hilo narrativo de una historia que, por más enrevesada que fuera, no debería haber supuesto para ella un reto intelectual en absoluto.

Lectora empedernida desde la infancia, a sus casi sesenta años había devorado tantos títulos y de tan diversa índole que, después de los primeros quinientos, había dejado de contar. Y eso había sido hacía veinte o treinta años. No se acordaba.

Los libros eran una pasión para ella. Un estímulo para su inteligencia o una tangente por la que escapar a realidades alternativas. Lo mismo daba. En ambos casos, leer era una satisfacción tal que la hacía olvidar cualquier preocupación al instante. Tanto se sumergía a veces en sus lecturas, que dudaba si aquello no habría sido una de las causas por las que su marido había acabado pidiéndole el divorcio.

Al llegar a casa, se había quitado los zapatos y había disfrutado caminando descalza por la mullida moqueta blanca que, viviendo sola, mantenía impoluta y como nueva. Ese era uno de los lujos de estar divorciada y no tener hijos: podía tener una preciosa moqueta blanca, paredes apenas grises, muebles lacados y paneles japoneses que nunca se atoraban porque solo los usaba ella. Siempre había tratado los objetos con el mimo que merecían, no porque fueran muy valiosos para ella, sino porque consideraba importante recordar que los había conseguido con su esfuerzo. Y lo que se consigue con esfuerzo se cuida.

Antes de repantigarse en su rincón de lectura, se había servido una copa de vino tinto. Eso también se había vuelto una costumbre. Le gustaba relajarse con un buen libro y un buen vino. Le daba mejores resultados que el yoga. Pero aquella tarde no estaba funcionando. Dejó la gruesa novela sobre su

regazo y, cerrando los ojos, comenzó a masajearse el cuero cabelludo, metiendo los dedos entre sus espesos rizos pelirrojos.

En pureza, ya no eran pelirrojos, claro. Pero ella los mantenía así a base de tinte. No es que le importaran las canas. Las habría llevado con dignidad si todo el pelo se le hubiera vuelto blanco. No. Lo que le molestaba eran las medias tintas. Ni pelirrojo, ni cano. Su pelo se había quedado en un punto intermedio, en un tono anaranjado y desvaído que, de lejos, parecía gris sucio. Y eso no la dejaba estar tranquila. Ella nunca, en toda su vida, había parecido sucia. Y, desde luego, no estaba dispuesta a parecerlo en esta nueva etapa.

El masaje funcionó a medias, pero seguía sin tener ganas de sumergirse en la historia de unos personajes que no lograban captar su atención. Un poco contrariada, se levantó y fue a la cocina a servirse otra copa de vino, abandonando la idea de sentarse de nuevo a seguir leyendo. Lo que tenía que hacer era pensar. Pensar hasta comprender por qué no era capaz de concentrarse. Aunque no había que ser muy inteligente para saber que lo que la tenía preocupada era la dichosa llamada que se había visto obligada a hacer esa misma mañana. No había querido darle ninguna importancia, pero estaba claro que era por eso. Negarlo sería engañarse.

Ana era una mujer calmada y razonable. Su máxima era vivir en paz y no dejarse ahogar por los problemas, sobre todo cuando estos todavía no se habían materializado. No le gustaban los conflictos con otras personas, porque la privaban de esa tranquilidad que tanto valoraba. Intentaba ser justa y leal con quienes significaban algo para ella, porque su código ético así se lo indicaba. Pero lo ocurrido el día anterior no le había dejado más opción que hacer esa llamada que ahora la estaba martirizando.

Una vez al mes, más o menos, se tomaba toda la tarde para salir con Valentina, su amiga del colegio. Tomaban café, iban de compras, o paseaban por la orilla de la ría poniéndose al día de «sus cosas». No era mucho, cierto, pero para Ana era importante. Valen era importante. Era como si, más que una amiga, fuera parte de su familia. Ella lo sentía así. Aunque se vieran poco, Valen estaba siempre en su corazón y a menudo en sus pensamientos. Por eso, cuando su amiga le había dicho que no podía quedar con ella porque iba a pasar la tarde con Miguel, a Ana se le había caído el alma al suelo.

¿Es que Miguel, un novio que se había echado hacía medio año, era tan importante como para no poder escatimarle ni una sola tarde? Aquello era de

patio de colegio, la verdad. ¿Es que para Valen no significaba nada en absoluto su tarde de amigas mensual? Pues parecía que no.

Ana se había sentido muy triste con todo aquello. En el fondo de su corazón, se había sentido rechazada por su amiga, ocupando un discreto segundo plano, casi como si fuera una jugadora de reserva. Y eso dolía. Ella nunca habría hecho planes el día de quedar con Valen, ni se le habría ocurrido. Para ella la amistad era tan importante que había llegado a pensar que siempre daba más de lo que recibía. Y eso también dolía, mucho. Dolía y la hacía parecer una tonta que lo daba todo a cambio de nada. Se había puesto furiosa por ese pensamiento. Valen no se había portado nada bien con ella. Más aún, se había portado francamente mal. ¡Qué zorra! Eso es lo que era.

Ana había pasado la tarde rumiando su decepción, sintiéndose cada vez más molesta, más dolida, más furiosa. ¿Había llegado a perder la perspectiva? Puede que sí. Nunca había llevado bien las traiciones y aquella la había pillado tan desprevenida que había sido como un bofetón. Tanto era así, que ni siquiera había salido de casa. Se había limitado a sentarse delante de la televisión, haciéndole tanto caso como el que oye llover, mientras imaginaba una y otra vez una conversación en la que hacía saber a Valen lo decepcionante que le había parecido su comportamiento. Ellas, que eran casi como hermanas, que lo sabían todo la una de la otra. Y todo significaba todo. Incluso que Valen había visto un par de veces a otro hombre en los últimos dos meses y que no estaba totalmente convencida de formalizar su relación con Miguel, por más que reconociese que era un hombre bueno y la trataba como a una reina.

Ana había animado a su amiga a seguir con él. Le había dicho que, a su edad (todavía más que en la juventud) tenía que valorar la forma en la que él se preocupaba por su bienestar y su felicidad. Eso era lo más importante, después de todo lo que las dos sabían de la vida. Y Valen le había dado la razón, pero eso no había disipado del todo sus dudas.

En cualquier caso, había decidido que la llamaría por la mañana para explicarle cómo la había hecho sentir. Puede que así no volviera a hacerle nada parecido.

Cualquiera hubiera creído que de esa forma Ana se habría tranquilizado y habría dedicado la noche a descansar a pierna suelta, pero nada más lejos de

la realidad. Tratando de ensayar lo que iba a decirle, logró desvelarse por completo y entrar en una espiral de reproches y posibles réplicas que terminó por desquiciarla como no recordaba haberse desquiciado nunca. Y el amanecer la alcanzó en tal estado de furia que, cuando por fin saltó de la cama y se metió en la ducha, estaba que echaba chispas.

Envuelta en su albornoz de rizo, se había acercado al teléfono dispuesta a acabar con aquello de una vez. Después de muchas vueltas, al fin había decidido exactamente qué iba a decir cuando su llamada fuera atendida. Era difícil, sin duda. Eran palabras cargadas de rencor. Iba a provocarle dolor a Valen, pero ella también lo había sentido en sus propias carnes, en lo profundo de su corazón. Estaba decidida a demostrar que ya había tenido suficiente, que no era ninguna suplente y que merecía ser tenida en cuenta, al menos en la misma medida en la que ella tenía en cuenta a los demás. Ya estaba bien de dar, dar y dar sin esperar nada a cambio. Ya estaba bien de sentirse como la tonta del bote...

El teléfono había sido descolgado al tercer tono y Ana no se había andado por las ramas. Después de identificarse, su conversación se había reducido a cuatro palabras seguidas por un silencio devastador. Tan cargado de pesar que la había obligado a colgar el teléfono porque no podía soportar la tensión.

Y ahora el recuerdo de esas cuatro palabras no la dejaría tranquila nunca más. Su eco la perseguiría para siempre como una terrible y oscura mancha en la pechera de la camisa. Lo dicho, dicho estaba. Ni siquiera sus libros la sacarían de la zanja que ella misma había cavado. Cuatro palabras que iban a hundirla irremediabilmente.

«Se ve con otro», le había dicho a Miguel. ¡Qué zorra había sido!

# Despertar entre su piel

No nos habíamos acordado de bajar la persiana la noche anterior, tan ocupados en lamernos hasta que toda la sal de nuestra piel se volviera dulce.

Ahora estaba amaneciendo y los primeros rayos de luz, cabrones, se filtraban entre las cortinas dando a parar directamente en mis párpados. No tenía más alternativa que despertarme, por mucho que cuatro horas me parecieran tan pocas, tan ridículamente pocas, que de no haber sido porque había valido la pena, me habría echado a llorar.

Pero había valido la pena. Había echado el mejor polvo desde hacía tanto tiempo... ¿Qué digo? Había sido el mejor, sin más.

Ni recordaba dónde nos habíamos encontrado la noche anterior pero, ¿qué más daba? Solo pensaba que no podía dejarlo escapar de mi cama todavía.

El tío se había portado como un héroe, sin exagerar. Con una paciencia infinita, me había besado hasta encender el rubor de mis mejillas. Luego había acariciado hasta el último centímetro de mi piel, deshaciéndose de mi ropa poco a poco, sin urgencia. Había seguido besándome de una forma tan intensa que todavía sentía escalofríos al recordarlo. Por todo el cuerpo, como si ese fuera su objetivo final. Se había regodeado tanto que, sin querer, me corrí antes de empezar a respirar para posponerlo.

Luego él se había quitado la ropa y, en la lánguida placidez en la que me encontraba, lo había mirado desde abajo para disfrutar sus líneas bien trazadas, sus brazos firmes y su aspecto desaliñado. Me había gustado tanto que no había encontrado ninguna razón para que no siguiéramos jugando. Así que, esa vez, yo había conseguido arrastrarlo al final a él, solo con la punta de mi lengua.

Todavía después de eso nos quedaron ganas de más. Era un no saciarse de tocarlo; un no tener bastante de su piel; un no poder parar de tenerlo entre las piernas, moviéndonos despacio como si los dos buscáramos extasiar al otro.

Y seguía besándome, aunque yo ya me había dado cuenta de que su barba incipiente me iba a destrozar los labios. ¿Qué más daba? Encontraría algún bálsamo por la mañana, o no, no tenía la menor importancia. Desde el momento en que supe que no quería que dejara de hacerlo, el roce que horadaba mi piel pasó a ser un mal necesario para un bien superior.

Y cuando ya no pude soportar por más tiempo aquella lentitud exquisita, él había comenzado a marcar un ritmo mucho más profundo y salvaje. Mi cuerpo, emancipado repentinamente de mi mente, solo obedecía al compás que él le marcaba. Solo quería moverse hacia donde él lo guiara. Solo iba a frenar cuando él lo empujara hasta el límite.

Cada golpe de sus caderas era una descarga eléctrica en todas mis terminaciones nerviosas. Cada vez que jadeaba sobre mi boca, yo aspiraba su aliento para contener cuanto pudiera de él en mi interior. Me lo quería beber, me lo quería comer y quería respirarlo si era posible. Quería todo lo que pudiera darme. Así que, cuando no pudo evitar que el sonido escapara entre sus dientes apretados, me lo tragué también, para luego dejar que mi propio sonido lo empujara de nuevo hasta el exterior.

Después nos habíamos dormido, desnudos, abrazados y con el corazón golpeando en el pecho como si nos amáramos de verdad. Cuatro horas, nada más. Hasta que el rayo de luz cabrón me despertó, con las tetas en sus cálidas manos y su erección entre mis piernas.

No era una situación que pudiera dejar escapar, ¿verdad? El mejor polvo de toda mi vida, y seguía allí cuando llegó la mañana. No era alguien a quien dejar marchar, el hombre que más me había hecho disfrutar.

En vez de eso, me desperecé con fruición, poniendo especial atención en ubicar mis nalgas en el lugar preciso. Ni despertarse necesitó para hacerme otra vez las mismas cosas, y alguna más.

Cuando se coló dentro de mí sin encontrar resistencia y llegó justo donde yo quería que estuviera, por primera vez me percaté de que estaba a punto de darme de bruces con un pequeño problema. Fue en ese momento cuando comprendí lo jodido que iba a ser levantarnos de la cama y que él se diera cuenta de que yo no recordaba cómo se llamaba.

# Quedarse a morir

La primera hostia me la como sin preverla. Un golpe a mano abierta en la nuca, donde no se pueda ver. Noto un escalofrío en todo el cuerpo y la habitación se me va, se me va, se me va... Parpadeo tres veces. Me tiemblan las piernas y caigo de rodillas, bien jodida.

La segunda es una patada en la espalda que me deja sin aliento y me desmorona en el suelo. Pero la cabeza sigue doliendo más, pulsando, haciendo que su voz vaya y venga. Tengo ganas de vomitar.

A la tercera me agarra el pelo y tira hasta que mi cara queda a la altura de la suya. Que asco me da cuando me habla apretando su boca contra mi mejilla, escupiendo, repitiendo mil veces sus palabras de odio contra mi persona.

Cuando me suelta, caigo otra vez y me hago un ovillo, intentando aguantar el dolor sin hacer ruido. Los niños están dormidos en su habitación al fondo del pasillo. No quiero que me vean así. Me cubro la cabeza con los brazos para que no me caiga otra en el mismo sitio. Un día me mata. Me mata y se queda a mis hijos.

Cuarta, quinta y sexta son golpes en las costillas. Son rápidos y eficaces. No puedo levantarme. Duele mucho. Tengo miedo. Más miedo que dolor. Y sigue hablando. Y yo no entiendo lo que dice. Quisiera comprender qué le molesta, para no volver a hacerlo. Quisiera llorar, darle un poco de pena y que no me pegue más. Pero ya sé que él no siente pena, solo más odio y más ganas de pegarme. Así que no hago nada. Me quedo en el suelo, esperando que termine el chaparrón, temiendo.

La cosa va rápida hoy. Está desmotivado hasta para joderme la vida. Desmotivado y cansado, se ve que pegarme lo agota. Un par de hostias más y

para. Compruebo mentalmente que sigo viva, que esta vez no se le ha ido la mano. Le oigo ponerse el abrigo, coger las llaves y salir de casa cerrando la puerta con llave. ¿Adónde irá a estas horas?

Temblando de frío, temblando de miedo.

Consigo levantarme y veo una mancha granate en la alfombra. ¿Es mía? ¿He manchado la alfombra? ¿De dónde sale? ¿He manchado la alfombra?

Voy al cuarto de baño y escupo más sangre. Me he mordido la lengua en algún momento. Cojo el bote de agua oxigenada y vuelvo atrás, a limpiar la mancha antes de que se seque. Si me doy prisa, casi no va a notarse. Con las manos torpes, froto. No puedo limpiarlo porque me duele. Al frotar, al moverme, al respirar. Hago lo que puedo, que es insuficiente, sabiendo de antemano por qué va a explotar la próxima vez. Abandono. Y no me refiero a la alfombra. Abandono. Estoy tan cansada.

Voy a la cocina. Retiro su plato de la mesa. ¿Ha sido eso? ¿No le ha gustado la cena? Ha podido ser eso. Recojo en silencio.

Apago la luz. Voy hasta el dormitorio. Me meto en la cama.

Temblando de frío, temblando de miedo.

Apenas cinco horas para que los niños se despierten. No sé cómo voy a poder subirlos hasta el colegio. No sé cómo voy a poder mirarlos. No sé cómo voy a poder salvarlos. No sé cómo voy a poder quererlos.

Cierro los ojos y espero. Espero. Que pase la noche, las cinco horas. Espero ser capaz de levantarme, darles el desayuno y vestirlos. Espero ser capaz de vestirme yo, de llegar como pueda hasta el colegio. Espero que él llegue a tiempo de abrirnos la puerta para mantener la farsa de que aquí no ha pasado nada.

# Ser hermanas

Durante mucho tiempo, yo odié a mi hermana.

Odiar es una palabra muy fuerte, lo sé. Dirás que no la odiaba, que estaba enfada con ella. O furiosa, o que le tenía envidia. Todo eso es cierto pero, además, la odiaba. Por haber entrado en la escena de mi vida de improviso, brillando con luz propia, y haber barrido de un plumazo aquello que yo más deseaba, llevandoselo consigo mientras esta triste pordiosera los miraba alejarse, tomados de la mano. Sí, triste pordiosera es dramático y excesivo, ya lo sé. Nunca he sido ninguna de esas cosas, pero así era como me sentía entonces.

En la universidad había un chico que me volvía loca. Se llamaba Victor y tenía un par de años más que yo. No íbamos a las mismas clases, claro. Ni siquiera estudiábamos lo mismo, pero él solía estar en la cafetería con algunos amigos y yo desatendía mis responsabilidades por mi recién adquirido amor por el café.

Él era todo lo que puede cautivarte en un chico de veintitrés cuando tú eres una chica de veinte: guapo, simpático, inteligente, resuelto, audaz... y yo qué sé qué más. No puedo estar segura de que fuera todas esas cosas, solo de que a mí me lo parecía. Es probable que la realidad fuese mucho menos benévola, pero eso ya no importa. En todo caso, de lo que fue nada quedaría.

Enamorada hasta la última molécula de tuétano, me fui acercando a él y a su grupo con el sigilo con que se aborda a un animal selvático que no quieres espantar. Al principio solo tomaba café y los miraba con disimulo. Sin querer, empecé a reír por alguna de sus bromas, tratando de evitar que se dieran cuenta de lo patético que es espiar conversaciones ajenas.

Un día choqué por accidente (lo juro) con uno de sus amigos y tuve que ayudarlo a recoger los apuntes que llevaba en la mano, que se habían desparramado por todo el suelo. Desde entonces siempre me saludaba, hasta que llegó la ansiada ocasión en que les faltaba una persona para jugar su

acostumbrada partida de cartas. Todo lo anterior no tiene la más mínima importancia, desde luego. Salvo para ilustrar hasta qué punto fui paciente y cómo logré sentarme frente a él en una mesa sin que se percatara de cuánto lo había buscado. Ni aun teniéndome delante se dio cuenta, creo yo.

Casi un curso de carrera pasé invirtiendo mi tiempo en aquel propósito, sin conseguir en realidad nada más que un puesto fijo en la mesa del mus. Y entonces apareció mi hermana. Ella había terminado sus estudios el año anterior, pero aquel día se pasó a verme, en mala hora. Sí, en mala hora, y ya verás por qué.

No parece necesario explicar con mucho detalle que él se fijo en mi hermana desde el primer momento. ¿Qué sentido tendría esta historia de no haber sucedido así las cosas? Por viejas y estúpidas rencillas infantiles, me negué a confesarle que yo estaba loca por él, de forma que lo convertí en presa legal y mi hermana lo cazó como el león caza antílopes, con precisión y sin piedad. Su relación fue en serio y yo lo presencié todo desde la barrera, una barrera de desilusión y anhelos rotos.

De modo que, en efecto y como ya he dicho, durante un tiempo odié a mi hermana. Pero el escozor fue pasando cuando comprendí que ella jamás se habría acercado a él si mi orgullo no me hubiera impedido hablarle de lo que sentía. En cuanto tuve claro aquello, el odio se diluyó como si de una fórmula homeopática se tratase, sin dejar rastro. Y yo pude retomar con mi hermana una relación de afecto que nunca debió quebrarse.

Pasó aún más tiempo y de mi amor de juventud no fue quedando nada más que un recuerdo más y más difuso. Mi hermana se casó con su novio de toda la vida y yo me alegré por ella, sinceramente. Los años nos iban poniendo en nuestro sitio y ambas recorríamos el camino de la vida buscando la felicidad a nuestra manera.

Libertad siempre fue la más fuerte de las dos. Inteligente y hermosa, con ideas claras y el firme propósito de llevarlas a cabo. Yo la he admirado desde que tengo uso de razón. Por eso me extrañó tanto la forma abrupta en que su carácter cambió en muy poco tiempo. Hablaba poco, comía aún menos, nunca estaba de buen humor... Parecía otra mujer, una que yo no conocía y no lograba comprender.

No encontraba una explicación hasta que lo vi con mis propios ojos. Y se

me llenaron de lágrimas, una por cada marca alrededor de su brazo. Cinco estigmas, cinco huellas dactilares marcadas con sangre que se había derramado bajo su piel, sin llegar a salir a la superficie. Si creyera, diría que fue un milagro que yo pudiera llegar a verlas. Sin embargo, diré que la suerte nos acompañó a las dos aquella tarde: a mí, por mostrarme la razón de que mi hermana se estuviera derrumbando; a ella, por que yo me hiciera consciente de ese derrumbe.

Al principio no podía creerlo. Victor, mi Victor, el chico perfecto con el que mi hermana había tenido la suerte de compartir la vida... Imposible. Recuerdos que creía olvidados hacía mucho se agolpaban ahora a las puertas de mi memoria, tratando de salir todos a la vez. Sonrisas, miradas, gestos y palabras pronunciadas en un tiempo que ya había pasado para mí, pero que ahora parecía regresar con todo el ímpetu, con toda la vigencia.

No podía creer que él le hubiera hecho aquello. No podía, hasta que ella me lo confirmó. Después, las dos lloramos como en un drama barato, abrazándonos y repitiéndonos lo mucho que nos queríamos, por si a alguna de las dos se le había olvidado alguna vez. Y entonces, tal como ella había cambiado con lo que la vida le había echado encima, yo también lo hice. Cambié con lo que la suerte le había deparado a Libertad. Dejé de ser la hermana menor, dejé de verla de esa manera, me convertí en una fiera capaz de cualquier cosa con tal de proteger a los de su sangre.

¿Qué hace una fiera cuando atacan a los de su sangre? ¿Es que tengo que explicarlo? La misma leona que se había acercado al antílope con sigilo para no espantarlo se revolvía ahora dentro de mí, furiosa, agresiva, dispuesta a atacar. Podría haber saltado al cuello de aquel hombre si se me llega a poner delante. Podría haberlo destrozado si la sola idea en mi mente hubiera bastado para conseguirlo. En lugar de eso, la abogada que había conseguido llegar a ser se puso a trabajar hasta que aquel desaprensivo, que se había propuesto apagar la luz de mi hermana con sus crueles y despreciables manos, pasó a ser un recuerdo amargo en el corazón de Libertad.

Y también en el mío propio.

# Cambiar

## para ser quien eres

Libertad Esperia acaba de cambiarse el nombre.

Se ha puesto el apellido de su madre por delante, porque le gusta más y porque su madre siempre ha mostrado por ella una comprensión tan empática y desinteresada que siente que se lo debía. Y porque le ha dado la gana, joder, que ella fue quien le dio la vida aquella madrugada de hace veintiún años.

El nombre también es nuevo, porque el viejo no iba con ella, le resultaba incómodo y porque, puestos a elegir, se ha decantado por uno cuyo simbolismo resulte innegable, de tan evidente.

Con el nombre a la medida y el apellido al gusto, ya está preparada para enfrentarse a cualquier cosa, o eso le parece. Se siente capaz de todo, por difícil que sea.

Cree que es posible encontrar un piso compartido, aunque ni se imagina el alboroto que supondrá en su vida vivir con desconocidas cuyas costumbres podrían chocar frontalmente con las de ella.

Cree que puede afrontar el gasto de la matrícula con un poco de ayuda de su madre, otra vez...

Cree que pagará todos los créditos del primer curso de Psicología y cree que podrá ser tan perseverante como para aprobarlos a la primera, porque realmente lo desea.

También cree que aprobará el grado en cuatro años, ni uno más, porque a la señora Esperia no le sobra el dinero y ella no quiere ser una lacra.

De momento, cree que todo esto saldrá bien porque ella será capaz, ahora que tiene un nuevo nombre.

Ya puesta a imaginar (esa actividad de ocio que tomó por costumbre en su

más tierna infancia), Libertad Esperia desea que sus nuevas compañeras de piso sean simpáticas, amables y que no le compliquen mucho la vida, porque lo que ella necesita es que se la faciliten un poquito.

No es que le guste ir de llorona, pero lleva su buen montoncito de piedras a la espalda, en una mochila de la que no se desprende casi nunca, salvo cuando está dormida o alguien la hace reír de verdad, a carcajadas y con lágrimas en los ojos, teniendo que agacharse para coger aire. Así que sí, desea que esas desconocidas la acepten y le ayuden a llevar ese pesito, se lo aligeren. Ella está dispuesta a dar lo que sea, lo que pueda, lo que tenga.

También pide a la providencia (o a quien corresponda) que aparezca alguien para ella. Un amigo, un compañero, un espíritu afín que la respete y sea capaz de ver quién es. No es imprescindible, pero le gustaría mucho. Un chico, porque los hombres le dan un poco de miedo. Un chico inteligente y sensible con una personalidad de la que ella se pueda enamorar hasta las mismísimas trancas. Alguien que no la intimide, que la espere, que la acaricie como si tuvieran todo el tiempo del mundo y que, cuando llegue el momento, le estrene sus bajitos, que están sin estrenar.

Lleva ya mucho esperando y no se quiere impacientar, pero no puede evitarlo. Anhela salir a pasear por la orilla de la ría, bajo las luces que se encienden cuando anochece y se reflejan en el agua descomponiéndose en mil estrellas. Quisiera hacerse un *selfie* con él bajo la enorme araña metálica, caminar y caminar hasta llegar al *Starbucks* del Corte Inglés. Comprar dos *macciatos* para llevar y seguir andando. Sentarse en el Parque y susurrarse palabritas al oído, con las manos agarradas como si en vez de veintiuno tuvieran quince. Solo de pensarlo, de visualizarlo, la mochila parece vaciarse.

La joven Esperia no deja de soñar con su futuro. ¿Y si se le cumpliera todo? ¿Y si todo lo que imagina se fuera haciendo realidad? No sabe si puede pedirle tanto a la suerte aunque, por si acaso, cruza los dedos. Por si acaso pasa y se ve convertida en una profesional con un despacho, escuchando a las personas y tratando de darles un empujoncito como Valentina Núñez se lo dio a ella cuando más falta le hacía.

Tiene que llamar a Valentina, tiene que contarle lo de su nuevo nombre y escuchar de sus labios una felicitación y un mensaje de cariño.

Tiene que contarle cómo está logrando todo lo que se propuso, lo que tantas veces hablaron: recuperar sus estudios, dejarse crecer el pelo, vivir

fuera de casa, llamarse como se tiene que llamar, ponerse un sujetador, llevar escote de vez en cuando, ir a la playa en bikini, reír como una loca cuando la ocasión lo merece, no caerse desde sus tacones, aceptar lo que ve en el espejo, sentir que su cuerpo es su hogar, olvidar que una vez hubo entre sus piernas algo que le resultaba ajeno...

Despedirse para siempre de Aitor Alonso Esperia.

# Ser pequeña

A Libertad del Rincón nadie la creyó cuando proclamó con contundencia cómo había sucedido todo, a pesar de que repitió la misma versión de lo ocurrido una y otra vez, incansablemente.

El sábado anterior, último del mes de noviembre, había salido de cena con tres compañeras del trabajo.

¿Sus nombres? Valentina, Esperanza y Victoria.

¿Dónde habían cenado? En un chino. Porque Victoria se había empeñado, no porque a Libertad le gustase especialmente, aunque tampoco le desagradaba, ella se amoldaba a lo que fuera. Lo mismo le habría parecido bien ir a un italiano, que a un peruano, que a un argentino... El caso era tener la oportunidad de pasar un rato con sus compañeras, esas que hacían que su reiterativo y poco satisfactorio trabajo se convirtiera en un lugar mejor, uno al que ella encontrara siquiera un motivo por el que seguir yendo cada uno de los seis larguísimos días laborables que tenía cada maldita semana.

A las ocho se habían reunido las cuatro a dos calles del restaurante, junto a la boca de metro que más cerca quedaba, para charlar un rato antes de cenar, mientras compartían la alegría y el calorcito que da una buena cerveza fría en la mejor de las compañías.

¿Cuántas cervezas? Solo una, porque a Libertad beber antes de comer no le sienta demasiado bien y porque le gusta tomarse los tragos con calma, cosa que el resto del mundo parece no saber hacer.

A eso de las nueve y cuarto, el restaurante podría confirmarlo porque habían reservado mesa para cuatro, entraron a la Gran Muralla y tomaron asiento, depositando sus abrigos en el respaldo de las sillas, tal como se hace en los establecimientos que no cuentan con servicio de guardarropía.

Sobre las nueve y media ordenaron la cena, aunque este dato no es susceptible de ser verificado porque no existe ningún registro escrito y porque, a decir verdad, no tiene la más mínima relevancia en el transcurso de los hechos que verdaderamente nos importan.

Entre las nueve y media y las once cenaron y charlaron animadamente sobre distintos temas, algunos de índole indiscutiblemente femenina, aunque la mayoría de carácter ambivalente y género no marcado.

¿Como cuáles? Así, en general, hablaron de la maternidad, de la incomodidad de los poros que se infectan después de afeitarse las piernas a cuchilla, de lo mucho que sufre la espalda cuando se está constantemente cargando con pesos que exceden la propia capacidad, de por qué algunas personas deciden dejar de comer alimentos que procedan de animales y de lo jodido que es cambiar una rueda pinchada en el arcén de una carretera secundaria, de noche y lloviendo.

Después de cenar y tras brindar con una ronda de chupitos que el camarero, muy amablemente, les comunicó que corrían a cargo de la casa, las cuatro mujeres pagaron la cuenta y salieron del restaurante, no sin antes hacer un alto en el servicio de señoras, al cual, como mandan los tópicos más manidos de la tradición oral, entraron de dos en dos, a pesar de que había papel higiénico en el dispensador y el pestillo del interior de la puerta funcionaba correctamente. Completado el ritual de alivio, salieron de la Gran Muralla y enfilaron la calle hacia abajo para luego torcer a la derecha.

Un par de esquinas más adelante, volvieron a torcer al mismo lado y así llegaron a otra calle conocida por el cierre tardío y la música pegadiza de sus establecimientos que aquel sábado, como muchos otros, estaban repletos de personas dispuestas a ahogar en copas tanto sus penas como sus economías.

En aquella zona permanecieron hasta después de las dos de la madrugada, si bien Libertad no era capaz de precisar cuáles fueron los locales concretos en los que entraron y la cantidad exacta de copas que pudieron ingerir.

Allí mismo fue donde Libertad conoció, según dice, al sujeto en cuestión. Se ve que hicieron buenas migas y tomaron alguna copa juntos.

Libertad refirió siempre que fue amable y simpático, que le cayó bien y le gustó físicamente, que hubo algún beso en un rincón oscuro del local y que,

sobre las dos y cuarto, abandonó el lugar cogida de su mano y ambos se dirigieron hacia su casa con intención de pasar el resto de la noche juntos.

Al llegar a casa, aún afectados por las copas de más que habían tomado, se sentaron en el sofá de Libertad, quien nunca negó que había habido besos y algunos tocamientos por encima de la ropa. Fruto de ese comportamiento, el sujeto en cuestión resultó sexualmente excitado y manifestó su intención de profundizar la relación sexual.

En ese momento, explicó Libertad a quien quiso escucharla, el alcohol que había ingerido comenzó a revolverse en su estómago y sintió náuseas, acompañadas de un incipiente dolor de cabeza.

Desistiendo de su primera intención, Libertad aseguró haber tratado de explicar al sujeto en cuestión la sensación desagradable que estaba experimentando, así como haber intentado detener la actividad que él parecía empeñado en proseguir.

Libertad repitió muchas veces que, al percibir que él no mostraba intención de detenerse, había hecho todo lo posible por convencerlo de que no se encontraba con fuerzas, pero que él había ignorado sus explicaciones y, decidido, había soltado los botones de su pantalón y continuado tocándola.

Viendo que no iba a parar, Libertad dijo que había empezado a asustarse y a ponerse nerviosa. Insistió en que los nervios no le habían permitido recordar las lecciones de defensa personal que había recibido a cargo del ayuntamiento de su municipio y que lo único que se le había ocurrido en un primer momento había sido suplicar por su integridad.

Aseguró sin vacilación haber tratado de disuadir al sujeto en cuestión con las palabras: «No, por favor; no, por favor; no me hagas esto, por favor», que dijo resultaron inútiles a todos los efectos.

Libertad manifestó con toda seguridad, notando ya que su acompañante se introducía entre sus piernas y con los efectos de las copas nublando su vista, haberse negado en todo momento e incluso de haber intentado agredir al sujeto en cuestión. Pese a todo, él había impuesto su voluntad por la fuerza, contó la mujer, vencida.

Se lo dijo a mucha gente, a toda la que quiso escucharla. Salvo Valentina, Esperanza y Victoria, ninguno más la creyó. Y mientras lo contaba solo consiguió sentirse muy muy pequeña. Según dijo, como una niña.



# **Besar tus labios, por lo menos otra vez**

Cada mañana, bajo el cielo frío y brumoso de una capital en la que la humedad te quita poco a poco las ganas de vivir a fuerza de reblandecerlas, Lili sale de casa con el abrigo abotonado hasta el cuello. Como si eso no fuera suficiente para entrar en calor, camina con los brazos cruzados, a veces abrazándose con fuerza como si no tuviera a nadie más que lo hiciera por ella.

Lili no es su verdadero nombre, por supuesto. ¿Cómo podría alguien que no fuera un dibujo animado llamarse así? Su madre le puso Libertad hace veintiséis años, pero ese es un nombre que ella siempre ha detestado, que siempre ha sentido ajeno, que nunca ha querido llevar. Por eso, ya en el colegio, dejó de usarlo y comenzó a responder únicamente cuando la llamaban Lili.

¿Ridículo? Puede, pero al menos consiguió, en unos años, que nadie recordara a Liber, hipocorístico que la hacía sentirse peor, pues le recordaba a ese concepto abstracto que se escondía tras las letras y con el que ella no sabía muy bien qué hacer. ¡Madre mía, qué rabia le da que pongan a las personas nombres de conceptos abstractos!

A paso ligero, recorre un par de calles, bulliciosas de actividades matutinas, hasta llegar a la parada del autobús. No hay nadie. Lo ha perdido por los pelos. Vaya, ahora tiene diez minutos vacíos en los que su mente se le escapará, escurridiza, hacia recuerdos que desearía poder borrar como las manchas de una pared cuando la pintas de blanco. Sin darse cuenta, se descubre mirando su propia imagen.

Desde el cristal, una joven la mira, escrutándola. Demasiado delgada. Los

ojos demasiado grandes. El pelo demasiado corto. Y demasiado negro. Los labios demasiado tristes. «¿No te gusta lo que ves?», parece querer decirle. «Tú lo has hecho así», le reprocha. Y Lili no puede negar que tiene razón, claro. Ella es la única responsable de tener ese aspecto de haberse olvidado de comer durante los últimos meses.

El pelo hace tiempo que lo lleva así de corto. Le da un aspecto más agresivo a su rostro y hace que sienta menos miedo de salir a la calle, de enfrentarse a las personas, de estar sola. Pero no tiene la culpa del color. Siempre ha sido tan oscuro como una noche sin luna, como el fondo de un pozo profundo, como el corazón de un abismo de tristeza.

Y sus labios están tristes, vete a saber por qué. No será porque ella nunca les permita besar. Debe de ser por otra cosa. Algo más antiguo, más lejano, uno de esos recuerdos que vienen y van y arrastran consigo tu alegría hasta que te dejan sin.

Cuando llega, el autobús la sorprende ensimismada y tiene que hacer un esfuerzo por moverse y subir. Lo último que ve es el reproche en la mirada del cristal, que parece regañarla como si esa fuera solo una de las miles de cosas que hace mal.

Contenta por haber dejado atrás a esa otra Lili, monta y se dirige al único asiento vacío que hay, detrás del conductor. Y cuando apoya la frente en la luna vibrante de la ventanilla, allí está otra vez. La imagen que la persigue.

Si separa la cabeza y se yergue, la otra desaparecerá. Pero no tiene ganas de hacerlo. Al menos, allí hay alguien. Aunque solo sean unos ojos pardos y anodinos, aunque no tengan nada de especial, aunque sigan mirándola con cierto aire de superioridad. Todo eso es mejor que sentirse absolutamente sola.

Porque su mente está logrando deshacer el nudo con el que la había sujetado y volar a rincones prohibidos en los que será mejor que no se interne sin compañía. Rincones tan lejanos en el tiempo como aquel primer beso de una tarde de verano, cuando la melancolía aún no había secuestrado a su sonrisa de forma indefinida.

«¿Por qué tiene que salir eso a colación ahora?», le susurran los otros ojos, como si no quisieran que el resto de viajeros pudiera escuchar ni una de sus palabras. «¿Es que no puedes ser capaz de seguir adelante y olvidarlo todo, como hace la gente normal? Sigue con tu vida...».

Pero Lili cree que no puede. Cree sinceramente que lo ha intentado, pero no está segura de haber llegado a lograrlo ni por un momento. En diez años ha hecho todo lo que ha podido para que sus labios se olvidaran de ese beso. Se ha esforzado casi hasta los límites de la cordura, si no más allá, pero no parece haber servido de nada.

Fue a la universidad y cumplió con todos los ritos de iniciación que le parecieron inexcusables. A pesar de que iba en contra de su carácter, trató de hacer amigos allí. A pesar de que nunca antes lo había hecho, se emborrachó muchas veces. Aunque nunca estuvo segura de sus sentimientos, tuvo un novio que trataba a sus padres con respeto y cordialidad, que la llevaba y la traía en su coche, y que le metía mano en el asiento trasero cuando ella se dejaba. Y solía dejarse porque, aunque no estaba segura de sus sentimientos, al fin y al cabo ese era uno de los ritos que quería cumplir.

Cuando terminó los tediosos estudios que tanta satisfacción dieron a su familia, se dio de bruces con la cola del paro y, decidida a no quedarse en casa viendo la vida pasar, se puso a servir copas en un bar. Dejó a su novio de la universidad, porque ya no estaban en la universidad, y picoteó de aquí y de allí sin terminar de encontrar lo que buscaba. Fue entonces cuando comprendió que no sería tan fácil, que había en su pasado una ventana que no se había cerrado, un amor que no estaba olvidado y que no iba a dejarla ser feliz tan fácilmente. Pero siguió intentándolo.

Esporádicamente la llamaron para trabajos de escasa duración relacionados con su campo de estudios, hasta que se dio cuenta de lo poco que la satisfacía tramitar siniestros y le dio carpetazo al asunto. Ya se buscaría la vida. No quería verse presa de un trabajo poco grato y mal remunerado, con pocas posibilidades de ascender y con menos todavía de dejarlo, si no lo hacía cuanto antes.

A los veinticuatro, convencida por un amigo que le hacía las veces de pareja desde que vivían juntos y se acostaban de vez en cuando, empaquetó todas sus cosas y salió del país con él, creyendo que así lo olvidaría todo y comenzaría una nueva vida.

¡Qué duro fue dejar atrás las calles por las que había paseado en su adolescencia cogida de aquella mano que tanto añoraba! Pero tenía que hacerlo. Era su única posibilidad. Si no huía, nunca sería libre.

«¿Cuándo has sido libre, en realidad?», dicen los ojos en el cristal-espejo.

«¿Cuándo has hecho con tu vida lo que te ha dado la gana, sin tener en cuenta lo que creías que los demás querían que hicieras? ¿No es por eso por lo que siempre has odiado tu propio nombre? ¿Porque te recordaba a cada segundo lo que no tenías y no eras lo bastante fuerte para exigir?».

Lili no puede creer que la otra la trate con tanta crueldad. No comprende cómo ha podido echarle eso en cara así, de sopetón, como si fuera algo que tenía preparado para soltarlo a la menor oportunidad.

¿En qué momento el reflejo de su propia imagen ha cobrado vida, transformándose en un ser independiente que se cree con derecho a juzgarla? Es una locura, eso es lo que es.

¿Es que se le ha ido tanto la cabeza que ahora mantiene conversaciones consigo misma? Y lo que es peor, ¿es que en esas conversaciones su otro yo (o lo que sea) va a vapulearla hasta hacerla sentir como un trapo pisoteado? Hasta ahí podíamos llegar.

Furiosa por las circunstancias, Lili se envara y el reflejo desaparece. Lo mismo que su amigo desapareció cuando ella le dijo que no estaba enamorada de él. Así de fácil. Tan fácil como verse sola en un país extraño al que acabas de llegar y sentir el vértigo de no tener ni idea de cuál será tu siguiente paso.

Al menos así descubrió que los pasos en la vida siempre son los mismos: buscarte trabajo, buscarte un techo, conseguir comida. Y, solo si sobra tiempo, hablar con la gente.

Aquello había sido dos años antes. Dos años que había pasado poniendo cafés en una cadena de cafés para llevar. Si se lo preguntaban, no estaba tan mal. Desde luego, era mejor que servir copas. No es que fuera a hacerse rica, pero había comprendido que cuanto más tiempo pasaba más difícil se le hacía volver atrás, a casa. Ya casi era incapaz de enfrentarse a aquellas calles llenas de recuerdos. Si dejaba pasar más tiempo, jamás regresaría.

De pronto sintió una oleada de vértigo tan fuerte que corrió a poner la cabeza otra vez contra el cristal, en busca de ayuda. Se agobió porque nadie la miraba esta vez, hasta que se dio cuenta de que tenía los ojos cerrados, qué tonta. En cuanto levantó los párpados, otros ojos se abrieron en la ventana del autobús. Ahora la miraban asustados, casi llorosos.

Sin hablar, les preguntó qué debía hacer: ¿volver o quedarse?

«¿Qué es lo que quieres hacer?», le dijeron, comprensivos. Y creyó que, al menos a ellos, les debía sinceridad absoluta.

*No lo es, no es nada fácil.*

*Salí huyendo de algo que no pudo ser pero solo he conseguido tropezar con todas las piedras que había en mi camino. Empiezo a pensar que tropiezo porque este camino es impracticable, porque me he equivocado, porque nunca he elegido yo, sino que he dejado que las convenciones lo hicieran por mí. Y no soy feliz.*

*No puedo serlo. Creo que lo único que quiero es no sentirme sola todos los días de mi vida, no buscar afecto donde nunca lo encontraré, no fingir que esta ciudad extraña es de verdad mi casa, ni que me conformo con un trabajo menos que mediocre porque me permite subsistir sin enfrentarme a todo lo que me da tanto miedo.*

*Quiero volver. Quiero ir a casa y recorrer mis calles, cruzar a la otra acera y reencontrarme con mi pasado. Quiero comprobar si de verdad amé, si fui amada y si fue imposible. Quiero saber cómo están las cosas.*

*Por muy difícil que sea que esto acabe bien, por muy remota que sea la única posibilidad de que esos labios me estén esperando, lo único que de verdad deseo es volver allí y besarlos, por lo menos otra vez.*

En el cristal del autobús, la imagen que ha cobrado vida mira a Lili con esperanza. En voz baja, para que nadie la escuche, susurra un nombre cargado de anhelos secretos: «Victoria...».

La señora que viaja junto a Lili se vuelve, insegura, y le pregunta amablemente si ha dicho algo.

# Quedarse y vivir

La primera hostia me la como sin preverla. Un golpe a mano abierta en la nuca, donde no se pueda ver. Noto un escalofrío en todo el cuerpo y la habitación se me va, se me va, se me va... Parpadeo tres veces. Me tiemblan las piernas y caigo de rodillas, bien jodida.

Me pilla tan de sorpresa que no me da tiempo a cubrirme y la segunda, un puño que me parte una costilla, me derrota. Caigo al suelo, perpleja y muda, porque los niños duermen en la habitación del fondo del pasillo y no quiero que me vean así. Ni tampoco a él. Mis hijos no van a despertar en mitad de la noche para encontrar a su madre molida en el suelo. Mis hijos no van a ver al canalla de su padre cosiéndome a golpes. Yo no voy a permitir que pasen por eso.

Mientras intento hacerme un ovillo, una sucesión de hostias va magullando mi cuerpo. Cada parte, cada rincón, cada miembro. Menos la cara, porque la cara se ve cuando sales a la calle. «Otra semana de manga larga en pleno julio», pienso, absurdamente. No puedo evitarlo. A veces la mente se va por donde quiere, te lleva adonde no tiene ningún sentido que estés.

Parece que hoy no voy a morir, después de todo. ¿Me consuela? No estoy muy segura. Pero me obligo a pensar que sí, por mis hijos. No va a separarme de ellos. Ese es el mayor de mis terrores, que me mate a golpes y se quede con mis hijos. Y ellos se queden con él. Son sus caras las que veo cuando él me agarra del pelo, me zarandea por toda la habitación y me susurra barbaridades llenas de odio y de desprecio hacia mi persona.

«Putaputaputaputaputaputa...». Es la única palabra que entiendo de toda la mierda que me escupe cuando algo chasquea en su cabeza y pierde el control.

Cuando considera que ya me ha humillado, insultado, golpeado y arrastrado bastante, me deja tranquila en el suelo, tirada. Le oigo ponerse el abrigo y salir de casa cerrando la puerta con llave. ¿Adónde irá a estas horas?

Me cuesta respirar, pero las ganas de vomitar me las ha quitado a palos. La costilla rota duele. Dolerá semanas, como la última vez.

¿Y arriesgarse a que se te perfore un pulmón para que no te vea un médico? «Localocalocalocalocaloca...». Esa es mi voz, que me susurra la verdad.

Hay manchas de sangre por toda la alfombra. ¿Será una hemorragia interna? Parece que no, porque la noto en la boca. Me he mordido la lengua intentando no hacer ruido y lo he puesto todo perdido.

Y no tengo ganas de limpiarlo.

Solo quiero meterme en la cama a fingir que estoy dormida.

Que pasen rápido las horas y los niños se levanten para desayunar y marcharse al colegio.

Quiero ser capaz de darles el desayuno, ponerles la ropa, vestirme y salir de casa caminando por mi propio pie.

Quiero que él llegue a tiempo de abrirnos la puerta para poder salir de esta prisión que me está matando.

Solo quiero vivir.

Dejo la alfombra tal y como está, vigilo que los niños siguen dormidos, abro el armario de la cocina y saco un calmante para poder moverme. Lo trago con un poco de agua, vuelvo a la sala, me siento en el sofá con cuidado de la costilla rota, me permito el lujo de llorar, pero antes de que me dé un ataque de nervios, cojo el teléfono y marco tres números.

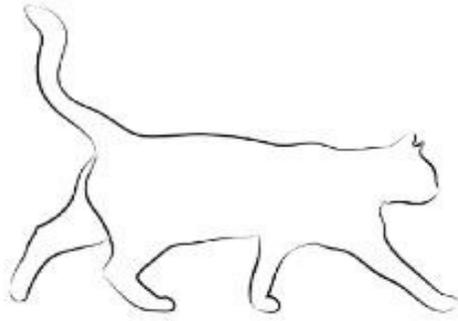
Permanezco a la espera hasta que me dan pie para contarle todo.

Vienen de camino.

Nos vamos de aquí y no me importa dónde. Porque he pensado que quiero vivir. Porque quiero que mis hijos vivan. Porque no voy a privarlos de un futuro libre permitiendo que presencien lo que nunca tenía que haber sucedido.

Porque quiero ser capaz de salvarlos.

Porque quiero estar viva para quererlos.



BRUFA



**brujo, ja**

La forma f., quizá de or.prerromano.

1. f. En los cuentos infantiles o relatos folclóricos, mujer fea y malvada, que tiene poderes mágicos y que, generalmente, puede volar montada en una escoba.

2. f. coloq. Mujer de aspecto repulsivo.

3. f. coloq. Mujer malvada.



# ***MAELLUS MALEFICARUM,***

## **LA INFAMIA DEFINITIVA**

Cuando una se dispone a formular por escrito una idea que rondaba por su mente, primero lee. Lee libros y navega por la red en busca de documentación sobre la que sustentar lo que pretende argumentar.

En este caso, se da la circunstancia de que, de tanto buscar, acabé encontrando a varias personas que habían expresado una idea muy similar a la mía. Lo primero que pensé, no sin cierta desilusión, fue que mi mente no producía ideas tan originales, después de todo. Pero al volver sobre ello se me ocurrió que, si había más gente que había llegado a conclusiones análogas a las mías, quizá se debiera a que no iba yo tan desencaminada ni andaba tan lejos de la verdad.

Está claro que quien no se consuela es porque no quiere, me dije, mientras releía con emoción un blog cuyo autor enunciaba sin ningún adorno retórico la misma conclusión a la que yo había llegado poco antes: «Las que no eran putas eran brujas», decía, en referencia a varias notables mujeres de la historia cuya fuerza para sobresalir «levantaba celo entre los jerarcas».

Por tanto, concluí, la idea del insulto de género no será de mi invención, pero en la lucha contra esta rama lingüística de la opresión machista no sobraré una aportación más, un punto de vista que quizá consiga concienciar a otra pequeña parte de quien todavía no ve lo que tanto se ha repetido.

Así, redacté primero mi opinión sobre la insultante condescendencia de acusar de histeria a la mujer que pierde los papeles ante el peso de las limitaciones que se le imponen.

Después, traté de explicar el estigma social que ha supuesto ser tildada de puta, un adjetivo hiriente cuyo uso se ha extendido tanto que ya ni siquiera se le exige una remota relación con su etimología: basta con encender la ira del agresor para toparnos de frente con este «derechazo» verbal.

Ahora solo me queda tratar de argumentar de forma coherente que, cuando llamarnos locas por retorcernos ante la injusticia y putas por todo cuanto les ofendía dejó de ser suficiente para mantenernos bajo la suela de algunos zapatos, ya solo les quedó inventar que éramos brujas. Y quemarnos.

La literatura, conductora de la herencia oral del folclore, trae hasta nuestros días un sinfín de cuentos y leyendas entre los que no falta la presencia del elemento mágico. Los hermanos Grimm, sin ir más lejos, publican en su momento una recopilación de más de dos cientos relatos tradicionales con abundantes referencias a esa fuerza sobrenatural capaz de convertir lo real en maravilla. La magia aparece de la mano de personajes tanto femeninos como masculinos, esto es innegable. Y, sin embargo, un rápido vistazo a las tramas servirá para establecer una diferencia evidente que no podemos pasar por alto: la magia malévola siempre aparece vinculada a un personaje femenino<sup>[9]</sup>.

En el folclore europeo del XIX, que es el que recogen los Grimm y el que nos sirve de ejemplo, brujas y madrastras son la encarnación del mal en lo que a poderes sobrenaturales se refiere. La bruja que vive en lo profundo del bosque y que se abandona a sus apetitos caníbales es, junto a la orgullosa madrastra que envenena una manzana para dársela a una niña, el más claro y conocido ejemplo de vinculación entre lo femenino y las fuerzas del mal.

Estas mujeres depravadas cuya monstruosidad no conoce límites suelen acabar, sin embargo, irremediablemente ajusticiadas por exigencias del guion. Es más, cuando sus cuentos se popularizan y pasan a ser un artículo dirigido a la infancia (cosa que, por otra parte, nunca fue la intención de estos dos declarados folcloristas), muchos de los finales recogidos en la primera edición son suavizados, a la par que se eliminan connotaciones de carácter sexual poco aptas para las exigencias del público burgués entre el que alcanzan la fama los hermanos Grimm.

El caso es que a esas viles mujeres sobre las que recae todo el peso del elemento mágico negativo se las imbuje de un aura oscura y siniestra capaz de amedrentar al más valeroso.

Pues bien, la bruja y la madrastra de la tradición oral no se acercan ni remotamente a la maldad que la literatura religiosa atribuye a las miles de mujeres reales que, a lo largo de un par de siglos, fueron formalmente acusadas de brujería y en numerosas ocasiones acabaron, contra toda cordura,

consumidas por las llamas de una hoguera.

Para comprender el alcance de la caza de brujas, hay que hacerse una idea del contexto en el que surge este brazo misógino de la Inquisición.

Europa asiste a una paulatina desaparición del feudalismo en la que los siervos van siendo sustituidos por aparceros, los feudos se deshacen y surge una nueva competitividad que es acompañada por una gradual pauperización de la población.

Es una época de tensiones en la que la Iglesia está enferma de corrupción y la nobleza, de codicia. En ese contexto, el papa Inocencio VIII (muy erróneamente nominado, por otra parte) emite la bula *Summis desiderantes*, en la que culpa a las brujas de todos los males que asolan a la sociedad. Aprovechando la coyuntura, Kramer y Sprenger publican su *Malleus Maleficarum* (*Martillo de las brujas*), un manual para la identificación, caza y erradicación de estos seres demoníacos el cual, catapultado a la fama a través de la imprenta, llega a alcanzar un éxito de ventas mayor que el de la propia Biblia.

El *Martillo*, que inicialmente consta de dos partes pero después aparece con una tercera en la que se tipifican los crímenes brujoeriles, acaba convirtiéndose en un código criminal que hasta los jueces seculares usan para perpetuar una cacería comenzada por la Iglesia.

Todo esto explicaría el porqué de que la Inquisición se empeñe en hacer creíble la brujería cuando, poco antes, defender la existencia de estos seres era considerado herético. Si se aplica un poco de pensamiento abstracto, las brujas resultan imprescindibles para hacer creer que la precariedad es producto de hechizos y embrujos, y no de la deficiente política de príncipes y papas. Ofreciendo a las gentes llanas una protección que nadie más puede garantizar, la Iglesia se asegura su sometimiento y su colaboración ciega en la limpieza que dice estar llevando a cabo.

Las principales maldades que se atribuyen a las brujas tienen que ver con el asesinato de bebés humanos y crías de animal que aún no han nacido, con la destrucción de las cosechas y las tierras, y con la infertilidad de hombres y mujeres. Todos son crímenes relacionados de alguna manera con la fecundidad, ya sea del ser humano, de su ganado o de sus tierras. Y la fecundidad, por lógica, es *conditio sine qua non* para que exista prosperidad.

Con este golpe maestro, pues, se responsabiliza a las brujas de la vida

miserable que la población se ve obligada a soportar y se empuja a las masas a una persecución de las culpables que deriva en una situación de pánico colectivo con nefastos resultados.

Sin embargo, ¿por qué se ceba la Inquisición en las mujeres como conductoras de la maldad diabólica? La respuesta es muy sencilla: decenas de teólogos y autores religiosos siguen considerando a la mujer como descendiente de Eva, aquella que fue seducida por el mal y que arrastró a Adán al pecado, provocando que ambos fueran expulsados del Paraíso. Esa deuda que Eva adquirió con su pecado debe ser saldada por todas las demás, que heredamos el castigo divino de parir con dolor y someternos a la voluntad de nuestro hombre.

Por si esto fuera poco, la primera mujer fue creada a partir de la costilla de Adán, por lo que ya entonces Dios había decidido que fuera un ser inferior que no participara de la perfección de padre e hijo.

Estas ideas catequizadoras promueven, entre los hombres de fe, una misoginia despreciativa, a la par que vengativa, que resulta en un perfecto caldo de cultivo para los prejuicios de Kramer, quien cree ciegamente tanto en la debilidad femenina como en su propensión al libertinaje. Como el diablo es una encarnación masculina del mal, a su retorcida lógica no le queda más que deducir que es la mujer la que puede realizar una cópula carnal con el Maligno y recibir así su infecta semilla.

De esta conclusión elevada casi a dogma se deriva toda una guía de torturas crueles e insanas, recogidas en un volumen empapado de cinismo y brutalidad que asegura ser un manual para un derecho penal de emergencia. Ante la proliferación masiva de las brujas, la Inquisición debe mostrarse firme y recurrir a cualquier medio a su alcance para erradicar el mal. El fin justifica los medios.

Así, tener conocimientos sobre curación y fertilidad se convierte en una cualidad condenada por la Iglesia. La mujer que los tiene es una bruja, porque así queda vinculada a Lucifer y, por tanto, se la puede excluir de una sociedad en la que está restando protagonismo al hombre.

Lo mismo ocurre con ser madre soltera, contraer segundas nupcias, mantener relaciones extramatrimoniales o ser prostituta. Todo aquello que tiene relación con la sexualidad femenina se ve como contrario al mandato divino, puesto que la única manera de redimirse por el pecado original, según

los teólogos, es la maternidad dentro del matrimonio o la castidad. Cualquier otro comportamiento se considera pecaminoso y debe ser punido, máxime cuando implica siquiera un ápice de libre albedrío y con ello socava las bases de una sociedad organizada y gobernada por hombres.

Estas mujeres que saben y que desean son presas fáciles para el poderoso puño del Santo Oficio, y su persecución acaba concretándose en un número incierto de quemas en la hoguera. Incierto, sí, pero demasiado elevado, habida cuenta de que una sola víctima ya resulta excesivo pábulo a semejante despropósito.

Sin duda lo más triste es que el *Malleus*, en sí mismo, ni siquiera es una obra original, sino un compendio de excrementos machistas que ya se venía gestando de antiguo. Con los teólogos aceptando la inferioridad femenina y los reyes aviniéndose a lo que aquellos dictaran, la mujer siempre estuvo en desventaja, privada de voz y de voto. De ahí que cualquiera que osara levantar la cabeza fuera considerada una amenaza contra el orden y, por tanto, castigada, borrada del mapa para devolver la paz al pueblo, aunque fuera tan solo en apariencia.

Con tanta hoguera pedagógica, no es de extrañar que la gente enferme de pánico colectivo y salgan brujas hasta de debajo de las piedras. Cualquier vecina con la que surja una desavenencia puede ser denunciada y, dados los métodos del *Martillo*<sup>[10]</sup>, condenada sin remedio.

Si bien esta afirmación parece excesiva, la doctora Margaret Jones podría dar fe de lo dicho de no ser porque fue condenada por brujería en Massachussets (1648), después de que algunos de sus pacientes murieran. El testimonio de su asesinato sirve para ilustrar el salto de fronteras que la caza de brujas realiza, desde la Alemania de mediados del XV hasta los Estados Unidos del XVII, pasando por Francia, Italia, Escandinavia, Suiza, Reino Unido y otros países europeos antes de dar el salto transatlántico.

1793 es el año en el que se documenta la última muerte de una bruja en el Gran Ducado de Posen, Prusia. Sin embargo, todavía en 1836 unos pescadores de la península de Hel, Polonia, sometieron a una presunta bruja a la prueba del agua. Al ver que no se hundía, la ahogaron a la fuerza.

No queda mucho que pueda añadir, salvo que mi intención fuera convertir esta idea en toda una tesis sobre machismo, opresión y muerte, que no lo es.

Casi dos siglos nos separan de aquella última afrenta y, sin embargo, las mujeres seguimos muriendo. Ya no quemadas en plazas públicas, cierto, pero sí a manos de aquellos que se creen con derecho a disponer de nuestra vida y, en ocasiones terribles, de la de nuestros hijos e hijas.

Las noticias no mienten (no en lo esencial): la violencia machista con resultado de muerte, es decir, el asesinato de mujeres a manos de sus parejas, alcanza cifras tan preocupantes que poner siquiera en tela de juicio la desigualdad y la desprotección a la que nos vemos sometidas resulta insultante. Tanto como los términos que dan título a esta colección de relatos en la que me he permitido insertar el desarrollo de una idea que tuve y que, poco a poco, se fue completando a fuerza de buscar con qué ilustrarla.

« Los muchachos del barrio la llamaban loca », escribió Perales, y yo pensé en la facilidad con la que nos refutaban con ese simple adjetivo. Uno para callarnos.

Otro para detenernos, me dije, cuando caí en la cuenta de que ser consideradas putas era una amenaza que nos acucillaba.

Entonces me pregunté qué más había y pensar en las brujas me hizo sublevar. Ahí está el tercero, comprendí, para matarnos.

Locas, putas y brujas; silenciosas y sumisas, o muertas. Tres palabras, tres armas con las que perpetuar la injusticia de la opresión. Tres flechas que apuntan directamente a nuestra libertad para pensar, hacer, decir, follar, saber y, sobre todo, ser.

El mensaje machista es rotundo: silencio y sumisión, o muerte.

Pero el legado de las que lucharon antes que nosotras aún lo es más: gritad, levantaos y vivid. Para que nuestro escudo se convierta en un arma que quiebre el brazo que pretende golpearnos.

# RELATOS



# Morir

Era una mañana fría de invierno, de esas en las que salir de la cama duele, de las de mirar por la ventana y desear que vuelva a ser domingo para volver al abrigo de las mantas sin mirar atrás. Aquel día se despertó sobresaltada de un sueño que apenas podía recordar, un sueño de sensaciones, más que de imágenes, de dolores y sufrimientos ajenos que se tornaban propios, de temor ante una fuerza poderosa en cuyas manos recaía el poder para que sus deseos más profundos pudieran o no cumplirse.

Con reticencia, dejó el abrazo cálido del edredón para envolverse a toda prisa en una bata mullida que casi la cubría hasta los pies y caminó hasta la cocina, todavía medio sumergida en una pesadilla que se resistía a dejarla tranquila.

Mientras ponía a calentar una taza de leche para el desayuno, volvió hasta el cuarto de baño y empezó a deshacer la maraña oscura que se había formado en su cabello. No le gustó lo que vio en el espejo. Una vez desenredado y recogido, el pelo ya no podía ocultar su extrema palidez, las manchas oscuras bajo los ojos ni el agudo contorno de los pómulos. Por dentro estaba peor.

Asqueada de su enfermedad, comprendió que ya no importaba nada de lo que pudiera pasarle. Su muerte sería lenta y dolorosa de todas formas.

Huyendo del peso de la autocompasión, se deshizo de lo que llevaba puesto y entró en la ducha sintiendo que, si alguna vez había necesitado que el agua corriera por su piel, era entonces.

Abrió el grifo y una lluvia ardiente comenzó a templarla. Deshizo el recogido y esperó a que su cabello se empapara también. El agua estaba tan caliente que no habría podido soportar un solo grado más sin morir cocida. El calor penetró tan profundamente bajo su piel que ya nunca más volvería a sentir frío después de aquello.

Al pensar en el futuro, tuvo una clara revelación: ya no aguantaba más.

Hacía tanto que tomaba lo que fuera para no sentir nada, que estaba a punto de perder hasta la noción de quién era. Y eso era algo que no estaba dispuesta a permitirse. Prefería que el final llegara doliendo a no ser consciente ni de cuándo llegaría.

Cerró con decisión el grifo de la ducha y salió de allí, ardiendo como una tea encendida. Atravesó el apartamento dejando a su paso un reguero de agua dulce y lágrimas saladas. Abrió la puerta y salió por ella, desnuda como cualquiera que deja atrás cuanto ha sido y, al bajar las escaleras, se percató de que dejar la puerta abierta era lo mismo que dejarla cerrada, porque ya nunca volvería.

Al salir a la calle, aún mojada, sintió que el fuego en su corazón no se apagaba, a pesar de la helada mañana que había elegido para su viaje. Era un fuego perenne que soportaría todo, lo que fuera que encontrara en su camino.

Como la dirección que tomara era irrelevante, marchó de frente haciendo camino al andar, como alguien dijera una vez que se hacía. Y así siguió hasta mucho después de que el calor que emanaba secase su piel, su cabello y hasta el miedo que había intentado atenazarla.

Había personas que se cruzaban en su camino y ella les sonreía a todas, sin distinción. A las que reían y a las que penaban, a las que perdonaban y a las que pedían perdón, a las que juzgaban y a las que comprendían, a las que despreciaban y a las que querían... Todas estaban fuera de su alcance y ella escapaba del dominio de todas, así que tanto daba si las reconocía como si no, igualmente les mostraba una sonrisa, por más que algunas la miraran como si la muerte caminara de su mano. Quizá lo hacía, después de todo.

Conoció la tristeza de los caminos olvidados, la silenciosa oscuridad de las sendas sin tránsito, de los recuerdos sin eco, de los llantos derramados; escuchó los siseos resabiados de las iras y los sollozos amargos de los pechos descarnados; se posó en los charcos embarrados de antiguas tormentas y de nuevas, donde las siluetas se diluían y se esfumaban las formas. Y allí saltó, saltó hasta desecar las minúsculas balsas, de ansiedad espesas.

Entrevió el brillo de los trayectos diurnos, intuyendo el relumbrar de algunos trechos, la brecha que se abría en las paredes verticales que la luz del sol a veces le descubría; eran veredas menos lóbregas, reverdecidas de primavera, sembradas de rocío, de brotes nuevos y coloridas rayuelas. Asomada a un brocal lanzó su bronce, pronunciando su capricho con arrojo.

Pero no estuvo a su lado la ventura: trechos, brechas y veredas no brillaban ese día para ella.

Sin mirar atrás, olvidando cuanto le estaba vedado, retornó valiente a la única senda que sus fatigadas piernas le permitirían recorrer. Con la vista al frente y la barbilla alta, sin miedo a la vida, sin miedo a la muerte, oteó el horizonte en busca del final de su camino. El viento helado la zarandeaba y los rayos parecían alcanzarla. La tormenta, que quería devorarla, se cerraba en torno a ella borrando las huellas del pasado al que ya no estaba unida.

Y desde la vorágine que se la tragaba, erguida, firme, inquebrantable y orgullosa, divisó la ciudad quieta, callada y sorda que la esperaba entre la niebla. Era una ciudad muerta, de roca, musgo, gatos negros y candelas. Los cipreses la bordeaban y el viento mecía sus ramas, encorvándolos como viejas espaldas gibadas.

La ciudad que sería su última morada cuando el cuerpo ya no fuera más su templo. Un espacio sin tiempo para descanso de los recuerdos. Todo como debía ser, como debe ser lo que no tiene solución.

Supuso que otras mujeres la habrían precedido en su viaje sin retorno. Imaginó cómo serían, cómo habrían sido si se las hubiera encontrado. Se preguntó qué lecciones habrían aprendido, cuáles habrían enseñado, si habrían luchado de pie para no morir arrodilladas, si sus manos habrían estado dispuestas a cobijarla, si se habrían amado, si alguna habría dejado algún rastro de su paso por el mundo...

Desnuda de temor ante la muerte, con los ojos abiertos para enfrentarse al vacío, los brazos dispuestos para recibir al destino y la mente clara para saltar al abismo, se abandonó tranquila a su precaria suerte. Todo cuanto había poseído quedó atrás y solo entonces, por una vez, toda ella se inundó de libertad.

Y cuando otros la llamaran bruja, ya no estaría allí para escucharlo. Aquella ofensa no la tocaría, pues tenía la certeza, más allá de la muerte, más allá de la vida, de haber hallado todas las respuestas en un viaje postrero y sin retorno del que solo ella había sido dueña.

Y en el último agujero de la tierra, donde polvo sus huesos se volvieran, quisiera ella que no hubiera nombres, tan solo una consigna en pocas letras: «Seguid el rumbo del viento con la mente vacía de miedo, el corazón repleto de amor y la firme convicción de haber sido libre para elegir vuestro destino».



# Ser gris

Qué inapropiado, que te guste lo contrario de lo que le gusta a todo el mundo.

A María Libertad De los Ángeles le pasaba eso, justamente. Cuando el día amanecía nublado, el cielo no se despejaba y el ambiente permanecía brumoso hasta que la oscuridad volvía a tragárselo todo, ella disfrutaba como nunca echándose a la calle y caminando hasta que había visto cuanto quería ver. Entonces regresaba a casa, satisfecha, y se alegraba de vivir en un lugar en el que el sol no tenía la costumbre de brillar. De hecho, en los últimos tiempos hasta parecía que había dejado de intentarlo.

Quizá este gusto por lo que para el resto era un inconveniente tuviera una explicación fácil de adivinar por cualquier observador atento. Cuanto más cubierto y carente de colores se mostraba el cielo sobre todas las cosas, personas y animales de la faz de la tierra, menos evidente era el monocromatismo de Marili, como su madre solía llamarla.

Porque, a pesar de ser una mujer joven todavía, a pesar de que nadie pudiera decir que no era hermosa y a pesar de ser esencialmente sensible y empática, Marili tenía un problema que arrastraba como un pedrusco atado a una soga: era total, absoluta e indiscutiblemente gris, en todos los sentidos. Una de esas personas que no molestan a nadie pero cuya presencia tampoco deja rastro. Una mujer que nadie parecía poder recordar con exactitud, a pesar de lo mucho que se esforzaba por participar en todas las convenciones sociales que se presentaban en su camino.

Se esforzaba de verdad. Siempre lo había hecho. Al menos, ya no podía recordar cuánto llevaba intentando hacerse un hueco. Pero nunca parecía conseguirlo. Era casi como si, en la repartición de cualidades sobrenaturales, a ella le hubiera tocado alguna especie de transparencia o de invisibilidad parcial.

Sus últimos intentos, después de descartar los cambios en su personalidad, que la hacían sentirse como una traidora a su propia esencia, habían ido

dirigidos a redefinir drásticamente todo su vestuario. Había probado con pantalones verdes, blusas violeta, abrigos azules y faldas amarillas. Hasta bragas naranja se había llegado a comprar, en un arranque hortera que de poco le había valido.

Pero siempre parecía pasar algo con todas aquellas prendas: las perdía, la lavadora las dejaba descoloridas, el perro de su vecino las hacía jirones accidentalmente... Solo las que iban en escala de grises parecían durarle. Al final, había desistido en todo, salvo en una cosa: sus zapatos rojos. Se había aferrado a ellos con tanto ahínco que ni se les había pasado por la cabeza abandonarla, por miedo a desatar su furia. Los llevaba siempre. Y los limpiaba y cuidaba escrupulosamente. Y los vigilaba como si la vida le fuera en ello. Así había conseguido que le duraran unos años, y eso la satisfacía.

Además, en el último mes se había obstinado en pintarse los labios de un color encarnado que le parecía que hacía juego con ellos. Inexplicablemente, a pesar de que en la perfumería le habían asegurado que era permanente, el color se desvanecía en cuanto salía de casa y y le daba el aire, o nada más pasarse la lengua por los labios, como solía hacer cuando estaba nerviosa por algo.

No obstante, ella perseveraba porque le parecía que era importante, aunque no fuera fácil de explicar. Se sentía impelida a mantener aquel logro personal, aquella particularidad que había logrado imponer en su persona a base de esfuerzo y de tenacidad. Porque renunciar a su querido color rojo era como aceptar que su vida iba a seguir siendo como siempre había sido, y eso le parecía tan desesperante que no podía soportarlo.

Ella no iba a ser el único punto gris en una familia de mujeres iridiscentes y cargadas de capacidades maravillosas que cualquiera ansiaría.

Su abuela había tenido el don de curar cualquier dolor con el simple tacto de sus amorosas manos. Al menos, eso era lo que ella recordaba, pues la había perdido siendo niña aún.

Su madre era capaz de adivinar lo que la gente pensaba, por mucho que se lo quisieran ocultar. Al menos, eso era lo que le hacía a ella cuando no quería hablarle de sus preocupaciones.

Hasta su propia hermana podía ver el futuro con sorprendente claridad. Al menos, lo había visto cuando le vaticinó que nunca encontraría pareja y se convertiría en una bruja solterona. Y eso que estaba enfadada cuando se lo

había dicho.

¿De qué podía presumir ella? De nada tan magnífico como todo aquello, desde luego. Lo único que hacía cada día era presentarse voluntaria en el comedor, meterse en la cocina y mezclar los ingredientes que le iban llegando de la manera más imaginativa que se le ocurriera.

Cierto que nadie tenía su toque para los pucheros. Ciertamente que quienes se acercaban a almorzar lo que ella hubiera cocinado siempre se levantaban con una sonrisa, como si el plato del día se convirtiera en aquello que más los deleitaba. Y ella sabía por qué.

Había dos razones, en realidad. Eran las dos máximas que ella siempre seguía cuando mezclaba y removía cualquier cosa al fuego: añadir los ingredientes en el orden que le dictara el corazón y transformarlos en algo inesperado mientras les canturreaba alguna cancioncilla popular de rima asonante. Eso nunca fallaba.

En cualquier caso, estaba acostumbrada a hacerlo todo sin esperar nada, a que nadie se percatara del esmero con el que trabajaba para los demás y a no recibir ninguna remuneración emocional.

Pero un día una pequeña desgreñada y con los ojos inusitadamente verdes se le coló en la cocina y se la quedó mirando como si la viera de verdad. Luego le sonrió y, antes de desaparecer por donde había aparecido, le aseguró que le encantaban sus zapatos de rubíes.

En el preciso momento en el que se sintió acompañada por aquella niña sin madre, en ese instante, Marili supo que en su vida todavía podía haber cambios importantes. Por lo menos, uno.

# Derretirse

Agosto nunca es un buen mes aquí. Los termómetro alcanzan su punto más alto, después de empezar a subir en abril y seguir, seguir, seguir subiendo...

A primerísima hora de la mañana, cuando el calor es todavía soportable, la gente suele salir de sus casas apresurada, tratando de resolver cuanto antes lo que sea que no pueda esperar hasta el día siguiente.

Eso es exactamente lo que ha hecho hoy Libertad González, aunque no le ha salido como ella esperaba. Se la levantado temprano, se ha duchado, ha desayunado un poco de café y se ha puesto algo de ropa ligera para salir a la caja de ahorros, a por dinero. En el mercado no se paga con tarjeta, esas mujeres no quieren ni saber lo que es un datáfono, y con razón. Así que necesitaba algo de efectivo y ha salido a buscarlo.

Al entrar en el cajero, un golpe de calor la ha sacudido. Le da el sol desde que sale, no hay quien pare dentro. «Podrían dejar la puerta abierta», piensa, pero luego se da cuenta de que no es posible, se cierra sola. Así que trata de acabar cuanto antes mientras nota cómo pasa la gente junto a ella, al otro lado del cristal. Coge su dinero y se lo guarda. Guarda la tarjeta. El cajero se llena de luces rojas. Se oye un murmullo de gente cada vez más alto, como si se estuvieran poniendo nerviosos. Y todo en un segundo. Trata de salir, pero la puerta no se abre. Estupendo.

Espera un poco, a ver si alguien sale a solucionar lo que sea que haya pasado. Tiene la frente perlada de sudor. Nada.

Se pega al cristal, a ver si puede ver qué está pasando en la oficina. Nada.

Esa puerta también está cerrada. El murmullo parece que venía del interior, pero se ha ido apagando. Entonces, será un fallo eléctrico. Qué mierda, con lo poco que fallaban las puertas cuando se cerraban con un simple pestillo.

Libertad abre el bolso y saca un abanico, porque le da la sensación de que

le falta el aire. Al hacerlo, de repente se da cuenta de que no está sola. Hay otra mujer en el cajero. Quizá la ha pillado esperando su turno. La saluda con amabilidad y, a cambio, recibe apenas un gesto cargado de mala leche. Lo que faltaba.

Nota cómo una enorme gota de sudor le baja por la oreja y se desliza hasta el lóbulo, goteando luego y dejando una mancha en su hombro. Se siente un poco avergonzada de sudar tanto. De un discreto vistazo, comprueba que la otra mujer está igual, o peor.

—Esperemos que nos saquen pronto —comenta, por romper un poco la tensión que se respira.

Normalmente, Libertad es una mujer positiva. Siempre trata de no dejarse arrastrar por las circunstancias, de tomarlo todo con calma y de ver el lado bueno de las cosas. Porque ha descubierto que así su vida es más fácil, que ella es más feliz y que merece la pena hacerse un poco la loca de vez en cuando. Pero hoy le está costando. No puede soportar tantísimo calor y tan poco aire, además de la pésima compañía.

—Estaremos aquí horas —dice la otra—. Y, si no, ya lo verás. Estos de los bancos son unos inútiles, no se merecen ni el sueldo que cobran...

Genial. Va a ser ese tipo de conversación. Libertad se arrepiente en el acto de haber abierto la boca pero, como ya no tiene remedio, intenta reconducir la charla.

—Los del banco no tienen la culpa, mujer. Ellos no se encargan de los circuitos eléctricos y esas cosas. Se encargan del dinero, nada más...

—Eso es, del dinero —dice la otra—. De robarnos nuestro dinero.

Libertad está a punto de desistir, pero no puede con algunas actitudes.

—¿Pero usted cree que estas personas roban algo? Si son empleados, trabajadores como cualquier otro. Los que roban no están aquí, señora, trabajando a cuarenta grados.

—Lo que usted diga...

La mujer desagradable deja de hablar y se pasa la mano por la frente, agobiada. Libertad la mira involuntariamente y se da cuenta de que tiene el pelo completamente empapado, como si acabara de salir de la ducha. Piensa en ofrecerle otro abanico que lleva en el bolso, pero luego se lo piensa mejor. No le apetece escuchar ninguna mala contestación. Si lo quiere, que lo pida. Está dispuesta a prestárselo.

Los minutos van pasando y nadie sale a liberarlas. El sol va subiendo y la

calle, de por sí ya poco transitada, se queda vacía. Lo que antes eran unos rayos de luz que calentaban el cajero automático se van volviendo una luz intensa que lo convierte en un horno. Libertad siente los primeros síntomas del mareo y lo único que puede hacer es seguir abanicándose, porque ni siquiera lleva una botella de agua en el bolso.

—¡Ya está bien! —explota, de repente, la otra mujer—. ¡Podrías prestarme el abanico un rato! ¿No ves que lo necesito más que tú?

Y es la verdad. La otra mujer está sudando tanto que, además del pelo, tiene la ropa totalmente empapada. Hasta parece que le gotean las yemas de los dedos. Pero a Libertad le ha molestado mucho que le chille. Ella nunca usa ese tono con las personas y, desde luego, la incomoda mucho que lo usen con ella. Así que, por un momento, se queda bloqueada, sin hacer nada, sin contestar.

—Desde luego... ¡Eres como tu madre, una pánfila! —insiste la otra, en el mismo tono.

—¿Qué sabrás tú de mi madre? —se decide al fin a contestar, tan indignada como sorprendida. No da crédito a lo que le está pasando.

—¡Pues todo, boba! ¡Lo sé todo! —Está claro que no piensa bajar el tono—. ¿Sacas ya ese abanico?

Libertad echa un vistazo a la mujer. Está empezando a preocuparse. Está tan empapada que ha empezado a hacer un charco en el suelo.

«¿No se habrá meado?», piensa, pero no es así, en absoluto. Lo que ocurre es que está sudando tanto que hasta da la sensación de estar empequeñeciéndose. Decidida a ser la persona que ella quiere ser y no la que las circunstancias obliguen, busca el abanico y se lo cede a la otra, que lo abre de inmediato y comienza a hacerse aire con ímpetu. Pero parece que no funciona. Es como si hasta el pequeño esfuerzo de mover el brazo para abanicarse la hiciera producir más calor y sudar más.

—Esto no funciona... —le dice, aún con mal genio pero sin fuerza, ya. Su voz parece estar desinflándose poco a poco y, con ella, su mal genio.

Libertad se apiada y comienza a mover su propio abanico en su dirección. Confía en que no tardarán en sacarlas de ahí. Seguramente, los de la oficina ya habrán dado aviso y alguien estará a punto de hacer algo. No puede permitir que cunda el pánico, por mucho que la otra la esté crispando hasta el límite de su paciencia. Además, ya se encuentra algo mejor así que tiene que encargarse de ella, porque su aspecto cada vez es más preocupante. No cabe

duda de que está mermando... ¿Estará agachada?

—¿Qué miras? —le dice entonces la desinflada, con una vocecilla aguda que sigue siendo insoportable.

—La miro a usted —responde Libertad, que ya tiene una edad como para callarse a todo—. ¿Se encuentra muy mal?

—Pues claro que me encuentro muy mal, ¿no lo ves? ¡Que me estoy derritiendo!

Libertad no puede evitar que le dé la risa solo de pensarlo, pero ese gesto hace que la mujer monte en cólera y empiece a gritarle. Cuanta más fuerza hace para gritar, más parece encoger y más crece el charco que hay a sus pies. Pero el chorro de palabras no cesa. Que si esto, que si lo otro...

Libertad se pregunta cómo, en ese momento terrible, la otra puede tener ganas de soltar todo lo que está soltando por esa boquita. Y solo se le ocurre una respuesta: algunas arpías lo son hasta el final.

Sin darse cuenta, escuchando con todo el respeto que ha podido reunir, Libertad se ha ido agachando sobre la otra con una mezcla de curiosidad y estupor. El sonido de su voz se ha ido agudizando hasta convertirse en un ruido molesto de fondo. Luego, ha dejado de escucharse.

«¡Qué descanso!», piensa Libertad, tomando aire como si fuera por primera vez. No lo habría podido soportar ni un segundo más.

Entonces, tal como ella había pensado, dos muchachos se acercan al cajero y la sacan de allí en un periquete.

# Escurrir el bulto

Ninguna de las dos estaba segura de la cantidad de polvo blanco que había que añadir al enorme caldero cuyo contenido parecía removerse mágicamente mediante un batidor que no paraba de dar vueltas.

Desde su posición, no podían ver con claridad cuánto estaban poniendo las demás y, por muy ridículo que pueda parecer, a las dos les daba vergüenza reconocer que se les habían olvidado las proporciones que les habían repetido tantas veces.

La jefa, aquella vieja bruja zarrapastrosa, estirada y más agria que un fermento, se paseaba por la gran sala mirándolo todo con la precisión de un radar, metiendo sus dedos de garfio en todas partes y arrugando la nariz como si estuviera oliendo mierda.

Liber y su compañera, Purita, estaban empezando a ponerse nerviosas. O lo solucionaban como fuera, o reconocían que no recordaban las medidas delante de todas las demás.

—¿Qué hacemos? —dijo Purita, que era más jovencita y más tímida y no se le ocurría otra cosa que encomendarse a la decisión que tomara la otra.

—No quiero pedirle ayuda a la vieja... —reconoció Liber. Desde el primer día se había sentido a disgusto con esa mujer omnipresente cuya principal ocupación parecía ser sacar defectos al trabajo de todas las demás—. Tendremos que hacerlo a ojo.

Purita, que sujetaba en la mano izquierda el pesado saco, asintió y lo acercó al caldero, vertiendo parte de su contenido dentro.

—Un poco más —dijo Liber, mirando desde la otra orilla—. Más, sigue un poco... Ya.

El batidor seguía moviéndose y el polvo blanco empezó a integrarse en la mezcla de ingredientes, cada vez más espesa y reseca. El brazo mecánico apenas era capaz de mover la masa, que comenzó a resquebrajarse y agrietarse por la falta de humedad. Las dos mujeres se miraron compungidas, sabedoras de que la habían cagado bien cagada.

Para colmo de males, la vieja bruja estaba cada vez más cerca y acababa de regañar a dos compañeras por añadir sus ingredientes demasiado deprisa, sin esperar a que se fueran mezclando. Si eso era solo por no esperar, cuando viera la que habían organizado ellas montaría en cólera.

Despiadada e inmovible, la bruja levantó la cabeza directamente hacia Liber. Echó a andar en su dirección y frunció el ceño, intuyendo que algo no iba bien. Liber, que siempre había estado en paz con su conciencia por el modo en que trataba a los demás, empezó a ponerse nerviosa. Se le aceleró la respiración, rompió a sudar, se le olvidó respirar y se puso tan roja que parecía que iba a darle algo. Atemorizada por la que se les venía encima, se dejó llevar por el pánico y antes de darse cuenta de lo que hacía, subió la voz justo a tiempo para cagarla por segunda vez en pocos minutos.

—¡Ya te has *cepillao* el caldero de galletas, Purita! —dijo, ante los ojillos atónitos de la pobrecita jovencita Purita.

La jefa se paró delante de ellas con los brazos en jarras, echó un vistazo al engrudo del caldero y negó con la cabeza con evidente disgusto, mirando luego a Purita como si esperara una explicación por su parte. Ella, con las lagrimitas a punto de dejarla en evidencia, miró primero a la jefa y después a su compañera traidora; se quitó el delantal, se dio media vuelta y salió de la sala sin decir una palabra, camino del baño y dispuesta a pegarse un «panzón» de llorar.

—Cuando venga, que lo limpie y empezáis otra vez —dijo la bruja—. Y le dices que la harina y el azúcar van de su paga...

A Liber se le cayó el alma al suelo. Podrida, rancia y envenenada se sintió, después de lo que acababa de hacer. Detrás de la jefa, que seguía mirándola y esperando una respuesta, vio que Valentina le hacía gestos desde su propio caldero de masa de galletas. No había duda, las había oído, lo sabía todo. ¡Qué vergüenza de sí misma! No podía dejar las cosas así...

—Ya lo hago yo... —dijo, mucho más bajo de lo que había hablado antes.

—Que lo arregle la que lo ha estropeado —escupió la bruja, que tenía el oído más fino que un gato.

—Pues eso, que ya lo limpio —insistió Liber, encendida como un pimiento—. Y lo otro... me lo quitas a mí.

—¿Qué dices? —preguntó la vieja, tirándose de la oreja con intención.

—Que me lo cobres a mí —repitió Liber, un poco más alto, mientras Valentina la observaba de reojo.

—No te entiendo, niña. —Parecía que la bruja se estaba burlando de ella. ¿Cómo no iba a entender lo que le estaba diciendo?

—¡Que me cobres la puñetera masa! —gritó entonces, a punto de hervir de apuro—. Que Purita no ha sido, que la culpa ha sido mía...

La vieja rió con ganas y Liber agonizó de vergüenza delante de todas sus compañeras. Desconectó el brazo mecánico y lo levantó para vaciar el caldero de aquel engrudo que ya no tenía arreglo. Poco a poco, las demás mujeres volvieron a su propia tarea y dejaron de prestarle atención, de modo que pudo respirar un poco. Cuando ya parecía que todo volvía a su cauce, la jefa se acercó un poco a ella y se agachó junto a su oreja para hablarle.

—Mira tú por dónde, yo velo por que funcione un negocio que os da de comer a todas, y tú por salvar tu culo, ¿no? A ver quién es más bruja...

Después, se alejó de Liber para seguir vigilando los calderos mientras su risa gutural resonaba en la sala provocando escalofríos en todas las trabajadoras.

# Volar contigo

¿Conoces esa sensación de que todo en tu vida es de color negro, de que tus problemas te ahogan y no puedes encontrar una salida? ¿Te sientes como si lo único que tuviera sentido fuera volver a la cama, taparte la cabeza con las mantas y no volver a levantarte... nunca? ¿Has sostenido en la palma de tu mano un *blister* de pastillitas blancas tratando de decidir si tomas una o te las pones todas en la boca y que salga el sol por donde quiera? Si has contestado que sí a una o más de estas preguntas, estás en disposición de comprender todo lo que voy a relatarte, amén de necesitar unas cuantas sesiones con un buen terapeuta<sup>[11]</sup>.

Hay veces en que la vida te sonrío tanto que te da miedo<sup>[12]</sup>. Todo va tan bien que no puedes creerlo y te preguntas en qué momento se acabará tu buena suerte. Porque la buena suerte tiende a gastarse pronto<sup>[13]</sup>, por justicia cósmica o por perrería divina. Ya sabes, como si hubieras sido tan feliz que el resto de tus días tuvieran que compensarse siendo una auténtica mierda.

Eso es exactamente lo que me pasó a mí. Así lo veía yo, aunque ahora soy capaz de encontrar algunas otras perspectivas. Pero hubo un momento en el que no fue así, en el que apenas me quedaba fuerza para seguir moviéndome y no digamos para tratar de encontrar la felicidad.

Cuatro o cinco meses después de divorciarme toqué fondo. No hay otra forma de describir lo que me pasó. Literalmente, llegué a lo más bajo cuando me caí en un socavón mientras caminaba con los ojos llenos de lágrimas. Ni fuerzas tuve para tratar de levantarme. Solo me quedé allí, magullada y adolorida, hasta que alguien se dio cuenta y pidió ayuda para sacarme del agujero.

Me quería tan poco que ni siquiera sentía vergüenza por dar una imagen

tan patética. Había perdido al compañero de mi vida, al hombre con el que había pasado los últimos diez años, con el que había compartido un proyecto que ya jamás se materializaría. Me había dejado porque se aburría. No porque hubiera otra mujer. Ni el consuelo de odiarlo por eso me había quedado. Solo se aburría. De mí. De estar conmigo. Pingüe suerte había tenido yo con el matrimonio.

Ese era mi dolor más acuciante. Pero había más: al no tener hijos, habíamos malvendido el domicilio conyugal y yo me había tenido que buscar un alquiler porque, rondando los cuarenta, no me apetecía volver a casa de mis padres. Mi sueldo no era tan bueno como el de mi exmarido<sup>[14]</sup>, el piso se lo comía casi todo y las facturas terminaban de asfixiarme. Apenas conseguía llegar a fin de mes y, aunque eso no me dolía tanto como el rechazo, se había convertido en mi principal problema. Y como no hay dos sin tres, al poco de vivir sola descubrí la última (pero no por ello menos importante) complicación que había surgido en mi vida. Vivir así no me estaba ayudando. Muy al contrario, la soledad me estaba dando la puntilla<sup>[15]</sup>.

Despechada, pobre como una rata y más sola que la luna<sup>[16]</sup>: así me lucía el pelo. Nunca en mi vida hasta ese momento había pensado que fuera a verme en la tesitura de dudar si seguir viviendo valía la pena, por muy dramático que suene. Pero así era, porque así lo sentía yo. Todas mis ganas se habían resecado, hasta las de estar furiosa con el mundo. Todos mis planes se habían esfumado, aun los más inmediatos. Toda mi familia me observaba aterrada, incluso los parientes más lejanos.

En este patético escenario, yo me sentía vapuleada, humillada, arrastrada, engañada, estafada y tan triste que apenas lograba pasar un solo día sin inflarme a llorar. Mi madre trataba de tirar de mí, pero estoy segura de que era yo quien la estaba arrastrando a ella conmigo. No la culpo por haberse soltado y haber vuelto a la superficie. Al fin y al cabo, alguien tenía que conservar la cordura. Solo que, en lugar de tirar la toalla, fue en busca del resto de mi familia y así, en plan clan, me sacaron del servicio de urgencias donde la ambulancia me había llevado después de mi penoso tropezón.

Fuimos a casa y nos sentamos todos en la gran mesa del comedor de mis padres. Yo estaba encantada por ser el centro de atención<sup>[17]</sup>. Tanto, que escuchaba embelesada cómo todos intervenían a la vez en mi desastrosa vida para imponerme una solución que yo no había sabido encontrar por mí misma. Su mensaje era claro, sencillo y contundente: necesitaba apoyo

profesional, ellos no estaban capacitados para ayudarme a salir de aquel bache o procurarme el mejor asesoramiento. Ante mi resistencia a sentarme frente a un desconocido a vomitar las hieles de mi malograda vida<sup>[18]</sup>, mi familia se mostró unida, decidida y firme. Había un terapeuta de renombre, con experiencia en casos de depresión por abandono, a una hora y media de avión<sup>[19]</sup>. ¡Ahí encontré yo un clavo adónde agarrarme, al no tener ni uno para pagar el billete<sup>[20]</sup>! Pero ellos se las sabían todas: el pasaje estaba reservado y abonado, no tenía escapatoria.

Agotada por mi débil intento de resistencia a la presión de grupo, cedí, mostrando a la vez lo razonable que estaba siendo con ellos y la escasa voluntad que tenía para mantenerme firme en mis preferencias. El avión salía en dos días y a mi padre le había tocado en suerte acercarme al aeropuerto. El trayecto sería un no parar de charlar de nuestros sentimientos y la despedida, un despliegue de muestras de cariño y prolongados abrazos<sup>[21]</sup>.

Tal como lo cuento, pero todo lo contrario, allí me dejó con una maleta de cabina y el pasaje en la mano. Me sentía como una chiquilla expatriada: sola, desprotegida y asustada<sup>[22]</sup>. Sin más tardar subí al avión porque, como no facturaba equipaje, a mi padre (hombre práctico donde los haya) le había parecido buena idea llegar justitos para evitar la espera. Y allí me vi, cerrando el compartimento sobre mi asiento y colocándome en él a verlas venir.

La suerte quiso que no tardara mucho en aparecer la que iba a ser mi compañera de vuelo. Ya estaba yo buscando en mis bolsillos un pildorín que paliara la creciente ansiedad del inminente despegue cuando apareció ella, distrayéndome hasta tal punto su presencia que llegué a olvidar lo que había estado haciendo.

Dijo que se llamaba Libertad y enseguida empecé a comprender por qué. Desde su piel oscura hasta su indómito e intrincado cabello, todo en ella rezumaba una fuerza tan antigua y primaria que enseguida mi cerebro reptiliano la asimiló como líder de mi manada. Charlamos un rato, no recuerdo qué pude contarle. Sé que me escuchó, porque sus palabras, después, eran acertadas y cabales. Habló pausadamente, inculcándome una tranquilidad que hasta ese momento yo no había sido capaz de encontrar en ningún lado. Me ofreció consuelo y me hizo el mayor de los regalos: un cumplido a tiempo.

Tratar de explicar cómo la presencia de una persona puede cambiar tu vida es algo que excede con creces la magnitud de este relato. Tratar de plasmarlo

en hechos es mucho más asequible. Así que allá van: hablamos durante todo el vuelo, me enamoré<sup>[23]</sup> de su profunda sabiduría, el avión aterrizó, lloré pensando que no volvería a verla, me invitó a pasar unos días con ella, acepté, olvidé el motivo original de mi viaje e incluso que hubiera algún motivo para nada en esta vida, y me quedé en su casa.

Recuerdo cómo reconstruyó mi alma a fuerza de tisanas, cómo sanó mi cuerpo con abrazos a deshoras, cómo ordenó mi mente con palabras llenas de significado. Y, varias semanas después, cómo me puso en marcha para seguir mi propio camino. No recuerdo su dirección, aunque jamás olvidaré su casa; no conozco su apellido, aunque aún puedo ver su cara; no sé más de ella que ella de mí, pero nos hemos llamado hermanas. Solo somos dos mujeres: ella Libertad, yo Renata.

# Jugarse la eternidad

Libertad Ordoñez y García de Vicuña no se había desnudado delante de un hombre en toda su vida. A pesar de haber superado una intervención de apendicitis, de haber estado casada dos veces y de haber parido en total cinco hijos, a sus noventa y ocho años había logrado evitar con éxito en cada una de esas ocasiones el hecho vergonzoso e impúdico de quitarse la ropa y quedar expuesta delante de cualquiera, como su madre le enseñara siendo niña.

La madre de Libertad, doña Martirio García de Vicuña, de soltera Martirio Fernández, era la última hija de un matrimonio que llevaba años saliendo adelante gracias a que alojaban huéspedes en dos cuartitos que tenían sobre sus habitaciones. Se había casado con su esposo, un posadero con visión de futuro y agallas empresariales, a los trece años, y mientras él se ocupaba de sus deberes y obligaciones como hombre de negocios, al principio ella seguía saliendo al patio a jugar a las muñecas con las otras niñas. Pero solo al principio.

Enseguida le sobrevino la certeza de lo que era un matrimonio. Parió cuatro niñas y se ocupó muy bien de hacerlas aprender las buenas costumbres y maneras, así como el pudor y el recato, imprescindibles para ser una esposa dócil y bien valorada. De las cuatro, solo se casó una, Libertad, que siempre le había parecido la más díscola y la que menos tenía en común con ella.

Poco podía imaginar doña Martirio los esfuerzos que su hija había hecho, tratando de estar a la altura de las exigencias morales que se le habían inoculado. Ni le importaba. Ella no tenía que imaginar nada, sabía muy bien lo que había que saber, y con eso bastaba. Murió siendo considerada la anciana más sabia del asilo.

Pese a todo, Libertad se había seguido conduciendo con el mayor decoro, por la memoria de la difunta y porque, mayormente, no sabía cómo hacerlo de otra manera. Y en sus casi cien años, pensó, no le había ido mal, ¿verdad?

Aquella noche, sola en casa de su hija Felicia, que había salido a una cena de aniversario a la que ella había declinado cortésmente acudir porque ya no

podía apenas salir de casa, comenzó a sentir una desazón hasta entonces desconocida. Lo que había empezado como los primeros síntomas de una indigestión repentina se había ido convirtiendo en un malestar general que se concretó en unas palpitaciones acompañadas de un sudor frío. Entonces sí, se preocupó.

Se levantó del sofá, consciente de pronto de que había llegado su hora. ¿Cómo lo supo? Porque lo supo, sin más, y porque no había nadie para llevarle la contraria. Apretó el pulsador que llevaba colgado del cuello y dio aviso de socorro a la voz amable que le habló desde el otro lado del teléfono.

Después, sabiéndose sin tiempo, se puso en paz con su dios y se arrepintió de antemano del acto de rebeldía última que estaba a punto de cometer. Apenas tuvo fuerzas para acercarse a la puerta y dejarla entreabierta, sujeta por una de sus zapatillas de casa. Luego, volvió a la cama.

Cuando los servicios de urgencias llegaron, la encontraron tendida sobre el edredón, con los brazos sobre el pecho, trabadas las manos en torno a un rosario de cuentas nacaradas. Había en su rostro una paz inconfundible de quien ya no está en este mundo y no se deja nada pendiente, de quien no ha sufrido, de quien se va tranquila y con la última voluntad bien cumplida.

No llevaba nada puesto.

# Saber

Todos los viernes cenamos comida china. Desde hace un par de años. Reiterativo, ¿verdad? Desde un punto de vista nutricional, todo un despropósito, una fiesta de la grasa y los carbohidratos que pasa factura a mi organismo, al cual cada sábado trato de compensar yendo a dar un paseo matutino, bebiendo tanta agua como puedo y limitándome a comer una ensalada verde. ¿Merece la cena del viernes todo ese esfuerzo de desintoxicación? Todo parece indicar que sí, porque ninguno de los dos hemos puesto remedio a nuestra gula oriental.

Acabo de vaciar la ración de fideos en el plato y me dispongo a alardear de mi habilidoso dominio de los palillos como arma de deglución masiva cuando Jaime decide que vamos a entablar una conversación densa y complicada para amenizar nuestra cena, de otro modo tediosa, por lo visto.

—Libe, tenemos que hablar.

Por hacer honor a la fama de analítica que me precede, rápidamente disecciono en mi mente las posibilidades que lo han podido llevar a semejante proposición. De inmediato descarto las buenas noticias. No es un buen disimulador, no sería capaz de mantener esa mirada inexpresiva si le hubieran dado un ascenso, si nos hubiera tocado una de esas loterías que se empeña semanalmente en jugar con inútil resultado o si se diera cualquier otra situación que variara al alza nuestro poder adquisitivo. De modo que es algo malo. Eso me deja un amplio abanico de opciones que aún puedo limitar más atendiendo al grado de gravedad.

No parece una enfermedad terminal, nunca ha tenido sangre fría para las desgracias. Sus padres murieron hace tiempo, así que tampoco es eso. Por otro lado, sé que no estamos en bancarrota, compruebo nuestras cuentas semanalmente. No se trata de algo irremediable, entonces.

Pero él permanece muy serio mientras pienso, a la vez que empiezo a saborear los fideos, antes de que se enfríen. Si no es irremediable, bien podré comer mientras hablamos. Será algo grave, pero no un desastre absoluto.

Creo que me mira con su cara de desagrado. Hay algo que no le gusta. No es la cena, él mismo la ha encargado. No es el piso, siempre alardea de la buena compra que hicimos.

De acuerdo. Soy yo. No le gusto yo, es evidente. No comprendo cómo no me he dado cuenta antes. Nuestra relación no le satisface.

—Vas a dejarme —respondo, exponiendo la obvia conclusión de mis pesquisas mentales.

—Odio que hagas eso.

—¿El qué?

—Adelantarte a lo que los demás queremos decir.

—No podía ser otra cosa.

—¿Eso crees?

—Eliminando las demás opciones, queda solo la verdadera.

—No soporto que analices la vida en términos de opciones verdaderas o falsas.

—Es la única forma de analizarla.

—No hace falta analizarla, sino vivirla.

—Para poder vivirla, hay que analizarla.

—No estoy de acuerdo.

—Eso es irrelevante...

—¡Y una mierda!

—Ejem... —Toso de forma notoria, para hacerle ver lo inapropiado de su lenguaje y la falta de respeto hacia mi persona.

—Tose lo que quieras, estás diciendo bobadas.

—¿Ahora ser racional se equipara a ser boba?

—No uses la dialéctica contra mí, por favor.

—¿Qué tengo que decir para que lo consideres adecuado?

—¿Hablas en serio? —Abandona definitivamente los palillos y la cena, que aún no había tocado.

—Completamente. No quiero pelear contigo.

—Entonces no te comportes como si estuvieras por encima de todo, como si lo único importante fuera averiguar la opción correcta en cada momento, qué decir, qué hacer... La vida no es un algoritmo y yo tampoco.

—Desde luego que no... —Sonrío, divertida—. Un algoritmo es...

—Ya sabes lo que quiero decir. No me apliques reglas matemáticas, o estadísticas, o lo que sea que uses para compartimentarlo absolutamente todo.

—Todo es más sencillo cuando está bien ordenado. Yo soy así —le digo, sin intención de disculparme.

—Exacto. Eres así. Y no lo soporto.

—¿Qué quieres hacer?

—¿Te importa de verdad?

—Claro. Te lo he preguntado, ¿no?

—¿Qué es lo que te importa?

—¿Cómo dices?

—Digo que si te importa lo que siento por ti o solo te preocupa el hecho de que tu vida esté a punto de desorganizarse.

—Eso no tiene sentido. Las dos opciones son una misma cosa. Dependiendo de lo que sientas por mí, mi vida tomará un orden u otro. Es un silogismo que...

—Tampoco soporto los términos lógicos, Libe. Trata de no aplicármelos.

—No me lo estás poniendo fácil. Anulas todos mis argumentos.

—Ya te he dicho que no quiero que uses tu pensamiento analítico conmigo. Eso es exactamente lo que nos llevado hasta este punto. Estaría bien que te dieras cuenta.

—No veo adónde quieres llegar.

—¿En serio? ¿Tu mente preclara te falla cuando se trata de sentimientos? ¡Qué sorpresa!

—Ahora eres sarcástico.

—En efecto.

—Por favor, ¿puedes ser claro? Me gustaría saber por qué vas a dejarme.

—Porque no puedo creer, aunque te conozco hace años, que seas capaz de usar un tono neutro para preguntarme por qué te dejas. Me hace sentir que no te importa nada. Lo mismo que hace un momento, cuando he dicho que teníamos que hablar y has empezado a pensar en lo que te iba a decir. No puedo creer que no se te pase por la cabeza preguntármelo directamente y con cierta preocupación, como cualquier persona.

—La preocupación se difumina cuando aclaras las posibilidades.

—Libe, deja eso, por favor. Estoy cansado de sentirme solo, de que desmenuces todo lo que digo, de que conviertas cualquier conversación en un debate dialéctico y de que me juzgues bajo parámetros científicos que podrán ser útiles con ciertos elementos del universo, pero que están muy lejos de poder explicar el comportamiento de las personas. Eres una mujer muy

inteligente, más que la mayoría. Atesoras conocimientos como si no hubiera un mañana, tu mente debe de ser todo un prodigio, pero dejas mucho que desear como pareja.

—¿Puedo responder o no te gustará diga lo que diga?

—No me gustará, pero puedes responder, desde luego.

—Soy lo que soy y no voy a pedir perdón por algo que no puedo evitar. Esa es mi forma de enfrentar mi vida, analizándola y criticándola para poder comprenderla. Como has dicho, valoro el conocimiento por encima de la mayoría de las cosas, pero eso es algo por lo que tampoco voy a disculparme. Mi conocimiento es fruto de mi esfuerzo y su magnitud, de mis posibilidades genéticas. Yo soy así y he sido así desde que me conociste.

—Eso no es cierto —me dice, y detecto una variación en su gesto, de enfadado a triste.

—Sí que lo es.

—Desde luego que no. Siempre has sido inteligente, eso está claro, pero cada vez te alejas más de lo que yo esperaba que fuera nuestra vida en común.

—¿Qué es lo que esperabas?

—Amor. Cariño. Comprensión y complicidad.

—Siempre he intentado comprenderte...

—Sí, de eso estoy seguro. Lo mismo que tratas de comprenderlo todo. Pero lo demás...

—Te he dado amor.

—¿Estás segura? Porque para poder dar amor tienes que amar. ¿Tú me quieres, Libe?

—Si no te quisiera no viviría contigo, ¿no?

—No lo sé. Debería ser así, pero no estoy seguro.

—¿De qué?

—De ti. De tus sentimientos.

—No tengo ninguna forma de demostrarte lo que siento por ti. Yo te digo que te quiero y tú puedes creerlo o no creerlo, pero yo no puedo hacer nada más.

—¿Estás de broma? —explota, empujando la silla del comedor al echarse hacia atrás—. ¿Cómo no vas a poder demostrar que me quieres? Hay mil maneras de demostrar el amor a una persona. Un abrazo, un beso, una caricia, unas palabras...

—Eso no es más que una falacia —trato de explicarle—. Yo podría darte todo eso y no sentir absolutamente nada por ti. Esas cosas no demuestran nada. Lo único que se puede hacer cuando quieres a alguien es decírselo y esperar que te crea, que confíe en ti.

—Eres muy inteligente, pero no sabes nada de lo que realmente importa.

—¿Qué es lo que importa?

—Todo... Las personas, los sentimientos, las relaciones. No sabes nada de cómo tratar a los demás. Eres demasiado fría, apartas de ti a la gente. Es como si nadie pudiera llegar a tu corazón. Me pregunto si de verdad tienes uno. Y no vayas a responder que si no lo tuvieras no podrías estar viva, sabes que estoy hablando metafóricamente. No me gusta en quién te estás convirtiendo, cada vez te reafirmas más en tus rasgos negativos. En el tiempo que llevamos juntos has dejado de ser divertida, te has vuelto reservada, maniática, me controlas como si fuera un niño... ¡Te has convertido en una bruja!

—Creo que te estás pasando. No es necesario que me insultes para que comprenda por qué me dejas. Yo nunca te he faltado al respeto.

—Hazlo, por favor.

—¿Cómo?

—Que me insultes. Llámame lo que quieras, chilla, trata de ofenderme por despecho, intenta cruzarme la cara de un tortazo... Haz algo, por favor. Provoca una de esas discusiones en las que la gente se tira los trastos a la cabeza, destruyamos el comedor a golpes, hagámonos tanto daño que solo podamos arreglar nuestros pedazos rotos acostándonos juntos a lamer nuestras heridas. Haz todo eso y no te dejaré.

Por un instante, mi cerebro visualiza la situación que él ha descrito. Veo saltar por los aires la vajilla que elegimos cuando empezamos a vivir juntos, la comida china deslizándose por el papel de las paredes, las copas de Bohemia hechas pedazos y el vino derramado sobre la inmaculada lana de la alfombra a nuestros pies. Me veo gritando, insultando al hombre que ha vivido junto a mí los últimos años, tratando de hacerle daño, incluso de golpearle, aunque su fortaleza no me permitiría ni llegar a tocarle. Veo todo eso como si estuviera sucediendo de verdad, en otra vida, en una realidad paralela.

—No puedo hacerlo —confieso con sinceridad.

—Lo sé.

Hay decepción en su mirada cuando se levanta y deja la servilleta sobre la mesa, junto al plato de comida intacta. En silencio, conteniendo esa pasión que lo devora, sale del comedor anunciando que se marcha. Por una vez, mientras recapacito tratando de ver una lógica en lo que ha ocurrido, siento el peso de toda mi cognición como un lastre que me impide llevar una vida normal.

# Ser hermanas

Estaba casi del todo segura de que iba a pasar.

Sí, apenas tenía una pequeña duda, fácil de ignorar, por otra parte. Era mejor de lo que hubiera llegado a esperar. Era lo mejor que podía pasarle en aquel momento. Lo necesitaba mucho más de lo que había creído, pero no se había permitido ni imaginarlo, por temor a terminar haciéndose daño.

Sin embargo, ahora que tenía la certeza interior de que estaba a punto de suceder, la esperanza se había apoderado de todo su ser provocándole una repentina mejoría de lo que la había puesto enferma: la soledad.

Llevaba ya demasiado tiempo sin saber lo que era el calor de la familia. No podía culpar a nadie más que a sí misma, por supuesto, pero la carga había empezado a ser tan pesada que la estaba aplastando. Hacía tantos años que se había marchado, tantos inviernos sin encontrar la manera de templar el frío que rodeaba su corazón...

Pero había tenido que hacerlo. No le había quedado más remedio. Había sentido que su única opción era marcharse de allí, si bien se había estado arrepintiendo desde el mismo momento en que había salido de casa con la firme intención de no volver jamás.

¿Por qué había tomado aquella decisión? Era muy difícil explicarlo. Para poder hacerlo, primero tendría que aceptar una parte de sí misma con la que llevaba luchando desde que tenía memoria. Una parte de la que nunca había hablado con nadie. Algo que la hacía tan diferente a las demás que no le permitía mezclarse con ellas como si no pasara nada.

¿Qué estaba pensando? ¿Es que acaso iba a permitirse abrir aquella puerta? Sí, tal vez. Si no lo hacía ahora, empoderada por lo que estaba a punto de ocurrir, seguramente perdería la mejor oportunidad que nunca había tenido de reivindicar quién era ella, cómo era en realidad. Y la realidad era tan oscura que tendría que cavar muy hondo en su conciencia para poder

explicársela a sí misma. Tendría que empezar por dar crédito a cosas que contravenían las más elementales normas de la razón.

Se había levantado de la cama absolutamente convencida de que algo no iba como tenía que ir. A medida que avanzaba la mañana, ese algo había ido tomando forma hasta convertirse en una idea que la había hecho casi reír, de tan absurda.

Y sin embargo, durante la tarde no le había quedado más remedio que aceptar que sí, que era la verdad, que eso era exactamente lo que pasaría en el transcurso de unos pocos días. Al fin y al cabo, no era la primera vez que se adelantaba a los acontecimientos, aunque nunca había sido tan consciente de estar recibiendo información sobre un hecho por venir. Lo habitual no era eso, sino que lo que ella consideraba su locura se manifestara en forma de una abrumadora conexión telepática, o sentimental, o enérgica, vete a saber. Un lazo que aparecía de vez en cuando con algunas personas especiales y que hacía que ella sintiera con claridad lo que fuera que les preocupaba y las hacía desgraciadas.

Madre mía. No podía creer que estuviera pensando en esos términos. Puede que se hubiera vuelto loca de tanto rehuir a los demás, ¿no? Que hubiera perdido la salud mental hasta el punto de imaginar capacidades mágicas que justificaran el hecho de haberse marchado de casa cuando las cosas se habían torcido.

La mayor parte del tiempo, se decía a sí misma que se había ido porque ellos no la comprendían y no podían con quien ella era. Pero puede que la verdad fuera que los había dejado porque no soportaba compartir constantemente su dolor y su malestar, sin poder cortar nunca aquel cordón umbilical que no la dejaba levantarse del fango. Y sin poder explicar a nadie que aquello no era empatía, sino una fuerza mucho más poderosa y más destructiva que ella no comprendía y cuyo origen le resultaba un misterio.

Por eso se había escapado, ahora lo veía claro. Y había descubierto, con horror, que la distancia no borraba el vínculo, aunque lo atenuara haciéndolo más llevadero.

Había vuelto a pasarle, estando ya lejos de su familia. Había flaqueado y se había permitido acercarse tanto a algunas personas, que el lazo había

aparecido y había tirado de ella más veces. Y lo había destruido todo, porque nadie puede soportar sentir el dolor de otra persona y saber que la causa es una misma. Quizá si se hubiera esforzado en mitigar el malestar de los demás, su capacidad habría sido un don y no una maldición. Pero nunca había aguantado lo suficiente como para hacer la prueba.

Entonces, ¿qué? ¿Lo suyo qué era? ¿En qué narices la convertía el hecho de asumir que podía sentir el dolor ajeno como propio y, últimamente, por lo visto, prever el futuro con claridad?

No quería saberlo. Estaba cansada de pensar, de dar vueltas a sensaciones tan íntimas y que había escondido durante la mayor parte de su vida. Aquel día ya había llegado muy lejos en el camino de conocerse a sí misma. Le parecía que si seguía elucubrando ella sola sus hipótesis no tendrían fin y la línea de su cordura acabaría de verdad desdibujándose, con lo que le había costado mantenerla a raya.

En cualquier caso, eso ya apenas tenía importancia. No con lo que le deparaba el futuro. Porque, tras años de escapar del contacto humano, de correr sin mirar atrás, de que el miedo al dolor le impidiera quedarse en ninguna parte, por fin, en un par de días, su hermana la iba a encontrar.

La sentía cada vez más cerca, su presencia más potente, su luz arrasando con todas las sombras que provocaban sus lágrimas. Y, por primera vez, no sentía su sufrimiento, sino una gran ola de paz que la atraía como el vacío a los cuerpos celestes.

# Envidiar

Lola siempre se había caracterizado por una incómoda tendencia al anhelo de cuanto objeto, cualidad o rasgo físico poseyeran sus semejantes, aunque no fuera en realidad deseable.

Ya en el colegio, las monjas habían manifestado abiertamente su preocupación por ciertas actitudes que traspasaban, más que rayar, los límites de aquel pecado capital que tanto se esmeraban ellas en diluir, retiros y convivencias mediante.

Ella, por su parte, solo tenía de esos días recuerdos sobre la gracia con que sus compañeras lucían los uniformes, azul marino sobre gris, que en nada favorecían a su propio y deslavado tono de piel; sobre los magníficos regalos de Navidad de los que tanto presumían cada enero, a la vuelta de las vacaciones; sobre el estupendo material de papelería (gomas de borrar con colores y formas imposibles, lapiceros plateados, bolígrafos más allá del rojo y el negro) que ella nada más podía desear.

Así había vivido sus primeros años como escolar anhelando, suspirando por lo ajeno, penando por su circunstancia desdichada. Nada era suficiente para Lola, que solo sabía fijarse en lo que no podía tener.

Con el incisivo estigma de sentirse inferior a sus iguales dejó el colegio para ir al instituto. El atuendo que había supuesto su desdicha ya no era un problema y lo que se estilaba entonces era la milán blanca y el lapicero rallado, por lo que aquellos asuntos habían dejado de espolear su naturaleza codiciosa.

Sin embargo, la suerte aún deparaba otros atolladeros al cruel destino de la joven. Saber que una no estaba favorecida con la falda de tablas y el jersey de cuello de pico era una cosa fastidiosa, ciertamente, pero tener el convencimiento de que las prendas regulares libremente adquiridas tampoco te iban tan bien como a las demás era aún peor. De lo primero podías responsabilizar al colegio, pero la culpa de lo segundo solo era de tu mal

gusto y de tu desgraciada genética.

Por si eso fuera poco, Lola veía cómo los juegos infantiles se iban convirtiendo en juegos de seducción para los que no se sentía preparada ni hábil, sino todo lo contrario.

Alisarse el pelo, empezar a maquillarse, dejar un par de botones de la camisa abiertos para que el escote resbalara por el hombro, pararse graciosamente con un pie perpendicular al otro, hacer de la mochila un complemento sugerente... Todo era muy costoso para el escaso resultado que obtenía con ello, de modo que Lola empezó a suplir la coquetería con altivez y las ganas de gustar con el desdén hacia las demás chicas, a quienes no encontraba merecedoras de tanta atención por parte de sus compañeros.

No obstante lo anterior y consciente de la necesidad de encajar, Lola luchaba contra su propia idiosincrasia, trataba de pisotear aquellos demoledores sentimientos de los que era más consciente cuanto mayor se hacía.

Comprender que el motivo de su infelicidad brotaba de su propio interior era casi tan dañino como comprobar lo frustrante que era no poder cambiar, pese a los esfuerzos. El cariño que recibía de las pocas amistades que había logrado fraguar era su mejor arma para mantener a raya algo que había dejado de ser un pecado bíblico para convertirse en una maldición de proporciones áureas. Por más que le doliera, tenía que reconocérselo a sí misma: la envidia se la comía. Enterita, con piel y todo.

Ya en la universidad se encontró con la que, incomprensiblemente, sería su amiga por el resto de sus días.

Libertad se llamaba aquel dechado de virtudes que había dado en quererla y aceptarla tal y como era, sin que Lola supiera por qué ni cómo.

La solicitud con la que aquella joven la trataba, sus gestos de cariño, sus sonrisas y sus miradas de admiración casi consiguieron desterrar para siempre la enfermedad que corroía el corazón de Lola. Pero llegó un momento en el que incluso esa manera de quererla, abierta y sinceramente, se le hizo insoportable. No podía con tantísima perfección, con tanta bondad, con tamaño *savoir faire*... Ya sabía que Libertad estaba muy por encima de ella como ser humano, no necesitaba que se lo estuviera restregando constantemente.

Tiempo después, convertidas en sendas licenciadas, no habían tenido mejor ocurrencia que montar juntas un negocio, por ver si eso las dejaba definitivamente fuera de las colas del paro.

La idea la había tenido Libertad, cuya mente preclara y espíritu emprendedor no estaban hechos para estarse quietos viendo la vida pasar.

Desde el principio Lola se había sentido un lastre, un vagón de morralla enganchado a la locomotora reluciente que era su amiga. Se había dejado los cuernos tratando de estar a la altura, había dado lo mejor que tenía, había hecho el mayor de los esfuerzos por que su trabajo valiera tanto como el de Libertad. Y con cada halago, con cada palmada en su contracturada espalda, con cada palabra de ánimo que recibía de su amiga, le hervía el hígado imaginando un torrente de condescendencia donde no había más que respeto y admiración.

Empujada por ese monstruo que llevaba dentro, por esa negrura que nublaba su visión de la realidad, en los últimos tiempos había acabado por desarrollar el vicio de adueñarse del trabajo de su amiga y compañera, como si fuera suyo, cada vez que ejercía de representante de la empresa. Exponía sus ideas, presentaba sus proyectos y repetía sus palabras convencida de la injusticia cósmica que se escondía tras aquel talento que siempre iba a eclipsarla.

¿Por qué? ¿Por qué tenía que estar condenada a seguir a Libertad si ella, Dolores, sudaba tinta para ser mejor? Ella merecía el éxito mucho más que su socia, la vida se lo debía por haberla tratado tan mal desde que tenía memoria. Ella quería la vida de Libertad para sí misma. Pero de verdad. No solo teñirse el pelo para emularla, no solo tratar inútilmente de vestir como ella, no leer los mismos tediosos libros ni copiarle la lista de reproducción del Samsung mientras estaba en el cuarto de baño.

No, todo aquello eran minucias. Lo que Lola quería era vivir la vida de la otra con todos los derechos, con toda la satisfacción y con toda el alma.

El fin de semana antes de Navidad las dos mujeres salieron a cenar. Tenían la costumbre de celebrar juntas las fiestas, pero antes de tiempo.

Lo bueno de Libertad (¿es que tenía algo malo?) era que se le daba bien llevar la conversación hacia cauces agradables. Lola descubrió que, fuera del trabajo, parte de la tensión que la estrangulaba se había relajado y podía disfrutar con la compañía de su amiga, la que nunca le había fallado.

Tomaron un buen vino que templó un tanto su corazón y, después de la cena, visitaron un par de locales y bailaron al ritmo, como si todo fuera perfecto. Ni siquiera entonces pudo Lola mantener cerradas las compuertas de su locura interior.

¿La causa? Los hombres. Apenas la miraban cuando Libertad estaba cerca. No le extrañaba, desde luego, pero deseaba con todas sus fuerzas que, por una vez, uno de ellos se le acercara primero.

No cualquiera, claro. Uno que valiera la pena. Uno como los que solían acercarse a Libertad, no como los que se dirigían a ella, claramente de segunda. Incluso habría estado satisfecha si nadie se hubiera acercado a ellas, a ninguna de las dos. Eso habría podido sobrellevarlo.

Pero no, la vida no podía ser tan sencilla. Todo tenían que ser trabas, todo obstáculos, todo pruebas imposibles de superar para su carácter. Tenía que aparecer en escena aquel tipo, ese en quien apenas se había fijado hasta que se había echado descaradamente encima de Libertad. Y su amiga, encantadora, tenía que sonreírle de aquella manera, elegante y sensual, cautivadora, irresistible. Entre los dos, la hacían sentir insignificante, en un «indiscreto» segundo plano.

Por eso no le quedó más opción que sacar de allí a Libertad antes de que se marchara con el tipo y la dejaran tirada, sola con su vaso lleno de hielo, paradigma de la patética amiga fea. Antes de que tuviera ocasión de demostrarle lo fácil que le resultaba triunfar donde ella fracasaba.

Por eso tiró de su manga y la arrastró con decisión hasta el servicio de mujeres, donde pretendía extenderse tanto como fuera posible, hasta que el hombre perdiera el interés y dejara de esperar.

Mientras estaba, observaba cómo la otra mujer le daba la espalda para comprobar su maquillaje en el espejo del minúsculo cuarto de baño.

—Lo estoy pasando muy bien. —Libertad condujo con la punta del dedo la sombra oscura de su párpado inferior, que había empezado a difuminarse por el calor.

—Ya lo he visto —dijo Lola, sin poder esconder su desagrado.

Libertad notó el cambio en su voz. Dejó en paz su ojo y se giró media vuelta mientras su amiga se erguía y recolocaba su ropa interior.

—¿Qué te pasa? —Su interés fue en todo momento genuino.

—¿A mí? Nada.

—¿Algo te ha molestado?

—Para nada... —Lola quería mantenerse firme.

—Venga, Lolita. Dime lo que te pasa.

Odiaba que la llamara Lolita. Como si no se sintiera lo suficientemente pequeña a su lado para que, encima, le pusiera un diminutivo a su nombre.

Sintiendo cómo el calor alcanzaba sus mejillas en una acelerada ascensión desde las puntas de sus pies, de pronto Lola descubrió que ya no podía soportar más tiempo a aquella mujer. Ella no tenía por qué tolerar que nadie la hiciera de menos. No tenía ninguna obligación de aguantar a Libertad si su amistad no le reportaba, al menos, el beneficio de una autoestima reforzada.

—¿Qué? —Preguntó Libertad, al ver que la mirada de Lola se hacía más aguda—. ¿He hecho algo que te haya molestado? Lo siento, Lolita. De verdad, dime qué ha pasado y lo arreglamos.

Otra vez. Ya iban dos. Tuvo que coger aire lentamente para que nada estallara en su interior.

—No me llames Lolita, haz el favor.

—¡Lo siento! No tenía ni idea de que te molestaba. Si llevo años llamándote Lolita...

—Ya.

—Lola —insistió su amiga—, lo siento. Podías habérmelo dicho antes. ¿Estás molesta por eso?

—No. No tiene importancia.

Libertad fue a decir algo también, pero Lola no se lo permitió.

—No es tan grave como que fueras a dejarme tirada por un tío.

—¿Qué? Eso no es verdad, ¿cuándo te he hecho yo algo así?

—Lo ibas a hacer esta noche —respondió Lola, incapaz de recordar algún otro ejemplo de semejante conducta por parte de la otra.

—¡Que no, mujer! Solo estaba siendo amable con él.

—Tú siempre tienes que ser amable con todo el mundo, ¿no? ¿Nunca tienes un mal día?

—Pero bueno, ¿de qué estás hablando? —Libertad cada vez estaba más sorprendida—. Tranquilízate, por favor.

Sus últimas palabras hicieron que Lola explotara, al fin.

—No me digas que me tranquilice —respondió, levantando un poco la voz—. Estoy harta de que seas mejor en todo, de que todo te vaya de lujo, de tu maravillosa vida y de que los hombres revoloteen a tu alrededor ignorándome

como si no existiera.

Escupió la última palabra con toda la furia que había ido conteniendo contra la mujer que tenía delante. Ésta, por su parte, quiso responder pero no tuvo opción porque Lola no pensaba cederle el turno.

—Harta de que todo lo bueno te pase a ti.

Primer empujón.

—Harta de que me lo pases por el morro.

Segundo empujón.

—¡Harta!

Tercer empujón.

Hacía mucho calor en aquel minúsculo cuarto de baño. Las paredes sudaban y la condensación producía tanta humedad que hasta el suelo estaba mojado. Libertad, paralizada por el impacto de ver a su amiga y compañera en aquel estado de enajenación, ni siquiera había tratado de esquivar los fuertes golpes que la otra le había propinado en el pecho. El primero le había cortado la respiración. El segundo había hecho que se le saltaran las lágrimas. El tercero había sido tan fuerte que casi la tira.

Tratando de mantener el equilibrio, Libertad había resbalado en las traicioneras baldosas. Lola, volviendo en sí como si hubiera estado en una especie de trance, se inclinó hacia su amiga que desde el suelo la miraba sin ver, con los ojos vacíos salvo por el horror que se había quedado impreso en ellos. El charco, del color de las cerezas maduras, iba creciendo y creciendo, fluyendo velozmente, hasta que alcanzó los pies de la mujer que aún estaba en pie. El color era tan hermoso, tan atractivo... Seguro que su propia sangre no reluciría de ese modo si la desparramaba por el suelo. Aunque ya no tenía importancia. Ya no había competición. De alguna manera, había conseguido quedarse con la vida de Libertad.

# BREVE DESPEDIDA

Si habéis llegado hasta aquí, gracias.

Solo me resta añadir que la presente obra no nació como un decálogo para odiar a los hombres amparándose en la feminidad y, por tanto, me libero de cualquier responsabilidad que concierna a una lectura en este sentido.

Soy hija, hermana, mujer y madre, además de amiga, de hombres maravillosos que caminan a mi lado por este sendero lleno de sorpresas que es la vida. Agradezco su presencia y los amo, porque nunca me han fallado.

Sin embargo, aun consciente de lo dañina que puede ser la generalización, no puedo dejar de hacerme eco de la existencia de otro tipo de hombre, un macho dominante que, desde los comienzos de nuestra andadura como especie, ha impuesto su voluntad y su fuerza bruta contra todo ser que es más débil que él y, en especial, contra la mujer.

Hijas vendidas; esposas maltratadas, violadas y humilladas; jóvenes prostituidas a la fuerza; niñas mutiladas; mujeres lapidadas; adolescentes abusadas a las que se obliga a desposar a sus agresores; algunas sin voz, marcadas con una letra escarlata; otras desfiguradas por el ácido; agresiones en manada; veredictos injustos que propician la desprotección; condescendencia, desprecio y ningún respeto. En resumen, miles de nosotras sufriendo cada día, algunas hasta la muerte, el abuso de aquellos que nos creen inferiores por el mero hecho de haber nacido hembra. Esta es la situación y a esos individuos me refiero cuando aludo a los hombres que tanto daño nos han hecho. A esos, no a todos.

El hombre no es mi enemigo; es mi compañero, mi igual. Y yo soy la suya. El respeto ha de ser recíproco, no comprendo otra visión de los géneros fuera de esta. Por tanto, y amparada una vez más por la definición del diccionario de la Real Academia<sup>[24]</sup>, me reconozco feminista, nada más. Y nada menos.

# AGRADECIMIENTOS

A todas las mujeres que han participado en el proceso creativo de estos relatos aportando un poquito de sí mismas, de sus esencias, alegrías y penas, esperanzas y temores.

A Maiteder, Maite y Leire. Para vosotras no hay palabras, mi corazón es vuestro.

A Emma, Eva e Idoia, y Zaida. Por ser compañeras y amigas. Juntas, crecemos.

A Sheirengoupity, por vuestra mano en mi espalda.

A mi *amatxu*, la mujer que me ha hecho como soy. Gracias.

A todos los hombres que nunca nos llamaron locas (ni putas, ni brujas). El mundo con vosotros es un lugar mejor.



## WEBGRAFÍA

**CARCELLER, Arantxa:** *Sección Femenina dentro del franquismo*, Los ojos de Hipatia. Revista sociocultural desde Valencia, 2014 (Rec. desde <https://losojosdehipatia.com.es/cultura/historia/seccion-femenina-la-mujer-dentro-del-franquismo/>)

**CIDON, Mireya:** *Asha Ismail: mutilada por ser mujer*, Amnistía internacional, 2018 (Recuperado de <https://www.es.amnesty.org/en-que-estamos/blog/historiaarticulo/asha-ismail-mutilada-por-ser-mujer/>)

**Génesis 1:25**, *La Biblia*, (Recuperado de <https://www.bibliacatolica.com.br/es/la-biblia-de-jerusalen/genesis/>)

**SEARLE, John:** *El acto de habla*, Diccionario de términos clave de ELE, Centro virtual Cervantes, 1997-2018 (Recuperado de [https://cvc.cervantes.es/ensenanza/biblioteca\\_ele/diccio\\_ele/diccionario/actodehabla.htm](https://cvc.cervantes.es/ensenanza/biblioteca_ele/diccio_ele/diccionario/actodehabla.htm))

**VERA, Joaquín:** *Relato de una ablación*, El español, 2017 (Recuperado [https://www.elespanol.com/reportajes/20171122/263974716\\_0.html](https://www.elespanol.com/reportajes/20171122/263974716_0.html))

**VVAA:** *La historia de Asha Ismail*, Planeta futuro, El país, 2017 (Recuperado de <https://elpais.com/especiales/2017/planeta-futuro/la-historia-de-asha-ismail/>)

## CONSULTAS GENERALES

<http://dle.rae.es>

<http://www.etimologíasdechile.net>

<https://www.wikipedia.org>

## BIBLIOGRAFÍA

**COROMINAS, Joan:** *Breve diccionario etimológico de la lengua castellana (3ª Ed.)*, Madrid, Gredos, 2005.

**DE COVARRUBIAS HOROZCO, Sebastián:** *Tesoro de la lengua española*, ed. Ignacio Arellano y Rafael Zafra. Madrid: Iberoamericana, 2006.

**KRAMER, Heinrich:** *Maellus Maleficarum (edición comentada)*, Colección El árbol sagrado, Círculo latino, Barcelona, 2005.

**PRIMO DE RIVERA, Pilar:** *Discursos circulares escritos*, Sección Femenina de F. E. T. y de las J. O. N. S., 1942, Gráficas Afrodísio Aguado.

---

[1\]](#) «Hizo Dios las alimañas terrestres de cada especie, y las bestias de cada especie, y toda sierpe del suelo de cada especie: y vio Dios que estaba bien.», (La Biblia, Génesis, 1:25).

[2\]](#) Médico, cirujano y filósofo griego en el Imperio romano.

[3\]](#) **Primo de Rivera, Pilar:** *Discursos circulares escritos*, Sección Femenina de F. E. T. y de las J. O. N. S., Gráficas Afrodísio Aguado, 1942.

[4\]](#) De acuerdo, esta última aseveración está descaradamente empapada en sarcasmo.

[5\]](#) Niño, según la RAE.

[6\]](#) Versos latinos de Virgilio en los que se evidencia la sexualización de un término que, en origen, solo se refería al niño o joven:

" Evidentemente sin tapujos, dulcísimo Vario,  
yo diría: "que me muera si no me ha perdido ya este puto".  
Pero si las buenas formas prohíben realmente decirlo,  
no diré: "me ha perdido ese muchacho".

[7\]](#) No solo, sino también.

[8\]](#) Para consultar su teoría del acto de habla, véase referencia en la webgrafía.

[9\]](#) Con magia malévolas no nos referimos a animales personificados, pues estos quedan más bien en el terreno de la fábula.

[10\]](#) La obra defiende el uso de la coacción, la tortura, el engaño y la acusación de brujería contra los defensores demasiado implicados en los procesos.

[11\]](#) Humor negro.

[12\]](#) Paradoja.

[13\]](#) Ley de Murphy.

[14\]](#) Eufemismo. Sí, aunque no se comprenda.

[15\]](#) Símil taurino.

[16\]](#) Referencia musical. La puedes gulear.

[17\]](#) Sarcasmo.

[18\]](#) Exabrupto dramático.

[19\]](#) Exigencia del argumento.

[20\]](#) Juego de palabras entre un refrán y una frase hecha de registro coloquial, debido a la polisemia de *clavo*.

[21\]](#) Si no lo has captado, ni te lo explico.

[22\]](#) Hipérbole supina.

[23\]](#) Platónicamente.

[24\]](#) La RAE define el feminismo como el «principio de igualdad de derechos de la mujer y el hombre».